

AVATARES PSÍQUICOS

Y SOCIALES DE LAS TOXICOMANÍAS
EL DUELO ENTRE NARCISO Y TÁNATOS

Mariamne Crippa Méndez



Universidad Veracruzana



Biblioteca **Digital**
de Humanidades

AVATARES PSÍQUICOS Y SOCIALES DE LAS TOXICOMANÍAS EL DUELO ENTRE NARCISO Y TÁNATOS

Mariamne Crippa Méndez



Universidad Veracruzana



Biblioteca **Digital**
de Humanidades

Universidad Veracruzana

Dra. Sara Deifilia Ladrón de Guevara González
Rectoría

Dra. María Magdalena Hernández Alarcón
Secretaría Académica

Mtro. Salvador Francisco Tapia Spinoso
Secretaría de Administración y Finanzas

Dr. Octavio Agustín Ochoa Contreras
Secretaría de Desarrollo Institucional

Dr. Édgar García Valencia
Dirección Editorial

Mtro. José Luis Martínez Suárez
Dirección General del Área Académica de Humanidades

***Avatares psíquicos y sociales de las toxicomanías.
El duelo entre Narciso y Tánatos***

Mariamne Crippa Méndez

ISBN: 978-607-502-788-3

Primera edición, 2019

Coordinación editorial: César González

Corrección de estilo: Andrea López Monroy

Diseño de portada e interiores: Héctor OPOCHMA López

D.R. © 2019, Biblioteca Digital de Humanidades

Área Académica de Humanidades

Edif. A de Rectoría Lomas del Estadio s/n,

Col. Centro, Zona Universitaria Xalapa, Veracruz, CP 91000

bdh@uv.mx

Tel. (228) 8 42 17 00, ext. 11174

D.R. © 2019, Universidad Veracruzana,

Dirección General Editorial

Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Ver.

Apartado postal 97, CP 91000 diredit@uv.mx

Tel. / fax: (228) 8 18 59 80 | 8 18 13 88

Índice

Prólogo	6
Introducción (o una advertencia preliminar)	8
La diversidad de miradas enriquece nuestro conocimiento de la realidad	14
I	
Dispositivos de sujeción: discurso social y hegemonía	16
Relación de los sujetos con las drogas a través del tiempo	19
El dominio subjetivo del mercado: capitalismo y neoliberalismo en un mundo globalizado	26
II	
Subjetividad y lazos sociales	34
Nuevas subjetividades en el dominio del mercado	35
El consumo y la violencia: fenómenos vertebrales de las nuevas subjetividades	44
Posición subjetiva de consumidor/adicto	48
La lógica del consumo como articuladora de lazos sociales	49
III	
Nodos entre lo social y lo psíquico	51
El malestar en la cultura contemporánea	53
IV	
Psicoanálisis de las toxicomanías	61
Identificación	66
Narciso melancolizado y el dominio de Tánatos	69
Crisis representacional: vicisitudes de la simbolización	77
La autocuración: el cuerpo como instancia de reparación del psiquismo	80
Palabras finales	86
Bibliografía	89

Prólogo

La Universidad Veracruzana ha tenido un indudable acierto al apoyar la publicación de textos generados por jóvenes investigadores. Es el caso del libro de Mariamne Crippa, que tengo el placer de prologar, y es un placer no sólo por tratarse de una joven inquieta y pensante, sino por la originalidad del tratamiento de un problema actual como es el de las adicciones o toxicomanías –como prefiere llamarlas la autora–, que ha rebasado el ámbito de la salud y se ha convertido en un tema de inseguridad pública, desde su producción y distribución, el campo del narcotráfico.

Justamente esta dualidad del problema es explicable desde el ángulo que Mariamne lo aborda: como una reflexión sobre los cambios socioculturales que han provocado y coadyuvado al aumento del consumo de drogas y a su expresión como un problema de salud e inseguridad pública. Y justamente éste es uno de los datos que apunta a su origen social: las drogas han acompañado siempre a la humanidad en todas sus civilizaciones, pero acotadas a su uso en rituales religiosos o mágicos y es sólo hasta el siglo XIX que empieza a expresarse de otra forma, en ámbitos sociales minoritarios, como los artistas y los militares y, como destaca, “es cuando empieza a fraguarse como un problema en Occidente”.

Aunque la afirmación es válida, debe destacarse que desde el siglo XVI fueron utilizadas las bebidas alcohólicas como instrumento de dominio y colonización por los europeos, tanto en la zona anglosajona con los pieles rojas, como en el área española con las poblaciones indígenas que habitaban lo que hoy es Latinoamérica y dejaron una secuela de problemas sociales en esos lugares al romperse el control social que existía previamente. Por eso en las zonas autónomas dominadas por los zapatistas (caracoles) después de su insurrección en 1994, una de las primeras medidas fue la prohibición del consumo de bebidas alcohólicas que, usadas sin límites, causan múltiples inconvenientes en las comunidades.

La ruptura de controles tradicionales de una comunidad quedó ejemplificada también en la llamada “guerra del opio” que Inglaterra emprendió contra China para lograr el beneficio económico que obtenía de la producción y distribución de esa droga entre la población oriental. El resultado fue que 10% se volvió adicta.

Estos antecedentes marcan claramente la correlación de las adicciones masivas con influencias sociales e intereses económicos. En relación con la actualidad, destaca un dato duro que menciona Mariamne: “su consumo sólo alcanzó la denominación de problema a partir de la década de 1960”. Y no es casualidad, sino causalidad, que el giro capitalista al neoliberalismo y la expresión de control social de las subjetividades mediante la pinza complementaria del postmodernismo se haya iniciado en la década de los cincuenta y acentuado en los sesenta. La promoción ideológica del narcisismo, hedonismo y

consumismo fue determinante para la promoción general del uso de drogas, remarcada por las fragilidades individuales y familiares de algunos sujetos.

En el segundo capítulo se enfoca en el tema de la vinculación entre lo psíquico y lo social ya que, afirma, "como sujetos estamos sometidos no sólo a lo social, sino también a lo inconsciente". En ese esfuerzo relaciona al mercado con las nuevas subjetividades y, partiendo de las investigaciones de Guattari y Rolnik, destaca que para que el sistema capitalista occidental funcione eficazmente, su primera producción tiene que ser la de subjetividades atravesadas por el modelo socioeconómico hegemónico, garantizando la creación de necesidades que respondan a los intereses de los productores, en vez de los usuarios.

Partiendo de ese conjunto de conceptos correlaciona fragmentos del discurso de los toxicómanos entrevistados acerca de su historia de vida antes y durante su época de adicción activa con la influencia de la cultura de época, donde aparece nítidamente esa vinculación, así como con la violencia. En suma, el nexo entre consumo de drogas, violencia y lazo social.

Destaca que el discurso social incide en los estados subjetivos de maneras específicas en cada periodo histórico-social, de forma que los sujetos estamos en gran medida determinados por nuestro inconsciente y la inserción en una sociedad, situación interactiva de influencia mutua, aunque desigual, ya que el peso de lo social y lo económico es decisivo.

Plantea como conclusión que las toxicomanías –y las demás "patologías" actuales– pueden ser pensadas como síntomas del discurso social, es decir, como expresiones singulares que manifiestan malestares relacionados con la dimensión vincular y macrosocial de la vida humana. Y se inclina a pensarlas como un intento de autotratamiento contra afectos sobrecogedores, lo cual converge con la tendencia a la medicalización en procura de la sedación del dolor y, agregaría, de la búsqueda de un placer inmediato y fácil que desaparece después para quedar sólo el atrapamiento adictivo.

Un texto recomendable, interesante y con un enfoque poco común.

Mario Campuzano
Ciudad de México, 2018.

Introducción (o una advertencia preliminar)

*También algunos comportamientos aberrantes
deben considerarse normales frente a la locura
del entorno: una locura normal frente
a una normalidad trastornada.
Davoine y Gaudillière¹*

Este libro está dirigido a estudiantes universitarios o personas interesadas en las ciencias sociales y la psicología que, además de contar con ciertos conocimientos previos de las áreas mencionadas, deseen tener una visión crítica y fundamentada de los fenómenos que aquejan a nuestra sociedad y a todos los sujetos que la conformamos.

También puede interesar a quienes no se sientan abrumados por la polifonía –de disciplinas científicas, de sujetos investigados e investigadores, de autores, de épocas, de factores determinantes, etcétera– y que, al contrario, cansados de reduccionismos forzados, se sientan curiosos por conocer más allá de las versiones deterministas y casualistas, aunque éstas tampoco quedan excluidas. Dichos paradigmas, que son los hegemónicos, dictan qué es posible pensar e investigar respecto de distintos ámbitos de la realidad;² sin embargo, los fenómenos sociales son intrínsecamente complejos y multidimensionales y, en definitiva, siempre los desbordan.³

Vale la pena dejar sentado que aún prevalece un conflicto irresoluble para los investigadores de los campos psíquico y social cuando se trata de delimitar el valor de lo azaroso y lo contingente, así como los límites de las diferentes ciencias. De tal manera que este libro representa una oportunidad para “mirar con otros ojos”⁴ y reflexionar en torno al fenómeno de las toxicomanías.⁵

1. F. Davoine y J.-M. Gaudillière, *Historia y trauma. La locura de las guerras* (Trad. M. Saúl), México, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 104.

2. L. D. Andrade, “Introducción”, en *Lo social: inquieto (e inquietante) objeto. Aportes para pensar e intervenir*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2006, pp.19-42.

3. V. Badacarratx, “La construcción metodológica cualitativa: un acercamiento al campo de la subjetividad”, en *Lo social: inquieto (e inquietante) objeto. Aportes para pensar e intervenir*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2006, pp. 101-116; J. M. Bonacci, “Las tradiciones sociológicas ‘clásicas’ ante la irrupción de la complejidad”, en *La teoría de la complejidad y la complejidad de la teoría sociológica*, Argentina, Ciccus, 2013, pp. 131-156.

4. D. Najmanovich, *El mito de la objetividad. La construcción colectiva de la experiencia 1*, Buenos Aires, Biblos, 2016.

5. Dentro de la amplia gama de términos relacionados con la adicción, el lector podría preguntarse por qué estoy usando “toxicomanía” y no otro. Este último, según la Real Academia Española, se define como “hábito patológico de intoxicarse con sustancias que procuran sensaciones agradables o que suprimen el dolor” y literalmente expresa un consumo irreprimible de drogas (E. Vera, “Addiction”, en *Encyclopædia Universalis, France, Encyclopædia Britannica Inc.*, 2016.); a diferencia de “adicción”, que significa “dependencia de sustancias o actividades nocivas para la salud o el

No pretendo presentar una obra terminada ni hablar de verdades absolutas. Lo que sí puedo asegurar es que los aportes que quiero compartir están orientados a servir como combustible para el pensamiento crítico y el reconocimiento de la implicación que todos los investigadores tenemos en nuestro trabajo, la subjetivación –o humanización– de los sujetos de estudio y, sobre todo, prestarle un oído, más allá de la moral social, a la narrativa de algunos jóvenes con toxicomanía para dar a sus palabras la importancia que merecen e intentar comprender de una forma distinta aquellos actos aún considerados tabú. Concretamente busco una comprensión de aquello que queda velado o latente en sus discursos, pero que manifiestan de diversas maneras.⁶

Esto no me habría sido posible sin la participación de Mac, Paul Walker y Michael Jordan, cuyas identidades reales quedarán por siempre en el anonimato, pero quienes merecen todo el crédito de mis modestos aportes. Por ciertas condiciones inherentes al proceso de investigación, ellos ya habían pasado por rehabilitación en una comunidad terapéutica y representaban “casos de éxito” sin recaídas –al menos hasta el momento de las entrevistas. No pasé por alto este hecho que, en definitiva, fue determinante e implica que no narraron sus vivencias, ya que éstas son irreductibles, sino sus experiencias, las cuales estaban hasta cierto punto resignificadas y sus historias de vida elaboradas (no en el sentido psicoanalítico) u organizadas. Además me pregunto hasta qué punto estas narraciones evidentemente racionalizadas –que incluso llegan a sonar estereotipadas– están atravesadas por los discursos de la institución de rehabilitación.

equilibrio psíquico” o “afición extrema a alguien o algo”. En ambos se alcanzan a vislumbrar las características de búsqueda de placer, la compulsividad y el exceso; posiblemente la diferencia más evidente radica en que al hablar de adicciones se puede tratar de una serie de actividades u objetos distintos –como por ejemplo la comida, el juego patológico, las prácticas sexuales, la alienación al trabajo, etcétera–, y las toxicomanías refieren exclusivamente al consumo de cualquier sustancia química –natural o sintética– que al introducirse en el organismo por cualquier vía son capaces de modificar el sistema biológico a nivel físico y/o psicológico; es decir, se trata de drogas capaces de engendrar una suerte de inhibición de la consciencia y que, además, poseen la capacidad de generar dependencia en sus consumidores (J. Camí, “Las sustancias: farmacología”, en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 147-169; *Organización Mundial de la Salud, Glosario de términos de alcohol y drogas*, España, Ministerio de Sanidad y consumo, 1994). Esta distinción se complica si reconocemos que existen otros tantos términos que con frecuencia se asocian con los ya mencionados y, además, suelen usarse como sinónimos. Algunos de ellos son uso, abuso y dependencia. De forma somera puedo señalar que implican diferencias cuantitativas –cantidad y frecuencia de consumo– y cualitativas –vulnerabilidad genética o psia<cológica–, yendo desde el “uso controlado” hasta el consumo regular que puede desembocar en un modo de vida completamente centrado en la búsqueda de los estados facilitados por la droga (E. Vera, op. cit.). Entonces ¿cuándo se puede hablar de adicción? Como no es mi objetivo realizar una exposición de los criterios diagnósticos de los manuales más utilizados –DSM-V y CIE-X–, me limitaré a señalar que, desde mi perspectiva, depende del encuentro entre un “producto”, un sujeto con ciertas características de la personalidad y un momento sociocultural, que facilite el establecimiento de una compleja relación que tiende a perdurar. Cabe aclarar que en algunas partes del texto me referiré a las adicciones, eso significa que hablo de algo más general, no únicamente de la adicción a las drogas.

6. Cabe destacar, como lo hace Badacarratx (op. cit.), la importancia de la acción simbólica en los procesos de producción y reproducción social, lo cual no implica, necesariamente, una explicitación lingüística de lo social, sino el reconocimiento de las imprescindibles y complejas funciones que cumple en su constitución; esto es, los significados tienden a ser intersubjetivos –entendido como subjetividad compartida, más allá de lo singular–. Me pareció prudente hacer esta acotación desde un inicio, ya que es parte sustancial de este trabajo.

Resulta harto interesante pensar lo anterior más que como un sesgo, como una doble interpretación. Por un lado, la que ellos han hecho de sus vidas y, por el otro, la que yo he hecho bajo el lente de ciertas teorías y conceptos. Esto nos ayuda a comprender qué significado tiene para ellos determinados procesos sociales y, además, construir conocimientos sobre los fenómenos que indagamos.

Asimismo, me parece que acercarnos a la comprensión del fenómeno de las toxicomanías dándole voz a algunos sujetos que lo viven desde dentro, que lo encarnan, nos invita a tener una visión más humana y evitar reforzamientos negativos. Pretendo vislumbrar latencias –tanto individuales como sociales– que puedan influir en la tendencia de las personas a las adicciones, sin afán de patologizar, sino con la finalidad de proponer diversas formas de ver la realidad y, posteriormente, intervenir en ella.

Aquí no profundizaré en cada una de sus historias, pues no es mi objetivo hacer un análisis estrictamente metapsicológico de sus toxicomanías –eso hubiera requerido una intervención clínica mucho más profunda y prolongada, de hecho, un proceso psicoanalítico–, sino un acercamiento que involucra los factores sociales y su imbricación con los psíquicos. Para ello seleccioné únicamente los fragmentos que de cierta forma fueran representativos por convergencia, recurrencia y/o repetición, y los consideré indicios de que hablan de algo más allá de lo singular, es decir, de la subjetividad.⁷ Así pues, tomo sus discursos como un todo que, aunado a mi acción interpretativa, conforma el corpus de este libro.

Ahora bien, Larry Andrade⁸ asegura que siempre es necesario preguntarnos “¿por qué y desde dónde pienso lo que pienso?”, especialmente al momento de realizar una investigación o de compartir los conocimientos construidos. Me parece que se refiere al reconocimiento del paradigma⁹ desde el cual estamos haciendo, antes que nada, las preguntas y el recorte de la realidad. Este último opera como el lente de una cámara que nos permite hacer una fotografía, asumiendo que en el momento de centrar la imagen estamos dejando fuera mucha más realidad de la que captamos y abstraemos de su contexto; además, el lente con el cual miramos no forma parte del objeto observado y no es percibido por sus actores. Esto, lisa y llanamente, significa que la realidad siempre va a superar nuestra capacidad y alcances, es imposible aprehender “la realidad tal cual es”,¹⁰ sin

7. Partimos de una concepción del sujeto como portador del orden social y la cultura a la que pertenece (Badacarratx, 2006).

8. Larry Andrade, *op. cit.*, p. 20.

9. Estos establecen las líneas y formas básicas de la investigación en determinados campos, delimitan el conjunto de problemas y las situaciones admisibles a esos problemas (N. Vázquez y V. Sargiotto, “Las ciencias sociales: desacuerdos y pluralidad”, en *Lo social: inquieto (e inquietante) objeto. Aportes para pensar e intervenir*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2006, pp.95-100.); es decir, implican una cierta concepción de “la realidad”.

10. Estamos acostumbrados a la idea de un individuo separado del mundo, con una clara delimitación del “adentro” y el “afuera”; estas divisiones fueron imperativas en la historia de la humanidad y de las ciencias, pero en la actualidad representan un obstáculo para pensar el espacio semántico de la realidad y las subjetividades. Como explica Denise Najmanovich, estas ediciones son resultado de un proceso histórico que comenzó a partir del Renacimiento y tuvo su apogeo en el siglo xx, en el cual se extrajo al sujeto del mundo, estableciendo una distancia que le hiciera posible el conoci-

ningún sesgo y de forma completamente objetiva, porque nuestros recortes no son como ensayos experimentales; entonces debemos intentar captar al fenómeno en su complejidad, pero de modo que nos sea inteligible.¹¹

En lo que respecta a mi postura paradigmática, creo que es difícil de denominar, pero en definitiva, y como ya mencioné, no forma parte del pensamiento hegemónico, que tiende a ser positivista, cuantitativo, médico-biológico, cognitivo-conductual, etcétera. Me alejo deliberadamente de las cosmovisiones causalistas y deterministas, de forma que, podría decirse, coincido con el paradigma del "pensamiento complejo", denominación de Edgar Morin¹² que hace referencia a una transformación radical en el acto de conocer y en la relación con aquello que es objeto de conocimiento, e implica la consideración de las propiedades de los fenómenos derivadas de la interrelación entre sus elementos.

Además, es posible agregar distintos acentos a este paradigma, provenientes de diversas teorías de la complejidad –o afines–,¹³ ya que existen relaciones inter e intrateóricas.¹⁴ Yo he incorporado elementos estructuralistas, posestructuralistas y metapsicológicos,¹⁵ siempre cuidando que haya congruencia ontoepistemológica. De modo que parto del presupuesto de la existencia de un inconsciente, la sobredeterminación de todos los fenómenos y de una indisociable relación entre los procesos individuales y sociales; además, considero la inevitable implicación del sujeto que investiga, la noción de una subjetividad compartida y la importancia de las latencias, el reconocimiento de que toda mirada es siempre limitada y contiene sesgos –principalmente ideológicos–, así como la importancia de hacer interpretaciones historizadas y contextualizadas, la necesidad de un trabajo interdisciplinario¹⁶ que nos facilite arrojar luz sobre ciertas aristas de los fenómenos sociales que escapan a los límites de cada una de ellas, así como la necesidad de hacer un uso resignificado¹⁷ de los conceptos y no sólo repetir mecánicamente.

miento "objetivo" mediante los sentidos, que facilitaban una copia del de dicha realidad –representacionismo– (D. Najmanovich, *El mito de la objetividad. La construcción colectiva de la experiencia 1*, Buenos Aires, Biblos, 2016).

11. Larry Andrade, *op. cit.*; N. Vázquez y V. Sargiotto, *op. cit.*

12. E. Morin, *Introducción al pensamiento complejo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

13. J. M. Bonacci, *op. cit.*

14. N. Vázquez y V. Sargiotto, *op. cit.*

15. No utilizo el término "psicoanálisis" dado que podría ser considerado una teoría general, como indica Ruth Sautu (*Todo es teoría: objetivos y métodos de investigación*, Buenos Aires, Lumière, 2005), la cual contiene a su vez diversas teorías sustantivas. Yo no me ceñí a ninguna de ellas, sino que utilicé los conceptos que me ayudaron a comprender mejor el fenómeno desde mi enfoque. De tal forma, me pareció más adecuado señalar cuál fue mi modo de apreciación de las toxicomanías. Mi intención fue realizar una pequeña exposición metapsicológica, la cual implica describir un proceso psíquico en sus aspectos dinámicos, tópicos y económicos –yo agrego los genéticos y sociales–, y su "carne" es el material clínico (P. L. Assoun, *Freud y las ciencias sociales: psicoanálisis y teoría de la cultura*, España, Ediciones de serbal, 2003).

16. Un abordaje de este tipo procura "superar" –en la medida de lo posible– las miradas disciplinares, aunque, inevitablemente, partiendo de ellas. Entendemos que se trataría más bien de "usar" diferentes lentes que nos permitan construir una óptica más compleja, no simplificadora ni universal (V. Badacarratx, *op. cit.*).

17. Concebimos que los conceptos forman parte del "utillaje mental" o una "caja de herramientas", que debemos utilizar dependiendo del objeto, y no buscar adaptar al objeto a nuestros conceptos, ya

De tal manera podemos comprender que la “elección” de un método no es tanto una decisión técnica, sino un desprendimiento (ideo)lógico de la postura paradigmática y ontoepistemológica que se evidencia de formas posiblemente muy discretas incluso antes de empezar la investigación. El enfoque cualitativo me ha permitido rescatar al sujeto como constructor de la realidad, así como considerar a las estructuras que nos constituyen en el plano social, el de la subjetividad producida en la cultura.

Dado que desde esta postura no concebimos la existencia de una única realidad que espera ser aprehendida como una calca, estimamos que el método consiste en una serie de instrumentos que nos sirven en la construcción de un “objeto empírico” que seamos capaces de interrogar. Yo logré esto mediante entrevistas individuales, con las cuales pude construir mi objeto: las narrativas de los sujetos. Mi enfoque fue, evidentemente, interpretativo, centrado en la búsqueda de sentidos y en la comprensión de la subjetividad y los significados de los sujetos elaboran más allá de lo evidente. Siempre respetando la complejidad del fenómeno de las toxicomanías, mi método fue flexible y no lineal, con escollos y frustraciones –motivo por el cual lo denominé “alternativo”–, como cualquier otro proceso humano y vincular, con el norte de mantener el rigor científico y aspirando al máximo de objetividad posible en este tipo de investigaciones –mediante la explicitación de las condiciones de producción del conocimiento y el reconocimiento explícito de los sesgos–.

En suma, mi postura paradigmática y las teorías que utilizo sí son sesgos, pero éstos siempre son inevitables. Lo verdaderamente valioso es reconocer lo que estamos dejando fuera de nuestro enfoque, ya que hay trabajos muy interesantes sobre el consumo de sustancias planteados desde diversos encuadres y que ayudan a tener diferentes perspectivas –ninguna mejor o peor, simplemente distinta–; por ejemplo: el enfoque de reducción de daños, el abordaje sistémico, el neurobiológico, etcétera. Por este motivo me pareció conveniente retomar el artículo de *El País* sobre Islandia,¹⁸ que desarrollará más adelante.

Es evidente que el tema de las adicciones, frecuentemente considerado un problema social y de salud pública, es uno de los fenómenos que actualmente tiene mucho auge, y considero que esto enfatiza la presencia de cierto malestar generalizado e irrepresentable que abraza a las sociedades actuales. Los datos duros me fueron de utilidad para dimensionar el problema: según la Encuesta Nacional de Adicciones,¹⁹ la población adulta masculina de 18 a 34 años de edad tiene la prevalencia más alta de consumo de drogas en México y se registró un incremento de 3.4 a 4.7% entre 2008 y 2011. Sin embargo, dicha prevalencia parece más mediática que estadística, aunque ese incremento es un claro indicador de que hay algo más.

Me interesa, no por sus potenciales “peligros” y lo “amenazante” que pueda resultar para el “orden social”, sino porque parece responder perfecta-

que estos tienden a estrechar la realidad. Debemos considerar el contexto particular, tanto del objeto como del sujeto (L. Andrade, *op. cit.*).

18. E. Young, “Islandia sabe cómo acabar con las drogas entre adolescentes, pero el resto del mundo no escucha”, en *El país*, 7 de octubre de 2017.

19. Cenadic-Conadic, *Drogas ilícitas*, México, Secretaría de Salud, 2011.

mente a las demandas de la cultura, principalmente al impulso de consumo insaciable, las satisfacciones inmediatas, el individualismo y la fractura de los lazos sociales. Quiero resaltar que, aunque con mucha frecuencia los sujetos con toxicomanía son señalados, estigmatizados y cosificados, debemos tomar en consideración que es justo ahí, donde la sociedad duele, que está la esencia de lo social.²⁰

De este modo, Freud²¹ aseguró que la cultura enferma a las personas de nervios y Paul-Laurent Assoun agrega que “[...] el sujeto neurótico es un signo del malestar en la cultura”.²² Es precisamente lo que, desde mi punto de vista, pretende un psicoanálisis amarrado a la actualidad: aproximarse a la comprensión de la realidad social a través de su “reverso”, de aquello que intenta ocultar y que, al encubrir, reproduce. Para lograrlo, estimo necesario considerar los procesos sociales de semiosis y la interpretación que cada individuo hace de la realidad, para pensar que, cada uno, con su particular biografía, es un actor de esta trama más amplia que nos precede y nos sucederá.

El objetivo de este trabajo no es exponer un tratamiento para estos malestares, sino investigar las subjetividades, interrogar los sentidos, significados y valores que produce determinada cultura, y la forma en que los sujetos la encarnamos. Sin embargo, el concepto de subjetividad no es propiamente del campo psicoanalítico, sino más bien del universo interdisciplinar. Yo lo utilizo como herramienta para comprender el fenómeno de imbricación de lo social y lo psíquico y, además, para reflexionar sobre aquello que compartimos como seres pertenecientes a la misma sociedad.

Asimismo, me cuestiono la vigencia de algunos conceptos freudianos, como lo que propone en *El malestar en la cultura* y las series complementarias, en su vinculación con la producción social de subjetividades. Por último, pretendo presentar algunos rasgos que, a través de los malestares singulares de estas personas, puedo asumir que forman parte de la subjetividad contemporánea y que, por tal motivo, nos atraviesan a todos.

En los capítulos de este libro el lector encontrará, antes que nada, un breve análisis de los dispositivos sociales de sujeción y los mecanismos de poder, para lo cual hago un breve recuento histórico y transcultural de la concepción de las drogas hasta su estatus actual, seguido de un minucioso análisis de las condiciones socioculturales contemporáneas. Lo anterior, con la intención de evidenciar que el significado de las drogas es una construcción que poco tiene que ver con las sustancias en sí y que se encuentra permeado por intereses diversos. En el segundo capítulo se hallará una serie de reflexiones en torno a las características de la subjetividad y su influencia en los lazos sociales. En el tercer capítulo argumento la relación que existe entre los registros social y psíquico. Por último, en el capítulo cuatro, formulo algunas interpretaciones psicoanalíticas sobre aspectos de las toxicomanías que parecen estar íntimamente asociados a las condiciones socioculturales.

20. Adorno, T., *Introducción a la sociología*, España, Gedisa, 1996.

21. S. Freud, “El malestar en la cultura” (Trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 21, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1930 [1929]), pp. 57-141.

22. L. Assoun, *op. cit.*, p. 188.

La diversidad de miradas enriquece nuestro conocimiento de la realidad

Antes de comenzar, y en concordancia con mi propuesta de no descartar otras lecturas, quiero hacer una viñeta cultural. En octubre de 2017, el diario español *El país* publicó un artículo de Emma Young titulado "Islandia sabe cómo acabar con las drogas entre adolescentes, pero el resto del mundo no escucha", en el que se exponen sus hallazgos al respecto. Retomaré de forma muy sintética algunos puntos de convergencia entre sus trabajos y el mío, para resaltar el hecho de que lecturas hechas desde paradigmas diferentes no son necesariamente excluyentes.

Todo empezó hace más de 20 años, cuando el psicólogo estadounidense Harvey Milkman,²³ actual profesor del departamento de psicología del Metropolitan State College of Denver, realizó una investigación en la que planteó que el consumo de drogas en adolescentes tiene una relación con la presencia y el manejo del estrés, y concluyó que la elección de la droga dependía de la forma en que lo afrontaban. Pero él pensó que debía ir más allá del porqué los jóvenes empiezan a usar drogas, pregunta que le pareció bastante sencilla: son fáciles de conseguir y a los jóvenes les gusta el riesgo. Entonces se enfocó en por qué continúan haciéndolo, cuándo se alcanza el umbral del abuso, por qué dejan de consumirlas y cuándo recaen.²⁴ De esta manera descubrió que los jóvenes podían estar al borde de la adicción incluso antes de consumir drogas, porque la adicción estaba en la manera en que daban la cara a sus problemas.

Milkman²⁵ agregó que las personas pueden volverse adictas a la bebida, los coches, el dinero, el sexo, las calorías, etcétera; es decir, cualquier cosa podía ser objeto de adicción. Fue así que elaboró la idea de la "adicción comportamental" como un punto central, y comenzó a organizar un movimiento social basado en la "embriaguez natural", esperando que la gente "se colocara" con la química del cerebro, sin los efectos perjudiciales de las drogas.²⁶

Estas propuestas llamaron la atención de Inga Dóra Sigfúsdóttir,²⁷ investigadora de la Universidad de Islandia, quien decidió retomar los principios funda-

23. H. Milkman y Senderer, L., *Treatment choices for alcoholism and substance abuse, United States of America*, Lexington Books, 1990.

24. H. B. Milkman, K. W. Wanberg y B. A. Gagliardi, *Criminal conduct and substance abuse treatment for women in correctional settings: Adjunct provider's guide: Female-focused strategies for self-improvement and change: Pathways to responsible living, California*, Sage Publications, Inc., 2008.

25. Milkman, H. B. y K.W. Wanberg, *Modeling Cognitive-Behavioral Skills for At-Risk Youth*, California, Sage Publications, Inc., 2012.

26. Un ejemplo psicoanalítico podría ser cuando una persona fóbica hace pareja con otra persona con rasgos obsesivos o esquizoides, según David Lieberman lo que se plantea es que el vínculo se convierte en el objeto contrafóbico. Entonces, cuando esto sucede, el fóbico empieza a tener conductas psicopáticas, por la necesidad del objeto contrafóbico, para manipularlo y tenerlo como su "pata de conejo". Este es un ejemplo de cómo en la forma de resolver los problemas puede generarse una relación adictiva.

27. Inga Dóra Sigfúsdóttir, T. Thorlindsson, A. L. Kristjánsson, K. M. Roe y J. P. Allegrante, "Substance use prevention for adolescents: the Icelandic Model", en *Health Promotion International*, vol. 24, núm. 1, 2008, pp. 16-25; Inga Dóra Sigfúsdóttir, A. L. Kristjánsson, J. E. James, J. P. Allegrante y A.R. Helgason, "Adolescent substance use, parental monitoring, and leisure-time activities: 12-year outcomes of primary prevention in Iceland", en *Preventive medicine*, vol. 51, núm. 2, 2010, pp. 168-171.

mentales, pero en vez de dirigir el programa a niños con problemas, se centró en que los jóvenes dejaran de beber o consumir drogas. Para esto, aplicó un cuestionario que fue respondido por muchachos islandeses de entre 14 y 16 años de todos los centros de enseñanza del país. Este proceso se llevó a cabo en 1992 y se replicó en 1995 y 1997.

Uno de los resultados más relevantes e inesperados fue que se detectaron claras diferencias entre las vidas de los niños que bebían, fumaban o consumían drogas, y los que no lo hacían. Asimismo, encontraron algunos factores protectores: la participación, tres o cuatro veces por semana, en actividades organizadas, el tiempo que pasaban con los padres entre semana, la sensación de que en la escuela se preocupaba por ellos y no salir por la noche.

Con base en lo anterior, diseñaron un programa de "sentido común forzoso" –que actualmente sigue en curso– y los resultados que han obtenido a lo largo de los años son impactantes: el porcentaje de adolescentes entre 15 y 16 años que se había emborrachado en el último mes se desplomó de 42% en 1998 a 5% en 2016; los que habían consumido cannabis alguna vez pasó de 17 a 7% y el de fumadores de tabaco diarios de 23 a 3%. El índice de consumo disminuyó en picada y aumentó la edad de inicio.²⁸

Evidentemente, las lecturas de Milkman, Sigfúsdóttir y sus respectivos equipos se hicieron desde un paradigma completamente distinto al mío; ellos son investigadores cognitivo-conductuales, pero los resultados de la investigación no son muy diferentes, aunque el camino recorrido haya sido absolutamente desigual.

Este ejemplo me pareció interesante para comenzar las reflexiones que presento a largo de los capítulos de este libro, pues se irán articulando los puntos de convergencia y divergencia. Sin embargo, me es imperativo resaltar que necesitamos abandonar las visiones reduccionistas de la toxicomanía que, por lo general, dan el papel protagónico a las sustancias; asimismo, tenemos que enfocarnos en intervenciones a largo plazo, pues el componente social de las adicciones es innegable y los cambios en este registro toman tiempo, es posible que tengan que pasar varias generaciones para ver resultados.

Finalmente, el hecho de que Islandia haya decidido dirigir su programa a todos los jóvenes y no sólo a los que presentaran un claro problema de abuso de sustancias, es el ejemplo más evidente de que es la articulación de los registros psíquico y social la que facilita el terreno para las toxicomanías y demás adicciones; no obstante, podemos ver algunas de estas características de forma menos explícita en la mayoría de los sujetos contemporáneos. Dejando abierta esta reflexión, podemos comenzar con la crítica de mi propuesta de lectura.

28. E. Young, *op. cit.*

I

Dispositivos de sujeción: discurso social y hegemonía

*Creo que no nos quedamos ciegos,
creo que estamos ciegos, Ciegos que ven,
Ciegos que, viendo, no ven.*
José Saramago²⁹

Antes de abocarme a lo social, considero necesario mencionar someramente lo que señaló René Kaës³⁰ respecto del psiquismo humano, el cual se asienta sobre tres pilares fundamentales: la sexualidad infantil, la palabra y los vínculos intersubjetivos. Estos últimos implican la comprensión del sujeto singular como uno cuyo inconsciente se sostiene y moldea en los cúmulos intersubjetivos de los cuales es parte, en las alianzas inconscientes que lo preceden y que él suscribe por su propia cuenta, y en los espacios psíquicos que comparte con otros. Esta es una condición necesaria de la vida psíquica: el sujeto se manifiesta y existe tan sólo en su relación con los otros. No existe un espacio interior del que los otros estén completamente excluidos, ya que su presencia casi siempre tiene que ver con las fantasías y, más ciertamente aún, con el lenguaje.

Asimismo, Freud habló del individuo en su anclaje corporal y biológico, pero también de un sujeto sometido a un orden que lo constituye: el de los deseos inconscientes de quienes lo precedieron. Es decir, existe una relación dialéctica a través de la cual creamos símbolos y funciones simbólicas: significados compartidos. De esta manera, las nociones sobre lo que "se es", lo que "no se es", lo que "se debe ser" y "no se debe ser" se instituyen a partir del modo en el cual cada época las define y regula.³¹

29. José Saramago, *Ensayo sobre la ceguera*, Madrid, Santillana, 1998, p. 373.

30. R. Kaës, *Un singular plural. El psicoanálisis ante la prueba del grupo* (trad. de M. Segoviano), Buenos Aires: Amorrortu, 2010.

31. S. Bleichmar, "Estallido del yo, desmantelamiento de la subjetividad", en *Topía, un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura*, 2006; M. A. Castro y L. Castro, "Hacia una correcta comprensión de la metodología cualitativa", en *Política y sociedad*, vol. 39, núm. 2, 2002, pp. 481-496; O. Martí, "El fenómeno de la dependencia, su carácter polihédrico y su inserción en la dialéctica biológica/cultural", en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, Grupo Igia y colaboradores (eds.), España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 57-67.

Por mi parte, propongo utilizar el término discurso social³² como fue planteado por Marc Angenot.³³ Éste tiene el monopolio de la representación de la realidad y, en gran medida, forma la realidad –es decir, es hegemónico.³⁴ Es aquello que, como precede nuestra existencia singular, *in-forma* nuestros enunciados particulares: el “nosotros” precede al “yo”, el grupo al individuo. El discurso social es, además, el resultado de un desarrollo sociohistórico y está sustentado por una serie de normas, reglas y principios que nos orientan.³⁵

De esta manera, la vida de cada uno de nosotros se instala en una trama de procesos en los cuales las relaciones se institucionalizan en función del lugar que ocupamos y del contexto en el que nos desarrollamos; este uno de los hechos definitorios de lo humano.³⁶ Entonces, los intentos por comprender al ser humano no pueden estar dissociados de un empeño por comprender, simultánea y dialécticamente, la cultura de la que forma parte y que lo conforma como sujeto; nuestra constitución está atravesada por una multiplicidad de discursos que se erigen como los hegemónicos en una sociedad, pero es imprescindible destacar que esta sujeción no es sólo yugo e imposibilidad de autonomía.

Abundando en lo anterior, somos determinados por categorías sociales que nos califican como pertenecientes a una clase social, a un sexo-género, en el marco de una “vida cotidiana” propia de una época, con un código moral, un lenguaje y formas concretas de relación con las nuevas tecnologías.³⁷

32. Es un sistema regulador global cuya naturaleza no se ofrece inmediatamente a la observación, sino que se da a conocer a través de las reglas de producción y circulación. El autor plantea que la manera en que se puede conocer este discurso es por medio de lo que se dice, se escribe, se imprime y se habla públicamente o se representa en los medios de comunicación; sin embargo, también incluye la totalidad de las significaciones compartidas socialmente, ya que lo que no se dice, no se escribe y no se expresa –de forma manifiesta– es de fundamental importancia (Angenot, 2010).

33. M. Angenot, *El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

34. Se refiere a los sistemas de dominación política y de explotación económica de una formación social, cuya principal característica es que el grupo dominante se mantiene en el poder haciendo de sus intereses los intereses propios de la sociedad y, mediante sus mecanismos de control –escuela, iglesia, partidos políticos, asociaciones, etcétera–, transmite un conjunto de ideologías para reducir la coerción necesaria con la finalidad de reprimir a los grupos y facilitar una subordinación pasiva. Opera principalmente sobre los modos de pensar, las orientaciones teóricas e incluso sobre el modo de conocer; es decir, establece reglas o tendencias, en absoluto universales, pero capaces de definir e identificar un estado determinado que funda y sostiene el campo representacional en el cual se despliegan “estilos de vida”, costumbres, actitudes, “mentalidades”, angustias, temores y modos de relacionarse consigo mismo y con los demás (Angenot, *Ibid*; S. Bleichmar, “Las formas de realidad”, en *Topía, un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura*, 2002; D. Kanoussi, Gramsci y la modernidad. Notas sobre el cuaderno 16”, en *Antonio Gramsci. Hegemonía, Estado y sociedad civil en la globalización*, México, Plaza y Valdés, 2001, pp. 163-171).

35. M. Angeot, *op. cit.*; M. Viñar, “Siluetas o formas de la memoria o el olvido”, en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, núm. 93, 2001.

36. E. Guinsberg, *La salud mental en el neoliberalismo*, México, Plaza y Valdés, 2001; O. Martí, *op. cit.*; E. Menéndez, “La dimensión antropológica”, en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, Grupo Igja y colaboradores (eds.), España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 147-169; M. Viñar, *op. cit.*

37. Considero “nuevas tecnologías”, siguiendo a Cabrera, como una modalidad concreta y específica de la técnica en la actualidad, como un conjunto heterogéneo de aparatos, instituciones y discursos, unidos de un modo particular desde lo imaginario; esto último implica abordar las significaciones como instituciones de la sociedad. Las “nuevas tecnologías” son significaciones establecidas que materializan el imaginario de la sociedad actual (D. Cabrera, “Las ‘nuevas tecnologías’ como significaciones imaginarias”, en *Revista de comunicación*, núm. 1, 2003, pp. 6-24).

Como precisó Martí, los seres humanos representamos un modelo de civilización y de ciudadano encarnados, conceptualización que modifica la idea moderna de individuo.³⁸

Por su parte, Marc Angenot explicó que se establece una relación directa entre la realidad "inmaterial" de una hegemonía y los aparatos del Estado y demás instituciones portadoras del discurso social, que fungen como transmisoras de ideologías y de imaginarios, cuya función principal es legitimar el pensamiento hegemónico. Dicho de otro modo, las instituciones no son únicamente objetos o reglas visibles en la superficie de las relaciones sociales, también presentan una faz oculta que se revela en lo no-dicho, lo censurado es el habla social, la expresión de la alienación y la voluntad de cambio (Badacarratx, 2006).

A raíz de estas reflexiones me surgieron preguntas con respecto a la influencia que pueden tener la realidad económica y política en la producción social de subjetividades cada vez más proclives a las adicciones –en específico, las toxicomanías–, porque no se trata de meros diseños o estrategias técnicas, sino de expresiones éticas que influyen en los lazos sociales y las relaciones de poder, en especial en los modos con los cuales el yo se representa a sí mismo y en su función integradora, a nivel particular y social.³⁹

Las toxicomanías son un fenómeno humano que, como tal, es sumamente complejo. Además, por su naturaleza, están plagadas de prejuicios que no mencionaré porque posiblemente todos las conozcamos, y este aparente conocimiento podría velar cualquier posibilidad de crítica. Considero imprescindible partir del reconocimiento de que la situación no siempre ha sido así –y por lo tanto puede cambiar–, y es indispensable saber qué es lo que sustenta a las actuales significaciones que tienen las drogas y sus consumidores.

Los fenómenos sociales cobran relevancia en virtud de la significación cultural que poseen en un periodo histórico determinado, razón por la cual no podemos ubicarnos ante ellos como frente a "una cosa", más bien tenemos que tomar en cuenta que siempre están impregnados de valores.⁴⁰ Si tratamos de ser congruentes con lo estipulado anteriormente y pretendemos posicionarnos ante la realidad de un modo que permita reconocer la interacción de varias dimensiones en la ocurrencia de los fenómenos, también nos toca admitir su proceso histórico de construcción, es decir, cómo llegó a ser de esa y no de otra forma.⁴¹

Entonces, antes de llegar a los laberínticos terrenos de la imbricación de lo social, lo subjetivo y lo singular en la constitución de las toxicomanías, creo necesario hacer una sucinta revisión de la concepción histórica y actual de las drogas y el vínculo que los sujetos establecen con ellas, para después centrarnos en las condiciones socioculturales contemporáneas y su posible influencia en el aumento de las adicciones.

38. Según la RAE (2015), individuo hace referencia a una persona o abstracción de las demás que, al mismo tiempo, no puede ser dividido.

39. Bleichmar, 2002, *op.cit.*; E. Guinsberg, *op. cit.*; Ma. Cristina Rojas y Susana Sternbach, *Entre dos siglos: una lectura psicoanalítica de la posmodernidad*, Argentina, Lugar editorial, 1997.

40. J. M. Bonacci, *op. cit.*

41. Larry Andrade, *op. cit.*

Relación de los sujetos con las drogas a través del tiempo

Antes que nada debo advertir al lector que en este apartado no presentaré una historia completa del consumo de sustancias, tarea que excedería el objetivo de este libro. Mi intención es más modesta, ya que únicamente quiero brindarle algunos ejemplos de las significaciones sociales que tuvieron estas prácticas en diversas culturas de la antigüedad, para así comprender cómo la droga no sólo es ese objeto o ente omnipotente y maléfico que se apodera del sujeto y lo daña hasta destruirlo, según la lectura habitual de nuestra sociedad. Mediante una breve serie de ejemplos dejo planteada esta interrogante que trataré de resolver a lo largo del texto.

A continuación señalaré a qué me refiero cuando hablo de drogas, ya que este concepto es de uso variado y ambiguo, y depende de la representación cultural que cada época tenga del consumo de estas sustancias, de tal forma que en ciertas culturas pueden o no ser consideradas drogas –en el sentido peyorativo del término.⁴² Esto significa que el peso que tienen tanto la legalidad como la ilegalidad impacta en su representación imaginaria como flagelo social o tabú.

En general, el término “droga”⁴³ se refiere a cualquier sustancia química –natural o sintética– que al introducirse en el organismo por cualquier vía es capaz de modificar el sistema biológico a nivel físico y/o psicológico, que posee la capacidad de generar dependencia en sus consumidores.⁴⁴

Por otro lado, la visión médica hegemónica tiende a reducir el fenómeno a sus componentes biológicos y deriva en la cosificación del sujeto consumidor de drogas; por lo tanto, la definición que proporcionan Del Moral y Fernández⁴⁵ me resulta un poco más prudente al no limitarse a la medicalización: una droga es “cualquier sustancia capaz de modificar la realidad, favoreciendo la fantasía humana o evadiéndole de la dura existencia cotidiana para, más tarde, dominarle por entero hasta quebrantar sus fuerzas y su salud”. Esto se encuentra en concordancia con los denominados “quitapenas” por Freud, que hacen posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad

19

19

42. Nadie le llama “drogas” a sus psicofármacos, al café, o al cigarro y la cerveza que consume en las reuniones sociales, o incluso diariamente. Es por ello que al decir “drogas” me estoy refiriendo a las sustancias psicoactivas que son señaladas como problemáticas para los sujetos y la sociedad, a las que son ilegales. Sin embargo, como explicaré más adelante, no se limita únicamente a éstas.

43. Durante las últimas décadas, la Organización Mundial de la Salud (OMS) ha estado utilizando el término “sustancia psicoactiva” como sinónimo de droga; no obstante, es importante diferenciar dicha palabra –que alude a cualquier sustancia que afecta la conciencia o la actividad mental– de “psicotrópico”: agente químico que actúa sobre el sistema nervioso central; y, asimismo, de “dependencia química”: estado psíquico y físico, resultado de la interacción entre un organismo y una droga, que se caracteriza por modificaciones del comportamiento y otras reacciones, así como por el impulso a ingerir la sustancia de forma periódica, para volver a experimentar sus efectos o evitar los malestares que provoca no poder consumirla. Cabe resaltar que no todos los psicoactivos promueven la activación del sistema nervioso central (Organización Mundial de la Salud, *Glosario de términos de alcohol y drogas*, España, Ministerio de Sanidad y consumo, 1994).

44. J. Camí, *op. cit.*; Organización Mundial de la Salud, *op. cit.*

45. M. Del Moral y L. Fernández, “Conceptos fundamentales en drogodependencia”, en *Drogodependencia. Farmacología, patología, psicología, legislación*, P. Lozano, M. Ladero, C. Leza e I. Lizasoain (eds.), España, Editorial médica panamericana, 2009, p. 3.

y refugiarse en un mundo propio, el cual –supuestamente– ofrece mejores condiciones. Entonces, el fenómeno de las toxicomanías pone de relieve el sufrimiento humano inherente a la existencia y, por lo tanto, pongo el foco en los sujetos.

Así, propongo incluir todas aquellas sustancias cuyo consumo forma parte de nuestros hábitos y son socialmente aceptadas –alcohol y tabaco–, medicamentos comercializados por su efecto terapéutico –psicofármacos– y sustancias sin interés médico reconocido y cuya manufactura y distribución es ilegal –marihuana, cocaína, inhalantes, etcétera.

Además, debemos reconocer los distintos componentes del sujeto: biológico, psíquico y social. Todos somos seres singulares y colectivos a la vez,⁴⁶ pero al entrar en contacto con las drogas algunos son más propensos a desarrollar toxicomanías que otros. Trataremos de aclarar a qué se debe, aunque en este punto me detendré, para no adelantarme y propiciar confusiones.

El significado del consumo de sustancias ayer y hoy

Comenzaré diciendo que pese a que a algunos pueda resultarles sorprendente, históricamente el consumo de drogas no siempre ha sido considerado un problema. Estas sustancias se han usado desde la antigüedad remota en numerosos pueblos y culturas, pero su consumo sólo alcanzó la denominación de “problema” a partir de la década de 1960.⁴⁷ Es decir, la historia de las drogas es mucho más amplia y antigua que la de las toxicomanías, lo cual implica que la relación de los sujetos con las drogas no es nueva, pero sí ha habido una modificación en la forma de vincularse con determinadas sustancias.⁴⁸

Este cambio de perspectiva es una de las razones que tenemos para considerar la concepción de las drogas como un indicador del tipo de sociedad y de conciencia que en ella predomina.⁴⁹ Los imaginarios sobre las drogas y sus consumidores varían en cada cultura y época; entonces, cabe preguntarnos cómo es que en la actualidad representan una de las principales preocupaciones de salud y seguridad pública.

Retomando lo anterior, las drogas se han consumido desde el inicio de la civilización. Prácticamente, todas las sociedades conocidas han hecho uso de ellas, de lo cual ha quedado evidencia en registros antiquísimos que atestiguan la intoxicación como resultado de la búsqueda de experiencias sensitivas y alteraciones de la conciencia, utilizada con fines religiosos, chamánicos, adivinatorios, por motivos sociales e incluso medicinales.⁵⁰ Esto nos brinda

46. O. Martí, *op. cit.*

47. M. Del Moral y L. Fernández, *op. cit.*

48. F. Naparstek, *Introducción a la clínica de las toxicomanías y las adicciones*, Argentina, Grama, 2005.

49. G. Touzé, “Drogas: entre altares, control y economía de mercado”, en *Margen*, vol. 6, núm. 2, 1994.

50. En cuanto al uso dado a las sustancias en la antigüedad, cabe distinguir entre las denominadas alucinógenas –sustancias químicas que inducen alteraciones en la percepción, el pensamiento y sensaciones, similares a las que provocan las psicosis funcionales, pero que no producen alteraciones en la memoria y la orientación, características de los síndromes orgánicos (OMS, *op. cit.*)– y las enteógenas, las cuales se han usado desde tiempos remotos para provocar efectos psíquicos con

elementos para pensar en el consumo de drogas como un fenómeno plural en todos los sentidos: sucede en diversas épocas, en una variedad de lugares, por medio de diferentes sustancias y con distintos objetivos.⁵¹

De hecho, se presume que las plantaciones de adormidera en el sur de España y Grecia, el noreste de África, en Egipto y Mesopotamia, son las más antiguas del planeta; y la primera noticia escrita sobre esta planta aparece en tablillas sumerias del tercer milenio a. C., mediante una palabra que significa "gozar".⁵²

Por su parte, los antiguos griegos, siguiendo la tradición hipocrática, acuñaron el término *phármakon*, que significa remedio y veneno, simultáneamente. Para ellos, la toxicidad no se medía en términos morales, como se hace hoy en día, sino en términos cuantitativos; es decir, la diferencia de dosis era el límite entre beneficio o remedio y perjuicio o veneno, con lo que la variación de sus efectos no la establecía la sustancia, sino su uso.⁵³

En materia de drogas, el criterio de los romanos era muy similar al de los griegos; se han encontrado registros sobre el uso del opio en las escuelas médicas de ambas culturas, éste tenía un valor especial por su importancia en el tratamiento del dolor y en la eutanasia. Además, prácticamente todos aquellos que ocuparon el trono del imperio romano usaban tríadas diariamente.

Es curioso que en las culturas mencionadas no se han encontrado referencias sobre personas esclavizadas u ofuscadas por el consumo de drogas y que esto no haya ocasionado problemas de orden público o privado; de hecho, no existe en latín ni en griego un vocablo equivalente a "opiómano". No obstante, la peligrosidad se concentró en el vino, que entre los romanos suscitó conflictos personales y colectivos, y fue una bebida prohibida para menores de 30 años y para mujeres; y que para los griegos fue símbolo de Dionisio, dios que suspende las fronteras de la identidad e invoca periódicas orgías (Touzé, 1995; Escotado, 1994).

En lo que respecta al mundo oriental, en Mesopotamia los registros más arcaicos del consumo de alcohol datan de hace 5 mil años, y tanto ellos como los egipcios utilizaron el opio para mitigar el dolor. Asimismo, hace más de 3mil años, el cannabis se empleaba durante rituales religiosos hindúes; los budistas tenían al cáñamo en alta estima, debido a sus efectos positivos en las técnicas de meditación y desde el siglo xv a. C. se conocían diversas preparaciones con este mismo ingrediente en la península indostánica.⁵⁴

finés rituales (M. Vidal-Ribas y M. I. Rodríguez, "Uso de enteógenos en psicoterapia", en *Interpsiquis*, 2010). Este último término proviene del griego *enthos*, cuyo significado etimológico es "Dios adentro" y designa a aquellas drogas que producen visiones para rituales religiosos o chamánicos (S. López, "Los enteógenos y la ciencia", 2003).

51. E. Bufill, E., "La dimensión biológica", en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, Grupo Igia y colaboradores (eds.), España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 89-103; M. Lora y C. Calderón, "Un abordaje a la toxicomanía desde el psicoanálisis", en *Ajayu*, vol. 8, núm. 1, 2010, 151-171; O. Martí, *op. cit.*; Ralet, O., "Condicionantes políticos y económicos. Análisis de la influencia de estos factores en la construcción social del 'problema droga'", en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, Grupo Igia y colaboradores (eds.), España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 39-47; G. Touzé, *op. cit.*

52. A. Escotado, A., *Las drogas. De los orígenes a la prohibición*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

53. G. Touzé, *op. cit.*

54. E. Bufill, *op. cit.*; G. Touzé, *op. cit.*

Del otro lado del mundo, en la América precolombina, chamanes de sociedades tradicionales utilizaron sustancias psicotrópicas; asimismo, la riqueza de este continente en fármacos de tipo visionario es similar a la de los estimulantes. A pesar de esto, la droga del continente fue definitivamente el cáñamo, que se utilizaba desde Canadá hasta la Patagonia, y tenía fines recreativos, religiosos, terapéuticos y culturales.

Asimismo, en Sudamérica, estimulantes como la cafeína y la cocaína alcanzaron alta estima. Existen registros del uso de la hoja de coca que datan del siglo III a. C., lo que se conoce gracias a estatuillas encontradas en Ecuador y Perú cuyos rostros presentan rasgos de intoxicación. Además, la casta sacerdotal inca la usó en ceremonias religiosas y de adivinación; de hecho, en culturas andinas la hoja de coca sigue siendo considerada un don sagrado de Pachamama, la madre Tierra.⁵⁵ En general, los estimulantes eran utilizados como una inyección de energía que facultaba para comer menos y trabajar más, no para producir trances o viajes; se trata de drogas que el sector privilegiado usa por gusto y los pobres, por necesidad.⁵⁶

La era de oro para el opio tiene correspondencias con el comercio europeo desde los siglos XVI-XVII, pero por conflictos de intereses económicos y de exportación se dispararon los primeros problemas que originaron la conocida frase: "el opio de los pueblos". Sucedió que después de que el comercio de opio fuera un negocio entre Inglaterra y China, esta última decidió prohibirlo y pasó a ser terreno de traficantes ingleses. Lo más relevante es que una sustancia que fue empleada durante milenios por los chinos pasó a ser problemática cuando se prohibió, lo cual evidencia la relación entre la ley (y la prohibición) y el deseo.⁵⁷

El último dato que pondré como testimonio de que las sustancias psicoactivas no siempre han sido consideradas "demoniacas" es la integración a la cultura europea de sustancias exóticas como el café y el tabaco. En su momento, ambas fueron motivo de controversia, pero finalmente constituyeron una marca distintiva de la burguesía del siglo XVIII, y hasta la actualidad han fungido como signo de identificación de la clase social en auge. No obstante, esto sólo se logró gracias a los médicos, boticarios y químicos, que resucitaron su uso lúdico, ceremonial y terapéutico después de un largo periodo de oscurantismo en el cual las drogas se asociaban con el paganismo y el satanismo.

Fue hasta mediados del siglo XIX cuando comenzó la cruzada prohibicionista debido a tres factores principales: el empuje del sentimiento puritano en defensa de los valores "tradicionales" de los colonizadores, opuesto a cualquier clase de asociación entre el consumo de sustancias y el mandato divino; la ola de "opiomanía" desatada a raíz del comercio entre Gran Bretaña y China, la cual tuvo como resultado las Guerras del opio; y, por último, a finales de siglo XIX el apogeo de la experimentación con sustancias psicotrópicas y la concu-

55. E. Bufill, *op. cit.*; O. Ralet, *op. cit.*; G. Touzé, *op. cit.*

56. A. Escohotado, *op. cit.*

57. Fabián Naparstek, *Introducción a la clínica de las toxicomanías y las adicciones*, Argentina, Grama, 2005.

rrencia de inmigración china para trabajar las vías férreas en Estados Unidos, lo que causó que los sindicatos norteamericanos, con un sesgo claramente racista, lanzaran una campaña asociando a los inmigrantes chinos con el opio y el crimen.⁵⁸ Este proceso desembocó en que “casualmente” la legislación e ideología de Estados Unidos traspasara los límites territoriales y temporales, y se extendiera por todo el mundo.⁵⁹

Paradójicamente, al mismo tiempo y gracias al comienzo de la civilización industrial las drogas pasaron a ser utilizadas como medicamentos, ya que entonces se generó un ambiente de tensión y competitividad en nombre del progreso que causó insomnio, neurosis y abatimiento. De forma que la morfina –que curiosamente es uno de los alcaloides del opio– se posicionó como el gran fármaco del siglo y fue adquiriendo popularidad en la clase media norteamericana y europea; sin embargo, en este mismo periodo se instaló la toxicomanía como un problema debido a que durante la Guerra Civil de Estados Unidos se usó sistemáticamente en los hospitales y desencadenó una ola de morfinomanía que llegó a denominarse “mal militar”.⁶⁰

En el siglo xx muchas drogas conocidas ya se encontraban disponibles en farmacias y droguerías, no era un asunto jurídico, político o de ética social, a pesar de que sin duda había adictos. Fue claro que los médicos y farmacéuticos habían ganado la batalla contra curanderos y herboristas, y habían monopolizado el consumo de drogas.

Considero que estos ejemplos dan testimonio de la transformación que ha tenido la concepción cultural de las drogas, antaño concebidas como facilitadores de vínculos sociales y vehículos hacia lo sagrado, como experiencia psicológica y artística o práctica religiosa, y cuyo consumo no era tabú, sino restringido. Así, creo legítimo que partamos de la hipótesis inicial o prejuicio de que las condiciones sociales son las que dan sentido al diverso uso de las drogas. Como señaló Ignacio Lewkowicz,⁶¹ no hay drogas –sustancias “malig-nas” en sí mismas–, sino sustancias investidas como tales.

23

23

Concepciones actuales

Tomando en cuenta lo anterior, no es difícil notar que en nuestra sociedad, el actual auge y preocupación por las sustancias psicoactivas se debe, al menos en parte, a condiciones sociales, culturales y económicas que construyen terrenos favorables para el consumo compulsivo que, asimismo, han propiciado

58. Lo mismo sucedió con el movimiento “hippie” en la década de los 60, cuando se asoció a la juventud pacifista con el consumo de drogas con el fin de desvirtuar sus ideales, así como con los negros, quienes al ser abolida la esclavitud, debían ser excluidos de otra forma, marginándolos y vinculándolos al crimen y al consumo de drogas, para legitimar su marginación.

59. C. González, “Aspectos legislativos”, en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, Grupo Igja y colaboradores (eds.), España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 173-214; Ralet, *op. cit.*

60. F. Naparstek, *op. cit.*

61. Ignacio Lewkowicz, “Subjetividad contemporánea: entre el consumo y la adicción”, Argentina, Universidad Nacional de la Plata, 2011.

sujetos cuya constitución psíquica es "idónea" para las adicciones; porque, como afirmaron Guattari y Rolnik, la producción de subjetividades es la principal necesidad del mercado capitalista.⁶²

Como ya señalé, en el siglo XIX es cuando la droga empieza a fraguarse como un problema en occidente, posiblemente relacionado con el aumento de los consumidores y al desarrollo de reglas y normas para su consumo. Esto derivó en una necesidad de definir las sustancias permitidas en cantidades moderadas y las que estaban absolutamente prohibidas; así, enmarcadas por las características de la sociedad industrial y de consumo, las sustancias psicoactivas dejaron de estar reguladas por rituales colectivos y pasaron a ser un tabú. Para algunos sujetos representó la posibilidad de un modo de vida distinto y con otro sistema de valores, el cual se constituía fuera, al lado y, en ocasiones, contra los principios socialmente aceptados.⁶³

De acuerdo con Inmaculada Jáuregui,⁶⁴ fue así como surgieron concepciones antagónicas de las drogas; por una parte, las legales: alcohol, tabaco, antidepresivos, ansiolíticos, antipsicóticos, etcétera, cuyas propiedades ayudan a "mejorar" artificialmente la condición humana, apaciguando la angustia, estimulando y estabilizando el humor y, por otra, las ilegales: marihuana, cocaína, inhalantes, heroína, entre otras, que se presentan como un problema sanitario y social por los efectos "enloquecedores" que producen en las personas.

La legislación antidroga y la difusión de representaciones negativas en los medios de comunicación han marcado los significados de antaño y, al mismo tiempo, el fin que se le da a estas sustancias. Además, la presunción del riesgo se traslada a la imagen del joven marginal, asociado con actividades delictivas y distintas formas de violencia. Esta tendencia señala, sobre todo, a los jóvenes de las periferias, desocupados e inmersos en cierta anomia cuyas carencias o rechazo a los valores tradicionales demuestran su malestar y ellos denuncian las injusticias e hipocresías sociales mediante el consumo de drogas, lo cual únicamente provoca mayor discriminación y exclusión.⁶⁵

Es una creencia común el hecho de que hoy en día muchos jóvenes consumen sustancias psicoactivas como una forma de expresión, como un factor de cohesión grupal, para fijar su rol social o como una manera de construir su propia identidad a través del modelo del toxicómano, ya que se trata de un periodo de la vida en el que predomina el conflicto de inserción en el mundo adulto. Sin embargo, los toxicómanos pueden pertenecer a todas las clases sociales y a cualquier grupo etario, de tal forma que los problemas que se creían propios de un sector en particular han ido extendiéndose al resto de la

62. F. Guattari y S. Rolnik, "Subjetividad e historia" (trad. de F. Gómez), *Micropolítica: Cartografías del deseo*, España: Editorial Traficantes de Sueños, 2006, pp. 37-60.

63. M. Del Moral y L. Fernández, *op. cit.*; M. Lora y C. Calderón, *op. cit.*; M. Torrens, *Convivir con drogas: Todo sobre todas las drogas*, Barcelona, Colimbo ediciones, 1995.

64. Inmaculada Jáuregui, "Droga y sociedad: la personalidad adictiva de nuestro tiempo", en *Nómadas*, vol. 16, núm. 2, 2007, pp. 121-130.

65. C. González, "Drogas y control social", en *Poder y control*, núm. 2, 1987, pp. 49-65; M. E. Medina-Mora, G. Natera, G. Borges, P. Cravioto, C. Fleiz y R. Tapia-Conyer, "Del siglo XX al tercer milenio. Las adicciones y la salud pública: drogas, alcohol y sociedad", en *Salud mental*, vol. 24, núm. 4, 2001, pp. 3-19.

población; por ejemplo, el consumo de bebidas alcohólicas ya no es propio de los varones de mediana edad, y el uso de inhalantes y marihuana ya no es exclusivo de menores de edad y jóvenes.

En ese sentido, las drogas –y los toxicómanos– son calificadas como un flagelo social y constituyen el objeto de una ley que responde a los discursos científicos, morales, jurídicos y sociales.⁶⁶ Entonces, al abordar el “problema de las drogas” debemos analizar y cuestionar qué significan estas sustancias para la sociedad, es decir, cuáles son las imágenes, representaciones y creencias culturales que las definen, delimitando, además, hasta qué punto los mecanismos sociales e institucionales puestos en marcha contribuyen a estigmatizar a sus consumidores. También me parece relevante resaltar y cuestionar la asociación que generalmente se hace entre los términos droga, juventud, desviación, delincuencia y enfermedad.

Esta singular regulación legal de las sustancias y su concepción social –basada en la cultura prohibicionista y respaldada por la amenaza de prisión y otros tipos de reclusión o, más bien, expulsión– ha resultado imposible debido a que “un mundo sin drogas”⁶⁷ adjudica a los sujetos “toxicómanos” la doble etiqueta social de enfermo y delincuente. Por ello, en la década de 1990 surge la alternativa de “reducción de riesgos” como una respuesta epidemiológica dentro del paradigma médico-científico para atender el “problema” o la “enfermedad” del consumo de sustancias, buscando principalmente difundir información necesaria para reducir los costos en enfermedades y crimen, supuestamente relacionados con el uso de drogas.

A este panorama tenemos que añadir que dicha construcción social no sólo influye en la concepción de las drogas, sino que tiene consecuencias en la constitución del sujeto, ya que la identidad resulta del encuentro del desarrollo sociohistórico y la vida de los individuos, como series complementarias.

Después de estas consideraciones, empezamos a dilucidar cómo casi siempre la toxicomanía sirve de soporte a la transmisión de ideologías, moral, política, etcétera, vehiculizados por los diferentes medios de comunicación, por lo que en la reflexión sobre los mismos debemos incluir el análisis de los mecanismos de producción y distribución de bienes, y la acumulación de capital propios de las sociedades industriales avanzadas, lo cual retomo a continuación.

66. Silvia Le Poulichet, S., *Toxicomanías y psicoanálisis. Narcosis del deseo* (trad. de J. L. Etcheverry), Buenos Aires, Amorrortu, 2012.

67. Hago referencia a la conocida campaña “Vive sin drogas” que inició TV Azteca a finales de la década de 1990 y que continuó durante varios años. Recuerdo claramente, y muchos de mis coetáneos también deben haber sido testigos, cómo mediante cortos televisivos asociaban el consumo de drogas con un joven ofuscado y dominado por dicha sustancia, destruido y perdido, intentando generar miedo, más que conocimiento. Pienso ahora que esa campaña, con tintes ideológicos muy claros, en realidad fue una vía para expulsar a los toxicómanos de la sociedad, como un organismo arroja de sí a un cuerpo extraño.

El dominio subjetivo del mercado: capitalismo y neoliberalismo en un mundo globalizado

Seguidamente, pero sólo en apariencia, me desviaré un poco del tema que nos atañe para centrarme en un análisis sobre las condiciones sociales de la actualidad, cuya interrelación es fundamental en cualquier fenómeno humano, especialmente desde nuestra lectura, para tener un mejor –o al menos distinto– panorama de las dimensiones de las toxicomanías. Para ello decidí incorporar un examen crítico de la incidencia de los discursos hegemónicos⁶⁸ y las características específicas de su producción social de subjetividades.

Al respecto, Ignacio Lewkowicz⁶⁹ indicó que sólo en nuestros días cualquier relación obstinada de un sujeto con algún objeto de su cultura es leída como *adicción*; agregó, por el contrario, que nada semejante ocurrió en la antigüedad y que el consumo de drogas muchas veces no ha sido ni es “patológico”. Él puso en tela de juicio el papel protagónico que se ha adjudicado a las sustancias psicoactivas en sí mismas, yo propongo que lo tomemos como una invitación a reflexionar acerca de los cambios socioculturales que han coadyuvado al aumento del consumo irreprimible de drogas y también a cuestionarnos si este fenómeno –las toxicomanías– se puede entender en parte como una materialización de la amenaza consumista latente en el discurso social. En otras palabras, considero que sin el discurso social correspondiente, las subjetividades que produce y las fragilidades particulares, las drogas no serían causa suficiente para el desarrollo de adicciones y tampoco explicarían el aumento exponencial de su uso.

Cornelius Castoriadis⁷⁰ puntualizó que el sujeto no se dice, sino que es dicho por alguien más; esto es, que existimos invariablemente como parte del mundo de otro(s). Ahora bien, si partimos de la idea de Guattari y Rolnik sobre la subjetividad,⁷¹ podemos pensar que los sujetos y nuestros vínculos estamos permeados por el modelo hegemónico, en el cual el dinero funge como articulador de los aspectos psíquicos con los macrosociales, al ser el medio y objeto de la satisfacción de necesidades, deseos y para la obtención de placer. Esto implica un sometimiento al mercado capitalista que es calculador, duro y preciso; además, funciona como organizador social, a la vez que como lógica libidinal.

El modelo hegemónico se filtra en todas las facetas de la vida humana, desde las identificaciones y el contacto con la realidad (en términos psicoana-

68. Específicamente el de la “posmodernidad” (término con el polemizaré más adelante) y el del capitalismo neoliberal y globalizado, aunque hago mención del discurso positivista y del médico-biológico para considerar su influencia en la concepción de las drogas y las toxicomanías.

69. Ignacio Lewkowicz, “Subjetividad adictiva: un tipo psico-social instituido. Condiciones históricas de la posibilidad”, en *Las drogas en el siglo ¿qué viene?*, J. Dobon y G. Hurtado (comp.), Buenos Aires, FAC, 1998, pp. 1-14

70. C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad* (trad. A. Vicens y M-A. Galmarini), Barcelona, Tusquets, 1989.

71. Entendida como resultado del entrecruzamiento de (sobre)determinaciones culturales, histórico-sociales, económicas, tecnológicas, *massmediáticas*, etcétera; además de las biológicas, inconscientes, la historia individual, entre otras. F. Guattari y C. Rolnik, *op. cit.*

líticos el yo), hasta la búsqueda de satisfacciones y cumplimiento de deseos (el ello), los ideales establecidos y las normas que debemos cumplir (el super-yó) y los “calmantes” que utilizamos.

El realismo –más bien materialismo– del “qué más da” del dinero hace posible medir el valor de las cosas –y las personas– con base en la ganancia que se puede obtener de ellas.⁷² Como indica Franz Hinkelammert,⁷³ el dinero es capaz de transformarlo todo, incluso el honor, en objeto de cálculo y asignarle un precio. Es posible que esto influya en la estructuración de la sociedad y de los sujetos, ya que, como lo señalara Han,⁷⁴ el sujeto neoliberal como empresario de sí mismo no es capaz de establecer relaciones libres de cualquier finalidad con otros. La importancia simbólica del dinero va mucho más allá de su valor económico y es determinante en la estructuración de los individuos; sin embargo, no he aclarado cuál es la relevancia del modelo capitalista, de hecho, ni siquiera he definido a qué me refiero con eso. Entonces, ¿qué es el capitalismo?

En definitiva se trata de algo más que un modelo económico, es, al mismo tiempo, una formación social, histórica y política.⁷⁵ Según Vidal⁷⁶ sus ejes básicos son: a) la plusvalía, es decir, el trabajo humano materializado origina riquezas, las cuales son creadas por los trabajadores, pero se las apropian los capitalistas; b) las clases sociales, que son antagónicas pero interdependientes y están en perpetua lucha, lo cual, según Marx, es el motor de la historia; y c) la evolución histórica de los modos de producción, lo que hace que las leyes de la economía no sean eternas.

El progreso como una línea directriz también es digno de tomar en consideración, el cual en las sociedades industriales avanzadas aparece caracterizado como un proceso endógeno, circular y acumulativo de cambio y transformación estructural, como resultado de la acumulación del capital y la expansión de los mercados, el crecimiento de la producción, la productividad y el empleo. La esencia del funcionamiento del mercado es un mecanismo transmisor de impulsos e incentivos.

Un proceso de acumulación de capital implica la constitución de una economía monetaria de producción, es decir, la generalización del dinero como relación social. Esto supone la acción del Estado como agente fiscal y monetario, la organización interna de la sociedad como un sistema de clases funcionales, la distribución de la propiedad privada, el trabajo asalariado, la organización de la economía como un sistema de mercados donde domine la esfera monetaria, el desarrollo del proceso económico.⁷⁷ No obstante, existen

72. Lyotard, F., *La posmodernidad (explicada a los niños)*, España, Gedisa, 1986.

73. F. Hinkelammert, *Totalitarismo del mercado. El mercado capitalista como ser supremo*, México, Akal, 2018.

74. Byung-Chul Han, *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Buenos Aires, Herder, 2014.

75. C. Ricoy, C., “La teoría del crecimiento económico de Adam Smith”, en *Economía y desarrollo*, vol. 138, núm. 1, 2005, pp. 11-42. C., “La teoría del crecimiento económico de Adam Smith”, en *Economía y desarrollo*, vol. 138, núm. 1, 2005, pp. 11-42.

76. J. M. Vidal, *Lecciones sobre capitalismo y desarrollo*, España, Universitat de Barcelona, 2004.

77. H. Matallana, “Mercantilismo, acumulación de capital y desarrollo de la economía monetaria de producción (nacional)”, en *Cuadernos de Economía*, vol. 30, núm. 55, 2011, pp. 1-29.

diferencias con el capitalismo actual que, en parte, ha sido influenciado por los avances tecnológicos que facilitan las comunicaciones y la apertura de las fronteras entre países. Así, debemos agregarle un apellido al modelo capitalista: neoliberalismo.⁷⁸ Éste se revela como un programa político que pretende legitimar su visión de la realidad⁷⁹ y sus ejes rectores son el mercado libre, el individualismo y las contradicciones entre libertad e igualdad.

Aunado a esto se encuentra la estrategia de globalización,⁸⁰ cuyo objetivo es alcanzar un totalitarismo del mercado, el cual implica la comercialización de todas las relaciones sociales y la privatización como política. Tal lógica monetaria produce una jerarquización de las monedas nacionales; en esta medida podemos entender la división histórica de la economía mundial en países “desarrollados” y “subdesarrollados”, traducible en la hegemonía de los primeros y la dependencia de los segundos.⁸¹

Dany-Robert Dufour⁸² advirtió que en la economía neoliberal el trabajo ya no es aquello sobre lo que reposa esencialmente la producción de valor y, además, se deja de concebir a la sociedad como constituida por ciudadanos, para convertirse en lo que E. Guinsberg precisa como un conglomerado de productores-consumidores inmersos en el mercado mundial. En concordancia, Cornelius Castoriadis señaló que esta modalidad del capitalismo responde al crecimiento de la productividad del trabajo y a la elevación del nivel de vida, con la fabricación sintética de nuevas necesidades, la manipulación de los consumidores y el desarrollo de una mentalidad “establecida” y de rango social, vinculados al nivel de consumo, la creación o el mantenimiento de empleos pasados de moda o parasitarios.

El neoliberalismo, como una mutación del capitalismo, convierte al empleado en empresario y elimina a la clase trabajadora sometida a la explotación ajena. Hoy cada quien es un trabajador que se explota a sí mismo en su propia empresa, la lucha de clases se transforma en la lucha interna consigo mismo; ya no laboramos para cubrir nuestras necesidades, sino para el capital, que genera sus necesidades, mismas que percibimos como propias.⁸³ Como

78. Las transformaciones que le fueron abriendo camino a este modelo –económico, político e ideológico– comenzaron a fines de los años setenta, se consolidaron en los ochenta y actualmente se encuentran en auge. De manera general, sus rasgos sobresalientes son: “a) abatir las crisis financieras a través de políticas recesivas y antiinflacionarias; b) fortalecer la libre empresa; c) sujetar las empresas a la disciplina del mercado; d) disminuir los salarios y el gasto social; e) restringir la oferta monetaria; y, f) privatizar las empresas públicas” (Lichtensztejn citado en Guinsberg, 2001, pp. 86 y 87).

79. M. Barone, “Globalización y posmodernidad: encrucijada para las políticas sociales del nuevo milenio”, en *Intelector*, vol. 1, núm. 1, 2001, pp. 1-25.

80. Se desarrolló en la década de 1970. Se trata del periodo de la misma reconstrucción de Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos se enfrenta con la Unión Soviética, que fue uno de sus aliados que habían ganado la guerra, pero luego pasó a ser considerado un enemigo peligroso por razones ideológicas. Por la fuerza de los partidos comunistas, tenía que mostrarse un “capitalismo con rostro humano” (nacimiento del Estado Social). El capitalismo ya no necesita un rostro humano y por eso todos los gastos sociales y consideraciones de una humanización de la sociedad significan dinero botado (F. Hinkelammert, *op. cit.*).

81. H. Matallana, *op. cit.*

82. Dany Robert Dufour, *El arte de reducir cabezas: Sobre la nueva servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total* (trad. A. Bixio), Argentina, Paidós, 2007.

83. Byung-Chul Han, *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Buenos Aires, Herder, 2014.

indicó Ignacio Lewkowicz, "los consumidores se definen como imágenes: ontología popular del mercado".⁸⁴ Por si fuera poco, este modelo va ganando terreno mientras reviste sus postulados con apariencia de orden natural y, como señaló Guinsberg, puede ser visto como una variante del darwinismo social, cuyo progreso está basado en la lucha social y la competencia.

Estas constantes transformaciones del discurso social tienen notorias consecuencias; una de las más mencionadas es la ruptura del tejido social, fractura en la que los más favorecidos –económica, social, cultural y simbólicamente– quedan "dentro" y los demás en las "periferias".⁸⁵ El capitalismo contemporáneo afirma sin reparos que su fundamento es el mercado, el argumento económico –econométrico y economicista– constituye el fundamento explícito del lazo social, de forma que la expulsión⁸⁶ se efectúa por la operación directa de los flujos del capital y la imagen del consumidor. El que está por fuera del lazo de consumo queda fuera del lazo social y del universo del discurso, lo representable; en ese sentido, podemos entender la adicción como un intento paradójico de inclusión, es decir, de humanización.

Asimismo, Byung-Chul Han⁸⁷ aseguró que vivimos una fase histórica especial en la que el poder ya no se expresa en su versión "negativa" (a través de violencias muy evidentes),⁸⁸ sino que la libertad misma da lugar a coacciones; el deber tiene límites, el poder hacer, por el contrario, no tiene ninguno. Es por ello que la coacción que proviene del poder hacer y de la autoexplotación es ilimitada.

El capitalismo neoliberal ha sido muy criticado, principalmente por abrir aún más la brecha social, aumentando al mismo tiempo la pobreza de muchos y la riqueza de pocos, además de haber incumplido la "promesa" de crecimiento e igualdad de oportunidades, incrementando la subordinación de los países subdesarrollados. Incluso ha sido acusado de reducir a los seres humanos y a la naturaleza a mercancías, convirtiéndonos en una sociedad del mercado.

Vivimos en una economía que depende del crecimiento, pero obviamente está llegando a sus límites, como dijo William Burroughs en su novela autobiográfica: "cuando uno deja de crecer, empieza a morir".⁸⁹ Él se refiere a su propia condición de toxicómano y los motivos y situaciones que lo orillaron al consumo de drogas, lo cual, según él, era una forma de no dejar de crecer. Igualmente, el mercado no es un sistema autorregulado, lo que hay es una regulación de los mercados particulares, pero no se rige por ningún principio de homeostasis, sino que tiende siempre de nuevo y sistemáticamente al

84. Ignacio Lewkowicz, *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 37.

85. M. Barone, *op. cit.*; E. Guinsberg, *op. cit.*

86. Ignacio Lewkowicz (*op. cit.*) hace una diferenciación entre la "exclusión" en la modernidad que, a través de dispositivos de reclusión, buscaba normalizar a los sujetos; en cambio, actualmente la "expulsión" cosifica a los sujetos, eliminando casi toda posibilidad de inclusión.

87. Byung-Chul Han, *op. cit.*

88. En nuestro país yo pondría esto en duda, porque vivimos una escalada de violencia extrema desde hace aproximadamente una década; aunque, en términos más generales, el modelo neoliberal y capitalista sí opera de forma mucho más sutil.

89. William Burroughs, *Yonqui* (trad. De M. Lendínez y F. Roca), Barcelona, Anagrama, 1997, p. 21.

desequilibrio, porque el mercado es pura voluntad de poder.⁹⁰ Estamos consumiendo recursos –naturales y psíquicos también– de forma insostenible. ¿Será que estamos viviendo el final de algo? Más adelante describiré lo que algunos autores llaman posmodernidad, aunque Lewkowitz formula algunas críticas al respecto, a partir de las cuales puedo decir que estamos en una época de transformación, aunque todavía no sepamos bien en qué vaya a resultar.

Entonces me pregunto: ¿Por qué funciona? ¿Cómo es que continúa vigente un modelo que suena tan desalentador? Según Dufour, su éxito radica en la postura divergente de los sistemas de dominación anteriores, basados en el control, el fortalecimiento institucional y la represión. El nuevo capitalismo funciona desinstitucionalizando, liberando al mercado, a la vez que a los sujetos. Le apuesta a asegurar su fortuna generando sujetos “blandos” –no sumisos–, precarios, móviles y abiertos, es decir: vulnerables. El “amaestramiento social” ya no se realiza por imposición disciplinaria ni por sublimación, sino por autoseducción; además, es facilitado por la pérdida de referencias del yo, que se ha convertido en un “conjunto impreciso”, más vale la apatía narcisista, un yo lábil, pero capaz de funcionar con la experimentación sistemática de nuestra acelerada realidad.⁹¹

Estamos ante la primacía de la lógica económica y la estrategia política de la globalización, se ha establecido como la nueva utopía del mundo abierto, cercano y único, cuyas consecuencias, como ya mencioné, no son sólo económicas y financieras, sino también simbólicas (Barone, 2001; Guinsberg, 2001), de forma que “hoy se fabrica subjetividad a escala planetaria”.⁹² Ahondando en ello, la globalización unifica al mundo desde el punto de vista del estímulo, pero las posibles respuestas político-sociales son locales; éste es un punto clave en la comprensión del binomio unificación-fragmentación. Además, esta apertura comercial,⁹³ económica,⁹⁴ y cultural, posibilitada por el modelo que logra superar las fronteras temporales y espaciales, es capaz de transformar la realidad, haciéndola confusa.

La economía neoliberal apuesta por un crecimiento permanente que destruye la continuidad y construye inestabilidad, al mismo tiempo que impulsa la emocionalización del proceso productivo, porque la racionalidad es más lenta. Este capitalismo del consumo introduce emociones para generar necesidades y estimular la compra; así, en última instancia, consumimos emociones, no cosas, porque las emociones se pueden consumir infinitamente. Es en este momento en que el capitalismo autoritario cede paso a uno hedonista, *laissez faire* le llama Hinkelammert, que propaga un individualismo puro, desprovisto de valores sociales y morales, emancipado de cualquier marco trascendental; entonces la propia esfera privada cambia de sentido y adquiere uno sujeto a los deseos cambiantes de la persona, infiltrados por la ley del mercado.

90. F. Hinkelammert, *op. cit.*

91. Gilles Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (trad. de J. Vinyoli y M. Pendanx), Barcelona, Anagrama, 2000.

92. F. Guattari y S. Rolnik, *op. cit.*, p. 43.

93. Refiere a la compraventa o intercambio de bienes o servicios (bajo la voz “comercio”, rae, 2015).

94. La entendemos como conjunto de bienes y actividades que integran la riqueza de una colectividad o un individuo (bajo la voz “economía”, rae, 2015).

Por su parte, Ignacio Lewkowicz señaló que el proceso denominado globalización se puede pensar como la desrealización de los Estados nacionales, implicando un desarraigo de los nuevos Estados técnico-administrativos.⁹⁵ El sujeto deja de considerarse un ciudadano capaz de formarse un criterio y de emitir juicios en función de éste, para convertirse (más bien, nos convertimos) en consumidor acrítico y autómatas.

Una de las características del modelo capitalista neoliberal y globalizado que considero más impactante es que su eficacia se ve reflejada en su naturalización e invisibilización, lo cual dificulta la posibilidad de interrogarnos sobre los procesos de reorganización de las prácticas sociales y los significados,⁹⁶ haciendo casi imperceptibles las modificaciones en la subjetividad.

Se trata de un modelo que, aunque tiene ciertas variantes y reinterpretaciones, es hegemónico globalmente; conlleva una alienación de lo simbólico mediante la dominación sociopolítica que permea a los sujetos, es decir, una dominación ontológica. Indudablemente, los cambios a nivel macropolítico y macrosocial producen subjetividades que constituyen la materia prima de toda y cualquier otra producción, porque el mercado necesita consumidores para sus productos. Por eso parece ser que no hay resistencia alguna al sistema, sólo la apatía y la indiferencia.

Complementariamente, hubo un término que hallé constantemente relacionado con el modelo hegemónico, el de posmodernidad.⁹⁷ Muchas veces es tomado como sinónimo de neoliberalismo, por ser críticas a las condiciones culturales y económicas del siglo XX, aunque su aparición y evolución no concuerdan con exactitud. Además, existe una tendencia a definir la posmodernidad como la expresión cultural e ideológica del capitalismo neoliberal, lo cual es correcto, pero no exacto, ya que va más allá de esto.

La modernidad –época de la razón, del culto por lo nuevo, del enfoque progresivo de la historia y las grandes utopías, del porvenir– se enfrentó con la imposibilidad de realizar sus ideales. Y a lo largo de los siglos XIX y XX engendró terror por medio de guerras y opresión; sin embargo, estos ideales de justicia, igualdad, razón y conciencia se hicieron añicos en un proceso que fue fraguándose durante más de 200 años y culminó con la tragedia de Auschwitz,

95. La diferencia entre ambos radica, entre muchas otras cosas, en el hecho de que los Estados nacionales estaban conformados por ciudadanos bajo la dirección de un gobernante, y los Estados técnico-administrativos por productores-consumidores gobernados por un administrador.

96. S. Valencia, "El capitalismo como construcción cultural", en *Capitalismo gore*, España, Melusina, 2010, pp. 49-93.

97. Jean-François Lyotard fue su principal representante, hizo una proclamación sobre los cambios en la sociedad que indicaban el fin de la modernidad. Él utilizó el término "condición posmoderna" para designar el correlato teórico de la época postindustrial en el ámbito cultural, caracterizada por un conjunto de categorías y sensibilidades alternativas a las prevalecientes durante la modernidad (P. Lanceros, "Apuntes sobre el pensamiento destructivo", en *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos editorial, 1994, pp. 137-160; M. Maffesoli, "La sociedad en la posmodernidad", en *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos editorial, 1994, pp. 103-110.). De tal forma, Lyotard señaló que lo posmoderno comprende una paradoja del futuro (post) anterior (modo), "el futuro es hoy". Esta "condición posmoderna" la planteó como consecuencia del fracaso de lo que él denomina Grandes Relatos de legitimación, particularmente los religiosos y políticos. Éstos son entendidos como una narrativa superior a todas las demás, una verdad que por su naturaleza trascendental sobrepasa la realidad; es decir, un espacio que estructura, proporciona, abarca y da sentido a una totalidad sociohistórica (M. Barone, op. cit.; Dufour, op. cit.).

donde se destruyó –material y simbólicamente– a un soberano moderno, a todo un pueblo.⁹⁸

A pesar de lo anterior, la modernidad y la llamada posmodernidad tienen como valores vectores en común: el hedonismo y el consumo. Al respecto, Lyotard se preguntaba: “¿cómo podían seguir siendo creíbles los Grandes Relatos de la modernidad?”,⁹⁹ planteando de esta manera al posmodernismo como fin de la unidad de la historia y su ética, una liberación del yugo totalizador de la modernidad, la caída en desuso de valores y paradigmas que ocupaban la escena social.¹⁰⁰

En este orden de ideas, si lo posmoderno denuncia el fracaso de la modernidad, resulta comprensible que el siglo XXI esté repleto de representaciones ligadas al “final”: se habla del fin de siglo, fin del milenio, final de la historia, de ideologías, etcétera. No obstante, este colofón no implica su desaparición, sino continuar viviendo en un mundo lleno de múltiples verdades y transformaciones vertiginosas que dificultan su comprensión y significación; atraviesa los niveles político, económico, tecnológico, científico e ideológico. El universo de la posmodernidad está cada vez más centrado en la informática y regido por los *massmedia* y el consumo, se trata de una realidad que en la modernidad pudo haber sido considerada “ciencia ficción”, pero en las últimas décadas es innegable su influencia en la constitución de los sujetos y las mutaciones de la subjetividad.

En relación con ello, Myriam Barone se preguntó: ¿Qué conlleva la condición posmoderna, alejada de los Grandes Relatos, desechando la verdad y el progreso, desembocando en un relativismo absoluto, en la no distinción del bien y el mal? Podemos responder con la proposición de María Cristina Rojas y Susana Sternbach: esta mutación de época tiene repercusiones sobre el mundo de las instituciones sociales, lo subjetivo y vincular, la psicopatología y la clínica.

Los valores de la llamada posmodernidad (el hedonismo, la individuación, la falta de solidaridad, aferrarse al presente, el abandono de la proyectualidad, el desencantamiento del mundo, la inmediatez, etcétera) producen subjetividades de época. El sujeto racional queda cuestionado y será proclive a ligarse a estos ideales.¹⁰¹ De tal manera, retomando lo que expuse anteriormente, la posmodernidad no es sólo el relato cultural del modelo económico, sino que le proporcionó un “camino limpio y llano” al capitalismo neoliberal, donde pudo sembrar sus postulados;¹⁰² así, los ideales del fin de siglo reemplazan a los previos, especialmente la lógica del consumo. Gilles Lipovetsky declara que el posmodernismo aparece como una democratización del hedonismo, una consagración de lo nuevo, el antiinstitucionalismo, pero al mismo tiempo significa el advenimiento de una cultura extremista.

98. F. Lyotard, *op. cit.*; M. C. Rojas y S. Sternbach, *op. cit.*

99. F. Lyotard, *op. cit.*, p. 31.

100. M. Mardones, M., “El neo-conservadurismo de los posmodernos”, en *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos editorial, 1994, pp. 21-40; M. C. Rojas y S. Sternbach, *op. cit.*

101. M. C. Rojas y S. Sternbach, *op. cit.*; G. Vattimo, “Posmodernidad: ¿Una sociedad transparente?”, en *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos editorial, 1994, pp. 9-19.

102. M. Barone, *op. cit.*

Por último, debo aclarar que fue la difusión generalizada del término "posmodernidad" la que me llevó a incluirlo en este trabajo; empero, me declaro renuente a aceptar la idea de una ausencia total de Grandes Relatos, ya que posiblemente se trate de desconfianza en los "pequeños relatos", cuya volatilidad los hace insuficientes para sustentar simbólicamente a las personas.

El prefijo *post* implicaría un cambio o sustitución de aquella ficción estructurante, pero con las leyes del mercado no disponemos de ningún establecimiento permanente de las pautas que determinan lo correcto y lo incorrecto, que responda a las preguntas necesarias para la construcción de la identidad —¿quién soy yo? ¿Qué se espera de mí?, etcétera—, ni que establezca cierta lógica simbólica en el mundo. En este sentido, concuerdo con Lewkowicz cuando sostuvo que no ha habido tal sustitución, sino únicamente una desarticulación, dado que los ejes políticos e institucionales ya no organizan la experiencia del mundo y la sociedad, y, sin embargo, no hay una emergencia de nuevos valores y mitos. Él propuso acuñar el término "modernidad tardía" para indicar la descomposición de los parámetros estructurantes sin nuevas alternativas; por tales motivos, en adelante lo utilizaré para relevar el de posmodernidad.

En contraste con las ideas expuestas en el párrafo anterior, Lipovetsky propone que, a pesar del imperativo de "vivir en el presente", que implica una erosión del sentimiento de pertenencia e incluye a generaciones desenraizadas de su pasado y desligadas del futuro, sí existe un hilo conductor entre la modernidad y la posmodernidad: el consumo y el hedonismo como valores vectores. Por lo pronto dejaré el desarrollo de estas ideas en pausa, para retomarlas posteriormente.

II

Subjetividad y lazos sociales

Deseo poder encontrar al prójimo a la vez como a un semejante y como alguien absolutamente diferente, no como a un número ni como a una rana asomada a otro escalón (inferior o superior,¹⁰³ poco importa) de la jerarquía de rentas y de los poderes. Deseo poder verlo, y que me pueda ver, como a otro ser humano [...] Pero sé cuánto la cultura actual agrava y exaspera su dificultad de ser, y de ser con los demás, y veo que multiplica hasta el infinito los obstáculos a su libertad.

Cornelius Castoriadis

El ámbito social¹⁰⁴ es un espacio simbólico definido por la imaginación y es una de las determinantes en la construcción de cada persona; de tal forma que, como afirmó Marta Lamas, los sujetos estamos habitados por el discurso social.¹⁰⁵ En ese sentido, no podemos ser inmunes a los cambios histórico-sociales, cuyas transformaciones impregnan nuestras vidas sin que tengamos consciencia de ello, y se ven reflejados en lo singular, ya que como sujetos estamos sometidos no sólo a lo social, sino también a lo inconsciente. Estas formas insidiosas¹⁰⁶ y sutiles de ejercicio de poder –social y psíquico– deben ser consideradas en la construcción de la subjetividad.

La cuestión consiste principalmente en comprender que somos sujetos del inconsciente, pero que también estamos sostenidos y moldeados en los vínculos intersubjetivos de los cuales formamos parte, en las alianzas inconscientes que nos preceden y que suscribimos por nuestra propia cuenta, y en los espacios psíquicos que compartimos con otros.¹⁰⁷

103. C. Castoriadis, *op. cit.*, pp.147-148.

104. Propongo pensarlo en toda su complejidad, como lo hizo Castoriadis. Este tipo de pensamiento implica los inconscientes individuales, pero también lo histórico-social –es decir, lo colectivo anónimo, aunado a las redes intersubjetivas que llenan toda formación dada– instaurado para cada cual y para todos, en una relación simultánea de interioridad y exterioridad, de participación y exclusión. Asimismo, inscribe una continuidad en la que, de alguna manera, están presentes los que ya no son, los que quedan fuera e incluso los que están por nacer. Es lo que somos todos y lo que no es nadie, aquello en lo que estamos sumergidos pero que jamás podremos aprehender.

105. Martha Lamas, “Los usos, dificultades y posibilidades de la categoría género”, en *El género. La construcción social de la diferencia sexual*, México, Bonilla Artigas editores, 2015 (original publicado en 1995), pp. 313-348.

106. Uso este calificativo porque el ejercicio del poder no siempre es evidente, al contrario, se ejerce de forma implícita y, en ocasiones, incluso con el consentimiento de los sujetos. Es lo que Bourdieu llamó “violencia simbólica”.

107. Kaës, R., *Las teorías psicoanalíticas del grupo* (trad. de M. Segoviano), Buenos Aires, Amorrortu, 2000.

Esta complejidad nos exige precisar que partimos de una concepción de la construcción de la subjetividad enmarcada en los registros biológico, social e inconsciente, para posteriormente aproximarnos a lo primario de las huellas en la estructuración del psiquismo, asociado al fenómeno de las toxicomanías, considerando los permanentes cambios –colectivos y singulares– de las subjetividades humanas.

Desde este enfoque, resulta incuestionable que uno de los efectos del discurso social es, precisamente, la producción social de subjetividades “adaptadas” o consideradas “normales”, de forma que la eficacia adaptativa de dicha producción está garantizada desde el nacimiento, y aún antes, por las instituciones primarias y por la manera en que se moldean los deseos y las prohibiciones. Esta labor recae fundamentalmente en la familia que, como base de toda sociedad, se encarga de vehicular la trama simbólico-imaginaria de la época, transmite ideales y aporta modelos identificatorios, así como valores y significaciones del mundo sociocultural. De esta forma, cada sociedad construye su modelo de familia, garantizando no sólo la existencia de individuos *ad hoc*, es decir, a propósito para su momento, sino la reproducción social a través de la producción de subjetividades.¹⁰⁸

Guattari y Rolnik consideraron que la subjetividad es producida por el agenciamiento de enunciados que no se centran en lo individual, es decir, es esencialmente fabricada y modelada por el registro social. Así, podemos entender las condiciones del discurso social como una red práctica que no sólo influye, sino que interviene en la constitución misma de las formas de subjetividad y como motor del crecimiento y funcionamiento psíquico y vincular.

Asimismo, la subjetividad se inscribe en los modos históricos de formación de sujetos y se trata de la manera particular en la que los seres humanos –como individuos a la vez singulares y sociales– articulamos, percibimos, interpretamos, comprendemos y significamos la realidad en su conjunto, incluidos nosotros mismos. Así, la producción de subjetividades incluye todos aquellos aspectos sociales de la construcción de sujetos, en términos de producción y reproducción ideológica y de articulación con las variables sociales que nos inscriben en un tiempo y espacio específicos.¹⁰⁹

Nuevas subjetividades en el dominio del mercado

De acuerdo con Guattari y Rolnik, para que el sistema capitalista occidental funcione eficazmente, su primera producción tiene que ser la de subjetividades atravesadas por el modelo socioeconómico hegemónico, garantizando la creación de necesidades que respondan a sus intereses y no al de los usuarios.¹¹⁰

108. O. Martí, *op. cit.*; C. M. Rojas y S. Sternbach, *op. cit.*

109. Silvia Bleichmar, “Entre la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo”, en *Ateneo Psicoanalítico. Subjetividad y propuestas identificatorias*, núm. 2, 1999, pp. 41-49; Silvia Bleichmar, *Paradojas de la sexualidad masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

110. Podemos tomar como ejemplo el testimonio de José Mujica (2015), ex presidente de Uruguay, que nos invita a reflexionar cuántas horas de vida es necesario “gastar” para poder consumir objetos innecesarios. Cualquiera que sea el número de horas, siempre implican un derroche de vida.

Por otra parte, el discurso social es externo a los sujetos y comúnmente pasamos por alto que lo social está conformado por ellos y también que los efectos del discurso social provocan cambios intra e intersubjetivos. De esta forma, tenemos que tomar en consideración que en la actualidad cada institución se comporta, para sí misma y para cada persona, como institución total; es decir, no hay una única función estructurante y cada existencia se ve reducida a sí misma,¹¹¹ sólo así podemos pensar las consecuencias que puede tener en los sujetos esta inestabilidad constitutiva.¹¹²

Tanto Guattari y Rolnik como Rojas y Sternbach calificaron a la subjetividad actual como "capitalista", porque creyeron que caracteriza a todos los fenómenos y situaciones de los sujetos, además de que produce modalidades de relaciones humanas que se infiltran en nuestras propias relaciones inconscientes. La sociedad contemporánea nos ha permitido ver y vivir la fabricación histórica de "necesidades" que se manufacturan diariamente. La economía del capitalismo moderno sólo puede existir en tanto confecciona necesidades para las cuales produce diversas satisfacciones.¹¹³ Así, podemos comprender esta "educación consumista" como una necesidad de tener consumidores para todos los productos del mercado, que sirven como "poderosos calmantes". Podríamos pensar que, posiblemente, por estos motivos las personas de hoy se caracterizan por su vulnerabilidad.¹¹⁴

No obstante, hay que hacer una distinción entre la educación del capitalismo actual –voraz y desenfadado– y la del capitalismo industrial; según Chomsky,¹¹⁵ vivimos una época en la que hay una crisis producida por el tránsito hacia un capitalismo de tipo financiero en que la producción deja de ser el centro, para que tomen su lugar el consumo inmediato, la obtención de placer individual –aunque sea a través del ejercicio de la violencia y a costa de los otros– y los objetos de consumo como complementos del ser y/o sustitutos del lazo social. Es posible pensar que el modelo hegemónico, más allá de vender productos, capitaliza emociones y significados que pueden adquirirse de forma ilimitada, porque el deseo, como lo entendemos los psicoanalistas, es insaciable.

111. Ignacio Lewkowicz, *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, Buenos Aires, Paidós, 2004.

112. A pesar de que Ignacio Lewkowicz utiliza el término en su interpretación simbólica, resulta interesante contrastarla con la concepción de Erwin Goffman, pues muchas veces los sujetos toxicómanos, como los ejemplos que retomaremos más adelante, han pasado por tratamientos de rehabilitación en instituciones totales en el sentido del segundo autor. Éstas pueden definirse como lugares de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos cuyas situaciones son bastante homogéneas, son aislados de la sociedad por un periodo considerable, compartiendo el encierro y la rutina. En ellas, todos los aspectos de la vida se desarrollan en un mismo lugar y bajo una única autoridad, en compañía de un gran número de otros que reciben el mismo trato. Todas las actividades se encuentran estrictamente programadas y son obligatorias, respondiendo a un plan racional para el cumplimiento de sus objetivos. Toda institución de este tipo absorbe a los miembros y les proporciona un mundo propio, que posteriormente pondrá obstáculos en la interacción social con el exterior (Erwin Goffman, Internados. *Ensayos sobre la situación de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001).

113. Cornelius Castoriadis, *op. cit.*

114. Gilles Lipovetsky, *op. cit.*

115. K. Nyks, P. D. Hutchinson y J. P. Scott (productor y director), *Requiem for an American dream* [documental], United States of America, Naked City Films, 2015.

Dada la desaparición de las ficciones estructurantes que seguían una misma lógica, se está exacerbando la tendencia al hedonismo como ideal estoico; el consumo tiene libre el camino para funcionar como una estructura abierta y dinámica que desembaraza a los sujetos de los lazos sociales y acelera los movimientos de asimilación y rechazo, produciendo individuos flotantes y cinéticos; a su vez universaliza los modos de vida que permiten maximizar la singularización, dejando a cada quien "cara a cara" con el universo, sin mediaciones. Parece ser que estamos presenciando –y siendo parte de– la fabricación de una nueva relación del hombre con el mundo, con los otros y consigo mismo. Si damos por hecho que este es "el orden" del mundo, aceptamos todos los cambios sin cuestionamientos, debido a que comprometen nuestra idea de vida social organizada.

En la literatura y en otras formas narrativas, como el cine y el teatro, se enfatiza que el siglo XXI presenta nuevas formas de sexualidad, familia, pareja, adolescencia, infancia y parentalidad; los modos en los cuales las personas trabajan, son educadas, fornican, hablan; la concepción del cuerpo y la alimentación; incluso la relación con el propio sufrimiento, las significaciones sociales del amor y la muerte se interpretan de otros modos, también la relación con la naturaleza se ha visto modificada. Todo ello, influido en gran parte por el imperio de la tecnología y la técnica, aunque considero que va más allá. En definitiva, estamos viviendo de forma muy distinta a los modelos que nos proponía la modernidad.

Este discurso social, con un Estado –entendido como ficción estructurante– capaz de producir una articulación simbólica, aunado al dominio de la tecnología que propicia lo pragmático, lo fácil, lo inmediato (el consumo en general) y los actos en solitario (onanísticos), parece tener incapacidad de generar una articulación simbólica y tampoco opera como condición del pensamiento (la capacidad de crear representaciones). En consecuencia, se altera la ontología, como podemos ver en el testimonio que transcribo a continuación:

Pero de chico nunca me gustó estar solo, no sentía placer al leer un libro y cosas así, lo único que me distraía era la televisión, pero también llegó un momento en mi vida en que ni la televisión... fue cuando creo que empecé a consumir.

Además, pienso que aún no hemos terminado de ver las consecuencias que estos cambios tienen en la subjetividad y el psiquismo, porque las generaciones que crecieron –o crecimos– con esta realidad aún son pocas y apenas están llegando a la adultez.

Los sujetos contemporáneos también hemos cambiado nuestra relación con el presente, con el pasado y con el futuro; desconfiamos del porvenir y del sentido proyectual: basta vivir en el presente. Se puede manifestar en afirmaciones como la siguiente:

Ir por el placer, ir por... la droga. Cómo es la droga. El no ser responsable, solamente querer el placer inmediato, querer la sensación, querer, no importa si mañana me siento bien o no.

Abundando en lo anterior, Lewkowicz¹¹⁶ señaló que el tiempo que había sido socialmente instituido por el Estado-Nación, cuya característica esencial era la continuidad, ha sido sustituido por el orden del instante; la categoría del futuro comienza a entrar en crisis y las personas no creen en las grandes finalidades a largo plazo.

[...] pero es difícil, es difícil vivir bien, es difícil hacer las cosas bien, ir en contra de lo que quiero y más por lo que necesito. Dejar a veces el placer a un lado por el esfuerzo. Ya no vivir engañado, ya no vivir con la venda, ya estar bastante consciente de que ya no me puedo equivocar porque ya sé... es bastante, bastante difícil.

Como podemos leer en el fragmento anterior, en esta ausencia de relatos de legitimación que estructuran la organización social, las creencias de la renuncia personal, el sacrificio y el sufrimiento en pos de un futuro mejor no valen la pena y su dimensión destructiva, aunada a la satisfacción inmediata, son un imperativo que no puede ser ignorado.¹¹⁷

Una de las promesas implícitas del mercado es la de facilitar objetos capaces de brindar satisfacción total –sólo eso, la promesa– y el consumidor espera esta realización: la frustración funge como motor del capitalismo. El hedonismo actual es contradictorio: por una parte se exigen individuos que trabajen imparablemente y que acepten diferir las recompensas, es decir, que sea un engrane funcional de la máquina social; por otra, se le anima al placer, al relajamiento y a la despreocupación. Estos objetivos parecen irreconciliables.

Las ofertas del mercado facilitan experiencias de satisfacción temporal, comprometidas a mantener el circuito del mercado libre en funcionamiento; es decir, tienen cierta caducidad que genera una decepción de igual magnitud a la exaltación inicial, como buen ejemplo de la tercera ley de Newton. Provoca una especie de “resaca” o bajón propio de las drogas, pero no exclusivo de ellas, otros ejemplos serían la caducidad de un software, una versión mejorada de un celular, etcétera

Los ideales sociales propuestos como acceso a la felicidad implican consumir a partir del consumo de la propia vida para tratar de alcanzarlos. Lewkowicz denominó posición subjetiva de consumidor¹¹⁸ a la que se constituye en tales condiciones e implica esperar todo del objeto y nada del sujeto; este último se encuentra tramado en el instante, sin relación con la ley ni con la alteridad, buscando la plenitud.

Entonces llegar allá y ver que todo está en función de tener dinero, de triunfar para tener dinero, de seguir con esta ilusión de “algún día” vamos a ser ricos y de ver a mis hermanos que hasta cierto punto no se les exige por luchar, o sea, están como muy cómodos.

116. Ignacio Lewkowicz, *op. cit.*, 2011.

117. F. Guattari y S. Rolnik, *op. cit.*

118. En palabras de Ignacio Lewkowicz, se trata de una subjetividad de consumo, la cual está definida por su relación técnica con las cosas, una relación de necesidad-solución. Esta posición subjetiva ocasiona intolerancia colectiva y acentúa lo insaturable del deseo humano. Por lo tanto, como señalan Rojas y Sternbach, la adicción como fenómeno masivo deviene una muestra de la relación con la promesa social de saciar lo imposible a partir de la “hipersaturación”.

[...] mi papá se esforzó desde que era niño, trabajaba de un chorro de cosas, siempre trabajó y siempre se estuvo esforzando y esto... Lo que sea que obtuvo ahorita es gracias al mérito de él, al trabajo de él y a que mi abuelo lo apoyó. Entonces, digamos que mi papá siempre nos dijo: "Yo les voy a dar todo lo que a mí no me dieron" en cuestión material, en cuestión de que vacaciones, en cuestión de que estudios sin que trabaje. Cuando voy mucho tiempo a visitar a mis padres yo siento que me hace daño, desde que estoy en mi casa, te digo, de las facilidades que tengo ahí en la casa, todo eso..., entonces siento que aquí me siento más completo.

Estos dos fragmentos comunicados por sujetos distintos pueden servirnos para reflexionar la propuesta de Lewkowicz. Además, debemos recordar que se trata de sujetos que pasaron por un proceso de "rehabilitación" y muchos aspectos de sus vidas han sido reinterpretados; pero fácilmente podemos apreciar el contraste generacional y que, además, se trata de jóvenes a quienes no se les exigía nada, de los cuales nadie esperaba nada –lo cual es muy violento–, pero deseaban recibir todo. Al respecto, podríamos preguntarnos: ¿qué está sucediendo con las figuras parentales en la actualidad?

Dufour relacionó a la autoridad como una necesidad de introducirnos en un mundo preestablecido, al cual es menester adaptarnos, con el papel que juegan principalmente los padres. Propone que es necesario que ellos se hagan cargo de la inserción de los sujetos en el mundo; de lo contrario, los colocan en una posición insostenible. Podemos pensarlo como llamados a la jerarquía y a la autoridad:

[...] porque a veces hasta yo era el papá de él, o sea, viví cosas muy difíciles con mi papá, de su enfermedad [...] Entonces él veía por él, porque era lo único que podía hacer, ver por él. Pero no podía ni con él, cómo iba a ver por mí.

Podemos leer estos reclamos como una inconformidad con la negación de la diferencia generacional, una abdicación de los padres que deja a los hijos a la deriva con la tarea de estructurarse por sí mismos. Vislumbramos ciertas magnitudes de violencia y odio hacia los padres, y contamos con algunos elementos para suponer que los jóvenes tienen determinadas características de lo que Sayak Valencia (2010) denominó *sujetos endriagos*;¹¹⁹ sin embargo, no como para asegurarlo con certeza.

Con respecto a lo anterior, y evitando que parezca un juicio moral, quiero aclarar que, como señaló Ignacio Lewkowicz, nuestra violencia está compuesta más bien por arrebatos sin discurso que testimonian la desgregación por agotamiento, en la que opera la ley del más fuerte. De esta forma, podemos considerar la violencia generalizada como una situación "sin lazo", o, más bien, como una distinta forma de lazo. Tal violencia acontece a orillas de lo representable, que no puede hacer sentido porque no lo tiene. A mi parecer, esto aplica tanto al discurso social como al singular (las vicisitudes de las representaciones palabra). Menos discurso genera lazos más frágiles o inestables, ocasionando que la violencia se vuelva nuestro medio.

119. "Individuos que se circunscriben en una subjetividad capitalística, pasada por el filtro de las condiciones globalmente precarizadas, con agenciamiento subjetivo de prácticas ultraviolentas que incorporan de forma limítrofe y autorreferencial" (Valencia, 2010, p. 93).

Asimismo, el capitalismo desarrollado del siglo XXI ha intentado librarse de los límites, no sólo de las regiones del mundo, sino también de las relaciones entre sujetos y de las regiones psíquicas que constituyen las identidades; con la modernidad tardía, la distancia con el Gran Otro¹²⁰ se ha hecho distancia entre uno mismo y uno mismo. El sujeto se caracteriza por su autonomía y libertad, se torna autorreferencial, sostenido únicamente por sí mismo; se trata de un ser *histerológico*¹²¹ que ya no está escindido, sino "esquizado", en conflicto con su "autofundación". Si la identidad viene dada por la propia institución, por una especie de autoengendramiento o autopoiesis, ésta sólo se sostiene en ese "mundillo aislado".¹²² Al respecto, veamos la siguiente transcripción:

[...] estaba entre la confusión de si ser persona era lo que vivía, o lo que había vivido. Ser cabrón, chingar gente... o ser lo que me decían en la comunidad terapéutica [...] Pero con él (el director de la comunidad) fue como muy claro [...] el modelo de rehabilitación se hizo persona, se hizo modelo [...] O sea todo lo que la gente normal debe tener: cariño, límites, respeto, visión, aspiración. Verlo, pues, es también como yo quiero ser, como él.

Entendemos lo anterior como una gran necesidad de modelos identificatorios, un conflicto con la oferta social de dichos modelos que este sujeto encontró en el pasado y la búsqueda de otros ejemplos más seguros y confiables que coincidan con la idealización del "adicto inactivo".¹²³ Esta pasividad identificatoria¹²⁴ nos recuerda a la situación infantil que, según Castoriadis, es primero dar sin recibir y después hacer o ser para recibir, de modo que entendemos que es la sociedad actual la que infantiliza a los sujetos por la fusión en lo imaginario con entidades reales como los jefes, las naciones, los ídolos, etcétera.

En este sentido, podemos pensar en la tendencia al agenciamiento de identidades compartidas –como formar parte de pandillas o bandas, adoptar una identidad prefabricada (los emos o ser "adicto")– y también a seguir diversos patrones identificatorios (padres, tíos, primos, personajes del medio artístico, elecciones visibles en los pseudónimos que eligieron, etcétera) para constituirse y establecer una relación consigo mismos. Lo anterior se puede ver manifestado en los párrafos subsecuentes:

Para esto, pues dentro de esta búsqueda de imágenes paternas estaba mi primo el mayor, es drogadicto todavía, fuma marihuana y alcohol y cocaína.

120. Entendido como una instancia simbólica que determina los modos de ser, las leyes y prohibiciones; y que, de alguna forma, brinda significados a las vidas de los sujetos con base en el discurso social. Se utiliza indistintamente con Grandes Otros, Gran Sujeto, Estado-Nación, entre otros (para mayores referencias, véase el capítulo I).

121. El término "histerología" deriva de la raíz griega hysteros, "posterior", y significa que lo que es posterior va en realidad adelante. El sujeto contemporáneo, bajo el imperativo del "sé tú mismo", se ve obligado autoproducirse como sujeto (Dufour, 2007).

122. Ignacio Lewkowicz, *op. cit.*, 2004.

123. Término que se utiliza en esa comunidad terapéutica para denominar a todos aquellos que hayan concluido su tratamiento y se encuentren "reinsertados" en la sociedad, siempre bajo el riesgo de la recaída. A mi parecer, tiene una connotación tan fuerte como cualquier otra etiqueta clínica o social.

124. Profundizaré en esto en el capítulo IV.

Entonces yo me acuerdo de esta búsqueda de identidad podrá ser, todos estos rollos que se traen... Yo me acuerdo que le dije que quería fumar marihuana, que quería probar, que quería ser marihuano o algo así... Entonces ya me da mi primer cigarro de marihuana.

[...] me compraron una moto y parecía como un integrante de los de la delincuencia organizada. En ese tiempo andaban como locos en motocicletas y jalaban radio, jalaban mucho Nextel, y yo así andaba. Siempre llamando la atención, tratando de sobresalir, siempre tratando de ser... de ser quien no era.

Es posible comprender que dados los vaivenes del mercado, que presenta diversas apariencias de Grandes Otros, los sujetos tenemos la posibilidad de ir construyendo subjetividades provisionales. Es decir, la subjetividad se vuelve intercambiable y el yo, cada vez más dividido. Tal como lo manifestara Menéndez, es como si tuviéramos la posibilidad de adquirir más de una fachada, a través de la cual expresamos los roles que debemos desempeñar. En el mismo orden de ideas, Dufour propuso que inclusive podría afirmarse que el siglo XXI es la época de los sujetos y los cuerpos postidentitarios, donde habitan muchas identidades en un mismo cuerpo, o una misma identidad es consumida y compartida por varios cuerpos.

En las condiciones actuales, la dominación no es el disciplinamiento, sino la libertad excesiva que genera sujetos a la deriva, en una posición vulnerable ante el mercado que facilita la multiplicidad de los actos de consumo.¹²⁵

Aunado a esto, Ignacio Lewkowicz¹²⁶ sostuvo que el consumo se establece como promesa de satisfacción y, además, como organizador del lazo social. Un ejemplo es el hecho de que para los adultos la felicidad de los hijos es directamente proporcional al consumo que puedan proveerles.

Entonces, siempre nos dio cosas. Cuando cumplí 16 años me dio carro, aun viendo el desmadre que hacía; no sé, ese tipo de cosas que yo me quedaba bien sacado de onda. Y yo sabía que se lo podía sacar. Era una forma de manipular. Yo también me aprovechaba de eso porque sabía que mi papá era blando con eso, entonces siempre le sacaba algo.

Aquí puede tomar relevancia el "dar lo que los padres no tuvieron", lo entregan todo en términos materiales. El exceso de libertad, paradójicamente, se convierte en coacción. Enfermedades como el *burnout* y la depresión –tan comunes en la actualidad– son manifestaciones de la crisis profunda de la libertad; ésta se abandona en el momento en que domina el consumo, tanto de cosas como de experiencias, emociones y significados. El mercado se erige como nuevo Gran Sujeto. Demasiada libertad facilita los medios y herramientas para que la pulsión de muerte sea más eficaz. Contradictoriamente, lo que falta es la falta:

Mi mamá es una compradora compulsiva. Mucho de lo que trae lo quiere callar, me imagino, comprando. Ahora que fui, resulta que ya tiene una pantalalla plana, pero mis hermanos no tienen para comer las tres comidas diarias.

125. Ignacio Lewkowicz y M. Cantarelli, "Del fragmento a la situación", en *Notas sobre la subjetividad contemporánea*, Argentina, Altamira, 2003, pp. 89-118.

126. Ignacio Lewkowicz, "Subjetividad adictiva: un tipo psico-social instituido. Condiciones históricas de la posibilidad", en *Las drogas en el siglo ¿qué viene?*, J. Dobon y G. Hurtado (comp.), Buenos Aires, fac, 1998, pp. 1-14.

*¡Cómo puede ser esto posible! Es muy controladora, muy aprehensiva y lo peor es que no se da cuenta y dice que no quiere ayuda, que está bien.*¹²⁷

Como ya insinué, los sujetos devenimos de los modelos identificatorios vigentes proporcionados por el discurso social hegemónico, para el cual “tener” se convierte en el soporte del “ser”. Entonces, la situación de precariedad económica vivida desde la posición subjetiva del consumidor no sólo engendra privaciones materiales, sino que provoca sufrimiento moral, vergüenza y autodesprecio, ya que dentro de esta lógica las carencias económicas se viven como carencias identitarias.

Además, ninguna sociedad funciona sin algún principio de exclusión. Si el fundamento está en la imagen y el consumo, los marginados serán los que no consuman lo suficiente o los que lo evidencien de forma “negativa” –como las adicciones, tan señaladas y juzgadas–; sin embargo, en la actualidad el mecanismo de rechazo procede sin discurso y se convierte en una operación puramente violenta. La exclusión –que requería reclusión para disciplinar y normalizar– de la modernidad se convierte en expulsión:

[...] se acaba el dinero y ahí es donde me entra a mí el bajonzote. Depresión, culpa, vergüenza... enojo, para esto mi papá en ese tiempo se desapareció, antes era problemático y en ese tiempo ya no estaba de plano.

Retomando a Sayak Valencia, los sujetos endriagos son quienes, en este discurso capitalista, al no tener acceso a los medios para obtener los beneficios del mercado, recurren a un agenciamiento perverso y a la violencia para alcanzarlos a toda costa; Ignacio Lewkowicz agregó que “los pobres son extranjeros en este mundo de cosmopolitas. Y el ser extranjero del mundo es caer fuera de la humanidad. Los no-consumidores pierden la condición humana”.¹²⁸

Entonces, pero en la adolescencia, no tener como que la violencia ya predispuesta, para mí fue como nadar contra corriente, porque yo así era, con esta personalidad tan tranquila que tengo, pero en un mundo que me exige que hay que ser malo, que hay que ser loco, pues fue como amoldarme a ese mundo. Aunque nunca encajé [...] Pues es que la calle es así. En la calle o chingas o ya hay un güey que ya te ganó el brinco, y lo tienes que tener claro y tienes que dormir y vivir con eso porque si no, te lleva la chingada. Entonces, con toda esta personalidad mía tuve que amoldarme a eso.

Para interpretar la narrativa de este joven, cabe considerar que la violencia se vuelve una forma mediante la cual los expulsados subjetivan su condición y correlativamente, como podemos ver en las noticias, los actos delictivos se multiplican. Cuando las posibilidades económicas son precarias y se es expulsado del lazo de consumo, las prácticas violentas pueden fungir como modo de inclusión –tal vez forzada–. Todo esto deja la marca de la perversión en los vínculos.

Entonces, según la zona en que se vive y el grupo social de pertenencia, parece ser que un número creciente de sujetos necesitan involucrarse en

127. También podemos leerlo como una posible adicción de la madre que de alguna manera se sujeta con la de él, y cabe tomarlo en cuenta para la descripción que hace de su toxicomanía, las teorías que tiene para explicarla y la transferencia que hace con la comunidad terapéutica y su director.

128. I. Lewkowicz, *op. cit.*, 2004, p. 35.

prácticas violentas predatorias y antropofágicas para mitigar su desvalimiento. Así, la toxicomanía –además de otras implicaciones a nivel psicológico– funge como un recurso para obtener una identidad y como herramienta para adquirir poder. En algunas ocasiones, estas acciones son más sutiles que en otras, dependiendo de diversos factores, como la situación social y familiar; no obstante, la violencia se ha convertido en una característica de la subjetividad que se manifiesta en las relaciones interpersonales en forma de competencia y superación del otro.

En definitiva, la violencia es un fenómeno complejo que permea y es permeado por todos los aspectos del discurso social, pero, siguiendo las ideas de Enrique Guinsberg, la inseguridad y la violencia son en realidad sólo la parte saliente del *iceberg* del malestar en la cultura.

[...] Yo creo que incluso entré a trabajar con narcos por lo mismo. Por esta necesidad de poder, como de ser el más chingón de la cuadra, y "Ya no se van a burlar, ya no me van a humillar porque ahora yo los puedo chingar".

– Todo a través de la violencia.

– *Totalmente. No encontré otro camino, no había otro camino para mí.*

Con lo anterior entendemos que las nuevas subjetividades crean individuos extremadamente flexibles, variables y móviles, vulnerables a lógica del mercado que proporciona "kits identitarios", los cuales constan de discursos, imágenes, modelos, prótesis y productos. Este juego de identidades imprecisas funciona perfecto en el universo donde todo está en constante renovación y debe ser consumido. En esta posición el sujeto toxicómano se pierde en la sustancia, a cambio de que esta última le brinde una identidad.

Como resultado, el sujeto se inclina hacia una condición subjetiva en la cual los valores morales no tienen valor comercial; esto afecta las relaciones interpersonales e implica un giro del antropocentrismo al narcisismo, generando subjetividades acriticas y desimbolizantes, sin noción del futuro, regidas por la inmediatez, la ilusión de omnipotencia y dispuestas a adaptarse a los imperativos del mercado.

Sylvie Le Poulichet¹²⁹ sostuvo que las condiciones de vida actuales traen consigo una (des)organización de la personalidad según un modo pre-depresivo. La pérdida –yo diría, más bien el cambio– de los valores y la abdicación de los progenitores (cada vez más sobrepasados por la rapidez y la violencia de la evolución socioeconómica) empujan a los adolescentes hacia la toxicomanía, que de alguna manera los sostiene. En efecto, estas nuevas subjetividades se oponen a una evolución genital, positiva e integradora. La sociedad de consumo apuntala de manera directa al individuo según un modo que es el del narcisismo primitivamente –también necesariamente– secundario.

Definitivamente, las adicciones no están condicionadas exclusivamente por "causas" individuales y tenemos que comprender que su estructura se basa en el modelo socioeconómico hegemónico y en subjetividades de consumo que indudablemente aportan un sostén para este tipo de fenóme-

129. Sylvie Le Poulichet, S., *Toxicomanías y psicoanálisis. Narcosis del deseo* (trad. de J. L. Etcheverry), Buenos Aires, Amorrortu, 2012.

nos. A continuación, haré algunas precisiones con respecto a lo que considero características vertebrales de la subjetividad actual, las cuales ya mencioné pero considero necesario enfatizarlas.

El consumo y la violencia: fenómenos vertebrales de las nuevas subjetividades

El discurso social hegemónico es performativo de las maneras de relación de los sujetos con el mundo, con los otros y consigo mismo. En la actualidad existe una contradicción muy marcada entre la potencia de una sociedad con tecnologías en constante renovación, que nos permiten manipular las categorías de tiempo, lugar y persona –es decir, la manera en que nos relacionamos con la realidad– y además se puede disponer de multiplicidad de objetos, en franco contraste con el hecho de que los deseos humanos se encuentran casi siempre insatisfechos.

Esto también se vincula con la primacía de la novedad, la transitoriedad, la inmediatez y la baja tolerancia a la frustración. En las Ciencias Sociales existe una polémica en torno a si estas cosas suceden porque hay una crisis cultural, de valores o representacional, pero, como expresó Bauman, “la crisis, en la medida en que la idea alude a la invalidación de las costumbres y los medios habituales y a la consecuente falta de certidumbre con respecto a cómo seguir adelante, es el estado *normal de la sociedad humana*”.¹³⁰ Más adelante, el autor agrega: “[...] para conservar el significado de incertidumbre e indeterminación del término ‘crisis’, no podemos emplearlo como opuesto de ‘normalidad’”.¹³¹

Si todo está en constante renovación, el estado no puede ser más que la crisis perpetua, cuyos incesantes cambios desafían la capacidad de adaptación de los sujetos, que debemos asegurar la continuidad del modelo, al mismo tiempo que el principio de realidad nos impone sus propias reglas para la vida en sociedad. En especial esto afecta a personas vulnerables y es una llamada de atención para quienes trabajamos la clínica psicoanalítica o en la psicología clínica.

Por otra parte, la tendencia individualista y des-subjetivante difundida por el discurso social es una consideración bastante común, cuyas repercusiones podemos ver en el predominio de la competencia, en ambos significados del término: ser apto para algo y ser más y mejor que el otro. Como consecuencia, advertimos el crecimiento de la brecha entre clases y la fragmentación de los lazos sociales, además de la proliferación de actos de transgresión y variados tipos de violencia que se vuelven cada vez más comunes.

Como señaló Lewkowicz, el nivel de consumo de cada sujeto incrementa con creces el número de expulsados; sin embargo, crece en profundidad,

130. Zygmunt Bauman, “Excurso 3: Posmodernidad y crisis moral y cultural”, en *En busca de la política* (trad. M. Rosenberg), México, Fondo de Cultura Económica, 2015, 2ª ed., p. 152. Las cursivas son del autor.

131. *Ibid.*, p. 161.

pero se restringe en extensión. Quienes quedan por fuera del modelo, a la larga dejan de ser considerados personas, porque la práctica instituyente de la humanidad es el consumo: "Estamos ante el agotamiento práctico de un modelo de lazo social".¹³²

También los límites reales e imaginarios –entre lo que debe ser y lo que no, entre el yo y el otro, entre las generaciones, los sexos, los países, etcétera– se tornan más difusos y confusos. Aún en las personas o grupos que parecen no tener límites para alcanzar sus ideales, cuando los logran, no se observa que tengan experiencias de satisfacción, porque "no era eso"¹³³ y se debe continuar buscando. La frustración es el motor de esta trama. Todas las características mencionadas guardan estrecha relación y apuntan al consumo, uno de los cambios sociales más relevantes para las toxicomanías, por todas las consecuencias que están asociadas a él. Esta perspectiva aporta una necesaria direccionalidad al presente trabajo.

Asimismo, me parece necesario hacer algunas acotaciones sobre las violencias en nuestra sociedad. Freud, en *Más allá del principio del placer*,¹³⁴ advirtió la existencia de cierta inclinación hacia la muerte, presente en todos los seres humanos, y en su correspondencia con Einstein enfatizó la "inclinación bélica" como parte de la desigualdad innata y no eliminable en los seres humanos, que nos separa en conductores y súbditos.¹³⁵

De manera general, podemos considerar que un hecho violento suele ser una disrupción, es decir, un fenómeno emergente que desorganiza.¹³⁶ De esta forma, comprendemos que la violencia siempre ha estado presente en la estructuración de nuestra sociedad y tiene un estrecho vínculo con el poder. Sin embargo, actualmente la estamos viviendo de maneras extremadamente crudas; aunque en ciertos países, y también en subgrupos de personas al interior de éstos, se hace más visible que en otros. Particularmente, Latinoamérica es uno de los lugares más violentos del mundo y México ocupa uno de los sitios principales.

Ignacio Lewkowicz formuló una propuesta que desde mi perspectiva es bastante polémica: plantea que es menester suspender la lectura de la violencia en la clave del mal y que, en cambio, debe ser entendida como un hecho social neutro. Este término se emplearía para describir dos tipos de situaciones: a) cuando un sistema social no funciona y es necesario ejercer violencia en los puntos en que fracasa el lazo social, con el objetivo de volver a poner en su lugar los cuerpos que ese orden social requiere para reestablecer su propia ley –como puede ser el manicomio o la cárcel, en el siglo xx–, entendida como *violencia normalizadora*; y b) ocurre cuando cambia la naturaleza del nexo que

132. Ignacio Lewkowicz, *op. cit.*, 2004, p. 25.

133. La satisfacción del deseo es inalcanzable por la inexistencia del objeto.

134. Sigmund Freud, "Más allá del principio del placer" (trad. J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 18, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1920), pp. 1-63.

135. Sigmund Freud, "¿Por qué la guerra?" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 22, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1933[1932]), pp. 179-198.

136. Leticia Cufre, *Una inquietante familiaridad. Las prácticas sociales violentas como organizadoras de la subjetividad. Un caso en la Universidad Veracruzana* (Tesis doctoral), Xalapa, Biblioteca Digital de Humanidades, 2010. Consultada en <https://www.uv.mx/bdh/files/2012/10/practicas-sociales-violentas-subjetividad-universidad-veracruzana.pdf>

organiza la convivencia social y la entidad colectiva de los individuos; ésta sería entendida como *violencia alteradora*.

En este sentido, estimo que es válido pensar que en nuestra contemporaneidad se asemeja más al segundo orden, que instaura otro modo de ser conjuntamente para el individuo y la sociedad. Así, más que una fuerza biológica o un residuo de los marginados, comprendemos que la violencia –en todas sus versiones– se encuentra al interior de los procesos sociales y constituye uno de los ejes de organización y producción de subjetividades, sin que esto vaya en desmedro de las historias singulares, en las que el malestar so-
brante¹³⁷ se puede experimentar con diferente intensidad.

Laura Rita Segato denunció la “violencia invisible”, de orden psicológico o moral, según la autora, a la cual calificó como una situación estructural, reproducida con cierto automatismo. Con base en eso afirma que “tocamos aquí, ineludiblemente, la cuestión de la legitimidad de la costumbre”.¹³⁸ En concordancia, Leticia Cufre acuñó el concepto de prácticas sociales violentas¹³⁹ y explicó que se trata de acciones de amenaza, lesión o daño físico, pero también de otras menos evidentes, como ataques a la autoestima, a los ideales, amenazas de exclusión; es decir, modalidades violentas de prácticas simbólicas cuyas cicatrices no se inscriben en el cuerpo, sino en el psiquismo.

Asimismo, Benyakar¹⁴⁰ define la violencia como una situación en la que el hacedor del daño aparece enmascarado y no permite captar la amenaza implícita, es decir, la fuente puede ser indetectable. Se genera un clima que se filtra y anida en los recovecos de las situaciones más cotidianas, y adquiere fachada de “normalidad”. Así, quienes viven violencia no siempre son capaces de elaborar maneras de protegerse; esto tiene como consecuencia la “angustia automática” que afecta las referencias espacio-temporales, así como las relaciones entre lo psíquico y lo social: la indefensión inculca el odio que, al permanecer callado, da lugar a la “cadena del mal”. Porque la violencia es un discurso sin voz, no se puede verbalizar: se vive, se expresa y trabaja a nivel de una marca sin mediaciones sobre el cuerpo y el espíritu.¹⁴¹

Se trata de fragmentaciones del lazo social y una invasión del “sin-sentido”, vía la pérdida de soporte institucional, de las creencias y por carencia de

137. Dejo la definición de este concepto para el siguiente capítulo.

138. Laura R. Segato, *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2010, p. 121.

139. Ella retomó el concepto de práctica de Pierre Bourdieu y lo aplicó a las violencias. Según este autor, la novedad del estructuralismo fue introducir a las Ciencias Sociales un modo de pensamiento relacional, caracterizando cada elemento por las relaciones que lo unen a los otros. Las prácticas revelan sistemas de representación propios de los grupos sociales, de la posición relativa que recuperan en el espacio social y de su voluntad a situarse en una escala de poder. Así, consideramos las prácticas sociales violentas como un efecto de la estructura social que implica relaciones de poder y con capacidad de ocultamiento; se entienden como maneras de expresar superioridad o como intentos de resolución de conflictos de intereses. A pesar de todo, sus huellas se inscriben y pueden producir traumatizaciones del sujeto individual o colectivo (L. Cufre, “Las marcas de violencia social en la depresión”, en *La palabra y el hombre*, núm. 2, 2006, pp. 16-31; L. Cufre, *op. cit.*, 2010).

140. M. Benyakar, *Lo disruptivo y lo traumático. Vicisitudes de un abordaje clínico*, Buenos Aires, Nueva Editorial Universitaria, 2016.

141. E. Enriquez, “El trabajo de la muerte en las instituciones”, en *La institución y las instituciones*, Buenos Aires, Paidós, 1989, pp. 84-119.

oferta social de modelos identificatorios. De esta manera, el clima de violencia generalizada no afecta sólo a las personas directamente involucradas, sino también a los testigos, e incluso puede resonar a través de las generaciones.

En suma, el protagonismo que tiene la violencia en nuestra realidad se filtra tanto en las prácticas discursivas –simbólicas–, como en las prácticas de coerción –física, económica, etcétera– y produce sujetos adaptados, situación para la cual podemos retomar el concepto de endriago y pensar en las formas defensivas de violencia de las que los sujetos se agencian para sobrevivir. Es decir, lejos de las lecturas mecanicistas, ya sean políticas, económicas o psicológicas, debemos establecer la violencia como un comportamiento dotado de sentido articulado con el todo social.

Por otro lado, respecto de la relación violencia alteradora-subjetividad de consumo, cabe precisar que la pienso desde dos lugares distintos: 1) desde el sujeto singular, quien ante la imposibilidad de alcanzar los ideales que el mercado establece, recurre al ejercicio de la violencia; y 2) desde el sujeto colectivo: podemos inferir que la violencia está relacionada con la fractura de los lazos sociales, el aislamiento y la inseguridad social. Son dos caras de una misma moneda, aclarando que no presupongo la existencia de una relación causal.¹⁴²

Pensando en la clínica psicoanalítica, tenemos que considerar la parte “social” del superyó y cómo, efectivamente, ha habido un debilitamiento en su función, en el sentido de que las sanciones “metasociales” ya no se aplican, y las reglas corresponden más bien a penas casi exclusivamente jurídicas que no se asignan igualmente para todos.¹⁴³ La anterior parece ser la trama que atrapa y condiciona la subjetividad de los toxicómanos, sin que esto signifique que todos los adictos son violentos, sino que la violencia, como parte fundamental del discurso social, organiza subjetividades adaptadas y que en el caso de dichos sujetos golpea sobre fragilidades y vulnerabilidades singulares muy específicas.

Comprendemos la violencia de los jóvenes marginados como resultado del contraste entre un sistema basado en los deseos individualistas y una realidad cotidiana de *ghettos*, desamparo e indiferencia hostil, racista y/o clasista. Esta violencia *hard*, sin proyecto ni consistencia, es la representación de un

142. René Kaës (*op. cit.*) se plantea que deben existir diversas maneras en las que la psique singular se forma, se transforma o se aliena a través de las diferentes modalidades de vínculos intersubjetivos que lo preceden, que él establece y que lo constituyen, lo cual es una parte decisiva del sujeto del inconsciente. Es decir, su trabajo consistió en intentar articular la realidad psíquica del grupo y la del sujeto singular, con miras de dar cuenta de la parte que la primera toma en la formación de la segunda, y viceversa. Lo “singular” corresponde al espacio psíquico individual, el magma del inconsciente, según Castoriadis (1989); sin embargo, una parte de lo que es singular tiene su origen en lo que el sujeto hereda o adquiere que, asimismo, es transformado, o en lo que permaneció en él sin modificaciones –lo instituyente y lo instituido, en términos de Castoriadis–. Lo “común” –la sustancia psíquica que une a los miembros de un grupo y que exige el abandono de ciertos límites individuales, pero que es la materia básica para que surja la singularidad– y lo “compartido” –la parte que toma cada sujeto en una fantasía, alianza, contrato, un sistema defensivo común a los sujetos de un vínculo, que garantiza los términos de un intercambio intersubjetivo– tendrían que ver con el sujeto colectivo.

143. La infinidad de crímenes que quedan impunes en nuestro país son un ejemplo clarísimo. Cornelius Castoriadis, *op. cit.*

tiempo desligado del futuro –y de Eros, pulsión de vida– que valora el “todo, pronto, ya”.

En una sociedad hiperviolenta, ¿qué podemos esperar de los sujetos sino diversas formas de violencia exacerbada? Considero que esta es una de las principales preocupaciones y transformaciones que debemos tomar en cuenta en la clínica actual, cosa que he corroborado en mi práctica privada y en supervisiones.

Posición subjetiva de consumidor/adicto

Ignacio Lewkowicz designó al consumo como característica central de la subjetividad de la época actual, definiendo la posición de los individuos como consumidores –y su derivado de adicto–. Es una forma de esbozar los modos que los sujetos tenemos para relacionarnos con los objetos de consumo, en concordancia con las condiciones sociales; de forma tal, que todos somos adictos en potencia y todos los objetos son potencialmente adictivos, se trata de una amenaza universal y ubicua. Esta teorización puede ser de utilidad para entender a los sujetos citados y también pensar la subjetividad de hoy.

En este sentido, Castoriadis aseguró que no podemos existir más que definiéndonos como un conjunto de necesidades, cuyos objetos de supuesta satisfacción son inventados por la misma sociedad y ninguna definición racional, natural o histórica permite fijarlas de una vez por todas. Esto se encuentra en concordancia con lo señalado por Freud,¹⁴⁴ respecto de que el objeto es el elemento más variable de la pulsión –a diferencia de otras necesidades del ser humano; por ejemplo, las fisiológicas–. Esta inevitable insatisfacción de los sujetos es constantemente mantenida y explotada por el progreso técnico, que incansablemente hace surgir nuevos objetos. Además, es puesta de manifiesto por la existencia de clases privilegiadas que colocan ante los ojos de los demás los modos de “satisfacerla”.

Por otro lado, en el vínculo con los toxicómanos encontré una constante “flojera” que, posiblemente, encubre un “esperar todo del objeto y nada del sujeto”,¹⁴⁵ otra característica de la subjetividad adictiva. Son personas entregadas al objeto, del que se espera satisfacción y plenitud con la mínima participación para alcanzarlas, sujetos pasivos y receptivos que incorporan las sustancias y pagan el precio de su momentánea plenitud desapareciendo tras el objeto que los satisface, mismo que los constituye y consume. Disfrutar el momento, aprovechar que están “en la edad”, buscar lo más fácil e inmediato para sentirse bien. Es viable pensar que los actos de consumo se caracterizan por una relación pragmática con los objetos, es decir, de necesidad-solución, como se evidencia en la cita subsecuente:

“No hagas nada, no hagas nada, no hagas nada, no hagas nada, no hagas nada”. Y mis hermanos también: “No hagas nada, no hagas nada” y creo

144. Sigmund Freud, “Pulsión y destinos de la pulsión” (trad. de J. L. Etcheverry), en J. Starckey (Ed.), *Obras completas*, vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1915), pp. 105-135.

145. Esto es, el anhelo de que un objeto o sustancia procurará un bienestar absoluto, sin necesidad de que el sujeto haga algo por alcanzarla. Éste le es ajeno, pero se le incorpora como parte de sí mismo.

que eso también me impactó mucho en mi vida, porque no me enseñaron el valor del esfuerzo. Era como que todo lo tenía. Y todo eso pues es como muy adictivo también. El placer inmediato, así es la droga, no te esfuerzas, pero tienes placer.

Además, la subjetividad adictiva implica modos particulares de relacionarse con la frustración y el dolor psíquico:

Porque había momentos en los que sí, yo sabía en la posición en la que estaba de que, por ejemplo, veía a mis amigos, veía que ellos estaban saliendo adelante, que ellos sabían qué era lo que querían, o sea, qué era lo que les gustaba, a qué se querían dedicar, y yo no sabía nada de mí. Entonces, digamos que eso era como evadir esa frustración, nada más me iba haciendo viejo, cada vez más viejo.

Por último, y sin afán de sintetizar, quiero puntualizar que estimo factible pensar que estas características no son exclusivas de los sujetos toxicómanos –tan señalados en nuestra sociedad–, sino que son rasgos comunes en todos, aunque se manifiesten en formas y magnitudes diferentes.

La lógica del consumo como articuladora de lazos sociales

Llamaré “lazo social” a aquella ficción eficaz del discurso social que hace evidente que un conjunto de personas constituye una sociedad y que, a la vez, las instituye como miembros de tal, estableciendo los modos de ser humano.

Ahora bien, Enrique Guinsberg explicó que los controles sociales generan necesidades relativas a la producción y al consumo excesivo, y que uno de los mecanismos que relaciona al individuo con la sociedad cambia con esta forma de crear necesidades antes que productos y con la implementación de diversas formas de control. Podemos concebir el consumismo como adicción socialmente aceptada y promovida, como una modalidad de la satisfacción o, para decirlo más correctamente, de la permanente insatisfacción.¹⁴⁶

El consumo orilla al sujeto a hacerse cargo de sí mismo, lo responsabiliza, funge como un sistema de participación ineluctable, al contrario de las vituperaciones lanzadas contra la sociedad. Muchas veces esta realidad resulta confusa e incomprensible, especialmente para los jóvenes, ya que se reduce al hombre al estado de cosa, acompañada de un alto nivel de sufrimiento; pero, además, hay un cambio en la relación de los sujetos con este último.

[...] mi mamá prefiere comprar cosas como esas, y en la adolescencia así fue también. Se sentía mal y compraba cosas [...] Para ella y para todos. Pero era también una forma como de querer cubrir la mala situación en la que estábamos viviendo [...] Cuando me sentía mal, cuando nos enojábamos...cuando estábamos bien...

Partiendo del testimonio anterior, con la salvedad de las diferencias particulares, vemos cómo el dinero se significa como mediador y a veces como

146. Claro ejemplo de esto es el trabajo que Edward Bernays, sobrino de Freud, realizó al aplicar la teoría psicoanalítica como principio para aumentar la competitividad empresarial durante las primeras décadas del siglo xx, específicamente en la industria tabacalera (Curtis, A. [Productor y director], *The century of self* [Documental], United Kingdom, British Broadcasting Corporation, 2002).

sustituto de la interacción entre padres e hijos. Regalos y premios para mitigar ausencias, aliviar malestares emocionales y tratar de mantener alguna relación. Estos objetos, que nunca logran satisfacer totalmente, pueden llegar a reemplazarse por el consumo de drogas. Al menos para una gran cantidad de personas, el sufrimiento social está mediado por la relación con el dinero; éste tiene que ver con el consumo, y el consumo de drogas aparece como lógico para soportar las vicisitudes de la vida.¹⁴⁷

Por otra parte, también es común que los sujetos des-subjetiven a los otros en las relaciones, si esto implica algún beneficio particular. Se vuelve entonces una cadena interminable de cosificaciones, en la cual los vínculos humanos se reducen a relaciones de dominio, caracterizadas por una seducción fría y la intimidación; la *res pública* se desvitaliza bajo el yugo de la glorificación del individuo.

Para finalizar este apartado, cabría preguntarse si existe la posibilidad de considerar el consumo y la violencia como expresiones del nexo; es decir, como un intento malogrado de establecer lazos sociales y, en ese caso, dilucidar si la sustancia es el medio o el objeto de dicho vínculo.

147. Sigmund Freud, *op. cit.*, 1992 (original publicado en 1930 [1929]).

III

Nodos entre lo social y lo psíquico

La ilusión de que cada uno es capaz de una autoproducción ilimitada, de forma que la propia optimización y el sometimiento, la libertad y la explotación coinciden aquí plenamente; pero la permanente optimización personal, concordante con la optimización ilimitada del sistema, es destructiva y tiende al colapso.

C-B. Han¹⁴⁸

Desde la fundación del psicoanálisis la cuestión de la intersubjetividad ha sido planteada como una de las condiciones de la vida psíquica. Existimos y nos manifestamos tan sólo en nuestras relaciones con los otros. Este espacio comprende procesos, formaciones y experiencias cuyos efectos dominan el advenimiento de los sujetos del inconsciente y su devenir estructural en el seno de un "nosotros".

Asimismo, como explicó José Perres,¹⁴⁹ la realidad externa tuvo para Freud un significado psicológico. Lo externo y lo psíquico se articulan permanentemente en la teoría psicoanalítica. Esto podemos verlo reflejado en algunos de los postulados teóricos del padre del psicoanálisis, como la oposición entre principio de placer y principio de realidad, la realidad psíquica y la realidad material, la pérdida de realidad en neurosis y psicosis, las series complementarias, entre otros.

A mi parecer, podemos comenzar a reflexionar sobre lo anterior partiendo de la afirmación de Freud¹⁵⁰ que consolidó la relación de su entonces nueva ciencia con las ciencias sociales:

En la vida anímica del individuo, la otra cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar y como enemigo y por eso, desde el comienzo mismo, la psicología individual es simultáneamente psicología social en este sentido más lato, pero enteramente legítimo.

La relación del individuo con sus padres y hermanos, con su objeto de amor, con su maestro y con su médico, vale decir, todos los lazos que han sido hasta ahora indagados preferentemente por el psicoanálisis, tienen derecho a reclamar que se los considere fenómenos sociales.

148. C-B. Han, *op. cit.*, p. 10.

149. José Perres, "La problemática de la realidad en la obra de Freud: sus repercusiones teóricas y epistemológicas (aportes para una epistemología freudiana)", en *Psicoanálisis y realidad*, A. Suárez (coord.), México, Siglo xxi, 1989, pp. 111-153.

150. Sigmund Freud, "Psicología de las masas y análisis del yo" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 18, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, (original publicado en 1921), pp. 63-137.

Posteriormente, en su texto *El malestar en la cultura*¹⁵¹ señaló que la introducción de un individuo en una “masa humana” –una sociedad– es un caso, y la producción de una unidad de masa a partir de muchos individuos es el otro, pero son procesos relacionados. Vale decir que así como el planeta gira en torno al Sol, su cuerpo central, al mismo tiempo que rota sobre su eje, los sujetos participamos en el desarrollo de la sociedad mientras andamos nuestro propio camino vital, produciendo nuestra propia estructura psíquica. Esto tiene dos implicaciones: 1) el reconocimiento de lo social en cualquier proceso particular y 2) la vocación del psicoanálisis de aplicarse y develar aquello relacionado con el inconsciente, que suele quedar oculto para las Ciencias Sociales. Yo me enfoco en la inscripción mutua entre lo psíquico y lo social, y me apoyo con el concepto de subjetividad¹⁵² para esclarecer los procesos de significación, ya que implica tanto lo intrapsíquico como lo interactivo.¹⁵³

Por su parte, Enrique Guinsberg¹⁵⁴ señaló que Freud engloba la subjetividad dentro de la noción de series complementarias,¹⁵⁵ en donde conecta aspectos hereditarios, constitucionales, infantiles y actuales. De esta manera es al mismo tiempo resultado y síntesis de la realidad psíquica y material, de factores endógenos y exógenos, pasados y presentes. En otras palabras, los individuos nos constituimos en la realidad externa, en la misma medida que la construimos desde nuestra vida singular. Es así como los modos mediante los que se pautan las relaciones de poder ayudan a comprender la relación entre nosotros y con el mundo.

Por otro lado, tengo que aclarar que el paso del tiempo y los cambios histórico-sociales que conlleva no contradicen la teoría psicoanalítica en tanto que ésta propone un psiquismo que incluye tres instancias: *ello*, *yo* y *superyó*. De hecho, las dos últimas se estructuran en función del mundo exterior, de tal manera que el *yo* estará en contacto y tendrá en cuenta el principio de realidad (aunque cada cultura podrá tener distintas ideas sobre lo que es “real”, siempre será su realidad) y el *superyó* abarcará todos los valores que respetará cada sujeto de una cultura,¹⁵⁶ pueden ser distintos en cada marco social,

151. Considero que es uno de los trabajos más ricos de Freud, por lo cual me veo en la necesidad de aclarar que pondré énfasis en algunos de sus elementos, principalmente en su propuesta de que la cultura enferma al sujeto de “nervios”, los sentimientos oceánicos y de despersonalización del yo por el influjo de las drogas, la sexualidad y la psicosis, así como la necesidad de ciertos “quitapenas” para soportar los altibajos de la vida. Sigmund Freud, *op. cit.*, 1992 (original publicado en 1930 [1929]).

152. Como mencioné en la introducción, a pesar de que el concepto de subjetividad no es propiamente del psicoanálisis, es más bien un campo interdisciplinar, lo utilizo como herramienta para comprender el fenómeno de imbricación de lo social y lo psíquico y, además, para reflexionar sobre aquello que compartimos como seres pertenecientes a la misma sociedad en el mismo periodo histórico.

153. Martha Lamas, *op. cit.*

154. Enrique Guinsberg, “Subjetividad”, en *Subjetividad y Cultura*, núm. 15, 2000, pp. 1-13.

155. Es un concepto que utilizó Freud para explicar la etiología multicausal de las neurosis, en la que los factores endógenos (fijaciones) y exógenos (frustraciones) se complementan. Además, la fijación puede a su vez dividirse en dos factores complementarios: constitución hereditaria y experiencias infantiles. El concepto de serie complementaria permitiría situar cada caso dentro de una serie, según la parte relativa que corresponda a la constitución, a la fijación infantil y a los traumatismos ulteriores (J. Laplanche y J. B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis* [trad. de F. Gimeno], Barcelona, Paidós, 1996).

156. Cabe decir que el mecanismo principal de la formación del *superyó* es la identificación y cada cultura ofrece a las personas que la conforman ciertos modelos identificatorios. Esto es fundamental en el caso de las adicciones, si tomamos en cuenta que, en general, los tratamientos que consiguen

pero siempre serán compartidos y seguidos por un grupo humano. Es decir, las características de ambas instancias varían en contenidos dependiendo del discurso social, pero es posible sostener que el inconsciente es atemporal y que la condición subjetiva está supeditada a los cambios en la realidad externa, o sea, es histórico.

El malestar en la cultura contemporánea

Dicho lo anterior, creo que es posible pensar que el panorama que Sigmund Freud planteó en *El malestar en la cultura* es muy distinto del discurso social actual. Lo que la cultura reprime ha cambiado y seguirá haciéndolo a través de la historia, dependiendo de las necesidades de supervivencia, los intereses sociales y de dominación, etcétera. Por tales motivos, es indispensable contemplar la influencia de los cambios históricos y culturales¹⁵⁷ en la producción de las nuevas subjetividades, para ahondar en el estudio de la incidencia de factores sociales en la denominada psico(pato)logía, en la que se encuentran catalogadas las toxicomanías.

Como vimos en el capítulo anterior, las subjetividades son esencialmente fabricadas y modeladas por la sociedad, al mismo tiempo que son recibidas y consumidas por los sujetos,¹⁵⁸ de forma que el modelo capitalista desarrollado funge como modo de producción de sujetos a través de la "sujeción subjetiva"¹⁵⁹ a la cultura.

Indudablemente somos sujetos sociales, producto de las imposiciones y restricciones que la cultura nos asigna, pero también existe un proceso civilizatorio y diversas formas de desarrollo, en el fondo del cual encontramos la renuncia pulsional como condición necesaria para el acceso a la cultura. Tomar como fundamento la "renuncia" establece una "comunidad" con base en la "carencia". De forma que lo que Freud llamó "cultura" es fuente de gran parte de la miseria humana. Nos volvemos neuróticos al no soportar la medida de frustración que ésta nos impone, y suprimir o disminuir esas exigencias significaría el regreso a las posibilidades de "dicha".¹⁶⁰

más éxito –cuantitativamente hablando, y considerando como "éxito" la desintoxicación– funcionan cambiando los modelos identificatorios.

157. Al referirme a "cultura" lo hago en el sentido freudiano de *Kultur*, el cual incluye los contextos en los que los sujetos se ven implicados, las redes temáticas, la noción de comunidad, las creaciones e instituciones culturales, los bienes, los ideales y sus efectos –que se pueden ver en el "caso por caso"– (P. L. Assoun, *op. cit.*).

158. Si bien está en constante modificación, generalmente sus efectos no son perceptibles hasta muchos años después, posiblemente tengan que pasar generaciones.

159. Guattari y Rolnik (*op. cit.*) le llaman la conquista de la producción de subjetividades; por su parte, Han (*op. cit.*, p. 14) asegura que la psicopolítica digital (técnica de dominación que estabiliza y reproduce el sistema dominante a través de una programación y control psicológicos) permite "intervenir en la psique y condicionarla a un nivel prerreflexivo", este poder inteligente se ajusta a la psique en vez de intentar disciplinarla, aprovechándola como fuerza productiva y consumidora de sus ofertas inmateriales e incorpóreas.

160. En términos psicoanalíticos implica la satisfacción de las pulsiones, como explicaré en el capítulo IV. Sigmund Freud, *op. cit.*, 1992 (original publicado en 1930 [1929]); E. Guinsberg, *op. cit.*

Como la vida en sociedad nos impone ciertos sacrificios, específicamente en lo que refiere al ejercicio de la sexualidad y la agresividad, es comprensible la vivencia del malestar singular; sin embargo, Freud expresó que el malestar cultural radica principalmente en que surge de normas que nosotros mismos creamos y que, supuestamente, tendrían que protegernos y beneficiarnos a todos. Dicho de otro modo, el antagonismo irremediable entre las exigencias pulsionales y culturales genera un gran conflicto: los sujetos estamos constituidos por las formas culturales que limitan nuestros deseos, pero a la vez sólo llegamos a ser sujetos a través de la cultura, aunque su carácter sea siempre represivo.

Paul-Lauren Assoun expresó que el coste pulsional que representa para las personas la pertenencia social hace posible considerar la neurosis como un operador de lectura de la cultura, ya que bajo su yugo el hombre en carencia crónica está obligado a hacer algo. Nosotros consideramos a los sujetos como signos del malestar en la cultura. Estamos tan inmersos en el discurso social, que la figura del individuo se ha vuelto inestable, inclusive bifronte: con un rostro orientado a la normalidad social y el otro a la patología individual.¹⁶¹

Es en este punto donde quiero ubicar nuestra reflexión de las toxicomanías: se trata de un fenómeno que se vive de forma individual, pero asociado a la producción de nuevas subjetividades y, por lo tanto, habla del sujeto, pero también del malestar en la cultura actual. Para ello, retomo los postulados de algunos autores que me sirven como herramientas para plantear mis propias construcciones sobre el tema.

Dany-Robert Dufour, en *El arte de reducir cabezas: Sobre la esclavitud del hombre liberado en la era del capitalismo total*, realizó un análisis de las condiciones del discurso hegemónico del siglo XXI en las sociedades occidentales, e hizo énfasis en las consecuencias que tiene en la subjetividad y su marca en el psiquismo. Según su hipótesis, actualmente "se está cumpliendo una mutación histórica de la condición humana";¹⁶² asimismo, aseguró que el capitalismo actual es "antropofágico", ya que no sólo consume todos los recursos y la naturaleza, también a las personas: consume a los consumidores.

Por su parte, Sayak Valencia, en *Capitalismo Gore*, formuló una crítica a la realidad del México del siglo XXI, en el cual la cultura de hiperconsumo es una reinterpretación de la hegemonía global; es decir, la forma particular en que se vive el nuevo capitalismo en nuestro país, que se encuentra en las periferias, reales y simbólicas, del primer mundo. Además, acentuó que no se puede entender la compleja realidad sin contemplar la violencia y el consumo como fenómenos vertebrales. De forma que si consideramos la economía como violencia simbólica generalizada, la ejecución de prácticas *gore*¹⁶³ es algo lógico y legítimo dentro de la dinámica de esta sociedad. Así, el capitalismo *gore* es una expresión de la dimensión sistemáticamente descontrolada

161. I. Lewkowicz, *op. cit.*, 2004, p. 103.

162. D. R. Dufour, *op. cit.*, p. 30.

163. Se trata de un género cinematográfico y como analogía describe el ejercicio sistemático y repetido de la violencia más explícita (Valencia, 2010).

del proyecto neoliberal y la globalización, fundados en lógicas predatorias y cuyas consecuencias adversas son consideradas “daños colaterales”.

Asimismo, Boaventura De Sousa Santos¹⁶⁴ sostuvo que hay buenas razones para que haya cierta inconformidad, basta con numerar las promesas incumplidas de la modernidad, o cuyo cumplimiento redundó en efectos perversos: la promesa de igualdad, la promesa de libertad, la promesa de paz perpetua y la promesa de dominación de la naturaleza; sin embargo, la técnica de poder propia del neoliberalismo utiliza formas sutiles, flexibles e inteligentes y así escapa a toda visibilidad, demostrando que cuanto mayor es el poder, más silenciosamente actúa.

Por su parte, Lewkowicz denunció la ausencia de ficciones estructurantes de la realidad que le den un significado a nuestro paso por las diversas instituciones y brinden un sentido a nuestras vidas. En la modernidad, esta función recaía principalmente en el Estado-Nación, el cual, a raíz de los cambios en el modelo económico de la modernidad tardía, se ha transformado en un Estado técnico-administrativo, compuesto por consumidores en vez de ciudadanos. Agrega que el consumo se ha vuelto el criterio de inclusión del género humano y quienes carecen de las posibilidades para consumir quedan relegados a las periferias y des-subjetivados. También afirmó que en la actualidad aún no hemos sustituido los valores y mitos de la modernidad, sino que aún estamos en ese tránsito y aunque no podemos saber si la violencia constituye el medio mismo de nuestra experiencia, tenemos elementos para pensarlo.

Por más desolador que parezca el panorama que plantean estos autores, el principal conflicto radica en que sólo somos “sujetos” por estar sometidos a múltiples determinaciones relativas al discurso social; por estar avasallados y sostenidos por estas ficciones,¹⁶⁵ que en la modernidad eran representadas por diversas figuras: Dios, el Rey, el Pueblo, el Estado, etcétera. Esto, evidentemente, tiene consecuencias; por ejemplo, Dufour habló del fenómeno de la desimbolización¹⁶⁶ y Kaës mencionó que los periodos de desorganización social y cultural, como el presente, se caracterizan por el debilitamiento de los garantes metasociales y metapsíquicos.¹⁶⁷

164. Boaventura De Sousa Santos, *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la indolencia*, Bilbao, Desclée, 2003.

165. Se han acuñado diferentes términos para referirse a estas ficciones, entre ellos se encuentran “Grandes Relatos de la modernidad” o “Grandes Relatos de legitimación” (F. Lyotard, *op. cit.*), “Grandes sujetos”, “Gran Otro” y “Otro” (D. R. Dufour, *op. cit.*) y “Estado-Nación” (Lewkowicz, *op. cit.*, 1998). A pesar de las diferencias que hay entre lo que postuló cada autor, todos destacan la función estructurante, en la cual me centraré y por lo que los usaré indistintamente.

166. La palabra designa una consecuencia del pragmatismo, el utilitarismo y el “realismo” contemporáneos que conduce a sujetos difusos con dificultades de acceso a la simbolización (D. R. Dufour, *op. cit.*).

167. Siguiendo a René Kaës, podemos entender estos debilitamientos como alteraciones en los encuadramientos, en las creencias compartidas y en los representantes comunes. Los efectos psíquicos del debilitamiento de estos garantes sociales son el principal objeto de estudio de Freud en *El malestar en la cultura*. En la actualidad, este malestar podría estar caracterizado por tres tipos de trastornos:

1. En los apuntalamientos de las pulsiones y sus pactos de renuncia parciales necesarios para la vida en común: desintrincación pulsional, clivajes del yo, fracaso de las sublimaciones, etcétera.
2. En las identificaciones y sistemas vinculares: desorganización de los referentes identificatorios y

Nuestra época entraña un acrecentamiento de la incertidumbre, ya no tenemos a quién presentar una demanda, formular una pregunta o hacer una objeción; y el nuevo capitalismo a lo que apunta es a ese núcleo de la humanidad: la dependencia simbólica (Dufour, 2007; Valencia, 2010). Sutilmente, el modelo hegemónico ha ubicado al mercado en la posición de figura dominante en la constitución de los sujetos contemporáneos, de forma que esta ficción se instaló en lo económico y, obviamente, en lo simbólico como nuevo Gran Otro. Se ha situado como una mutación del patriarcado, del padre canonizado en *Tótem y tabú*, omnipresente, todopoderoso e ideal; pero al mismo tiempo, el mercado capitalista neoliberal y globalizado está lleno de pequeños relatos. Ya no existe una única verdad, sino una multiplicidad de verdades. Es así como nuestras vidas ya no están guiadas por el paso de una institución a otra, todas marcadas por el mismo principio o la misma lógica, sino que vamos saltando de situación en situación, cada una con su propia lógica.

Para Byung-Chul Han, la particular eficiencia de esta técnica de poder obedece a que no actúa a través de la prohibición y la sustracción, sino a través de complacer y colmar; en lugar de hacernos sujetos sumisos intenta volvernos dependientes, porque "es más afirmativo que negativo, más seductor que represor"¹⁶⁸ y lo más radical es que cuida de que los sujetos nos sometamos a nosotros mismos. La actualidad es el espacio de lo cambiante, donde todo se vuelve flexible, y como sujetos sujetados más vale que nos adaptemos a la nueva realidad, en la que todo es inestable. La siguiente afirmación puede servir para comprender lo anterior y recordar los "quitapenas" freudianos:

Entonces digamos que empecé a pensar en lo que me dijo mi papá y un putero de pedos existenciales, me empezaron a entrar de quién sabe qué chingados. Qué iba a hacer de mi vida, ni siquiera sabía qué era lo que me gustaba [...], me drogaba, acá, me drogaba. La neta sí me frustraba, me daba para abajo.

Esta ausencia de un enunciador colectivo estable y creíble genera dificultades inéditas en el acceso a simbolización y afecta a todos, particularmente a los jóvenes, quienes al ser los más susceptibles a estos cambios culturales asimilan masivamente las normas y valores del mercado, que promueve el consumo como lógica pulsional, el cual en muchos casos contrasta radicalmente con las condiciones precarias de vida, que son un gran obstáculo para participar plenamente en estas actividades. Ante tal contradicción, surgen sentimientos de frustración y de exclusión, relacionados también con la transvaloración de los valores, ante la demanda hiperconsumista en una cadena de frustraciones que constituye la trama de la realidad.

[...] el mundo de las drogas, de la adicción, ese mundo es otro, es un mundo que ahorita veo y veo a la gente que pareciera que ese mundo no existiera, como que es un inframundo que hay ahí de comportamientos en los que

de las fronteras del yo (personalidades "como sí" o borderline), y en las insuficiencias o hipertrofias de las funciones del ideal. Éstas se expresan en el debilitamiento de los contratos intersubjetivos.

3. En las certezas y en los sistemas de representación compartida: se acentúa por el debilitamiento de los referentes identificatorios, el deterioro del proceso de sublimación y el refuerzo de los efectos triviales.

168.B-C. Han, *op. cit.*, p. 17.

se valoran otras cosas muy distintas. Es otra concepción de la vida, de la realidad [...] En ese mundo primero, antes que nada, la droga; es lo primero que se valora. El tener para el toque, el tener, así es la palabra: "Hay que conseguir para el toque"... la violencia, bueno, el respeto a través de la violencia, es otra cosa que se valora. [...] Es "te chingas o me chingas" o "chingas porque ahí te vienen chingando" [...] Porque eso es lo que se valora, el respeto a base de la violencia [...] Pues valoran trabajar bajo... o sea, no trabajar acorde a la ley, creo que también es requisito ese.

Parece ser que se trata de un mundo en el que lo más valioso es el consumo de objetos que brinden placer inmediato –drogas, en este caso–, sobre el cual se puede tener un control omnipotente; la violencia, mediante la cual se obtienen los recursos para poder cumplir los imperativos de consumo y dominar al otro y estar más allá de la ley, son condiciones –o “valores”– necesarias para alcanzar los ideales del mercado, en una situación de precariedad y marginación, siendo susceptibles de interiorizar el discurso del enemigo.

Se crea una realidad disonante en la cual las posibilidades económicas no coinciden con los ideales del discurso social y en la que los criterios de consumo son el motor para acceder al lujo, aunque sea en la periferia, y la violencia se vuelve una estrategia al alcance de todos para hacerse del dinero que les permita costearse tanto bienes comerciales como valoración social, ya que en la posición subjetiva de consumidores estas carencias se viven como crisis de identidad.

Al no tener acceso a dichos bienes o perderlos, la violencia se vuelve un recurso indispensable, parte de la identidad de los jóvenes inmersos en este mundo disonante, lo cual se evidencia en los actos delictivos –robos, asaltos, ingresar a pandillas o al crimen organizado, etcétera– en los que incurren los consumidores de sustancias para obtener el dinero que les asegure el pasaje al placer, facilitado por la droga. Inclusive, socialmente se comienza a dar valor a las personas de acuerdo con su poder adquisitivo:

Y no sé, no entiendo por qué era como así conmigo y con mi papá nada más, porque con mis demás primos era a todísima madre, con mis demás tíos era a todísima madre... No sé si era porque casi no los veía, o porque sí... como mis tíos siempre han tenido mucho dinero. Mis primos también. Pues esa cuestión como de "Ellos tienen, pues valen", como mi papá no tiene pues no vale.

Tanto Lewkowicz como Valencia propusieron la idea de una revolución cultural que fluctúa entre hiperconsumo y frustración; por mi parte, considero que esto está asociado a la globalización, que acorta las distancias en muchos sentidos, aunque en ella no puede existir la salvación de la minoría y cada quien debe ver por sí mismo; de esta manera se resalta la incapacidad del neoliberalismo para generar pertenencia, colectividad y sentido creíble del futuro, es decir, carece de proyectos de integración social, lo cual provoca crisis de existencia y de significados. Como consecuencia, nos encontramos en una sociedad que, por ser brutalmente desigualitaria, también es hiperindividualista, ya que la ley impuesta por los Estados-Nación como estructurante de la subjetividad también fungió un papel de ordenador del lazo social.

El fenómeno de fractura del lazo social, como efecto del “ver por sí mismo” en un mundo en el que para acceder a los ideales del mercado es necesario pasar por encima de los otros y que además pone en situaciones amenazantes a muchos sujetos, parece tener relación con las toxicomanías. Considero que esto es un indicio de que se trata de algunas características de la subjetividad actual, en la que la violencia es un posible instrumento para que cada sujeto haga justicia por su propia mano, en un mundo injusto. Esta implosión puede aparecer cuando alguien marginado y altamente vulnerable conoce el dinero fácil y la violencia como herramientas de supervivencia.

El mercado prospera aparentemente sin imponer límites al ejercicio de la libertad individual y sin necesidad de responder a la ley:

[...] *Entonces, pues empezamos a robar, empezamos; trabajamos, empezamos a trabajar en una constructora, nos metimos a robar, sacamos muchísimas cosas, nos corren de ahí pero no nos hacen nada, no nos hacían nada por temor a que les hiciéramos algo... Entonces no había límites jurídicos.*

El discurso social de hoy no apunta sólo a la dominación, sino también a la fragmentación. Esta es una secuela innegable e inevitable de la situación que se vive en las periferias del mundo y de las ciudades, donde se expresa de manera más cruda. Lugares donde parece ser que la seguridad –e incluso la supervivencia– no se puede conseguir si no es a golpe de violencia. El discurso humanista ha caído ante el individualista, y el sufrimiento contemporáneo es principalmente la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección.¹⁶⁹

En palabras de Marc Angenot, el discurso social se presenta como algo fragmentado, centrífugo, pluralista y hostil a las ideologías con pretensión explicativa total. Se trata de una representación legítima del mercado económico global, caracterizado por lo fluido, lo eufemístico, lo diferido y lo espectral; donde la búsqueda de experiencias comerciales que emocionen y distraigan es simultánea del sufrimiento, del “casi nada” y del “cada vez menos” miedo. Al individuo le importa más no sentirse rebajado, herido en su dignidad, en su narcisismo. En este mundo, el consumo de drogas parece encajar perfectamente.

El pensamiento posterior al Estado-Nación se constituye cuando ya no se trata de construir un Estado para organizar a la Nación, sino para operar en la dinámica del mercado y sus fragmentos. En este sentido, como mencioné, lo que el gobierno post-Estado-Nación produce son consumidores, puesto que el mercado requiere sujetos precarios y acrílicos, es decir vulnerables, abiertos a todas las fluctuaciones identitarias y dispuestos a seguir los imperativos del discurso social. De esta manera, estaríamos presenciando el cambio de una cultura promotora de la represión a otra que impulsa la perversión como última defensa ante la psicosis. Tomando en cuenta estas consideraciones, me pregunto si la llamada *posverdad*¹⁷⁰ se suma a todo lo dicho anteriormente, agudizando la crisis.

169. Zygmunt Bauman, *Tiempos líquidos* (trad. C. Corral), México, Tusquets Editores, 2008; I. Lewkowicz y M. Cantarelli, *op. cit.*; S. Valencia, *op. cit.*

170. Esta palabra adquirió gran relevancia después de la controversia del Brexit, en el Reino Unido, y la victoria de Donald Trump en Estados Unidos de Norteamérica. Remite a un hueco entre la verdad revelada y la verdad sentida.

Por otra parte, Silvia Bleichmar habló sobre el *malestar sobrante*,¹⁷¹ aquella cuota que nos toca "pagar", la cual no remite sólo a las renunciaciones pulsionales que posibilitan la vida en sociedad –como en *El malestar en la cultura*, de Freud–, sino que lleva a la resignación de aspectos sustanciales del ser mismo como efecto de circunstancias sobreagregadas. Dificultades materiales, la imposibilidad de garantizar la seguridad, el incremento del anonimato, la inexistencia de las metas sociales, etcétera. El malestar sobrante está marcado por la mutación sociohistórica de los últimos años, que despoja a los sujetos del proyecto de vida en sociedad y cuyo resultado es la dificultad de disminuir el malestar reinante, entre otros.

Desde mi perspectiva, significa que el malestar freudiano en la cultura implica la promesa de que las renunciaciones pulsionales son el coste para alcanzar otros beneficios que prometen ayudar a lograr la felicidad, opuesto a lo que sucede con el malestar sobrante. Esta situación se hace evidente en el hecho de que los hijos han dejado de ser depositarios de un mejor porvenir. El llamado malestar sobrante golpea a los individuos, nos marca, incluso desde antes de haber nacido y de manera transgeneracional, y se manifiesta tarde o temprano. Cabe preguntarnos si podemos considerar que hay algo de esto en la génesis de las toxicomanías; algo silenciado pero transmitido imperceptible e in-intencionalmente, aunado a lo singular y lo social. Es decir, si se trata de una estructura, de ciertas condiciones psíquicas singulares o de un "punto de quiebre" que, posiblemente, remitiría a un origen traumático, del cual el psiquismo no tiene registros. Propongo poner el foco en los aspectos arcaicos que podrían haber coadyuvado en la "locura" especial de los toxicómanos, como "portamalestar" de una cadena que los precede.¹⁷²

Por otra parte, en lo relativo a la clínica, cabe repensar si estamos tratando con nuevas entidades gnoseográficas o con variaciones de las clásicas que van de la mano de las subjetividades que modelan las instancias del psiquismo, que dependen del contacto con la realidad –yo y *superyó*– y que están relacionadas con las significaciones imaginarias sociales. Además, si partimos de la idea de que la subjetividad nos atraviesa a todos, podemos considerar como uno de los puntos más interesantes que las características exacerbadas en los sujetos toxicómanos se encuentran –en diferente medida– en la mayoría de los que llegan al consultorio hoy en día.

Cabría también la pregunta sobre las personas que desarrollan conductas adictivas a partir de la ingesta de medicamentos o como efecto de las guerras. Esta se convierte en una interrogante fundamental para detectar la relación de las adicciones con malestares más leves o más profundos– insomnios, dolores físicos crónicos, traumas, etcétera–. Podría parecer una pregunta ociosa, si no fuera por su aplicación práctica relacionada con las demandas reales a los clínicos; al cuestionarnos si se trata de una predisposición endógena o por rupturas en la realidad, lo que buscamos es eliminar toda iatrogenia.

171. Silvia Bleichmar, "Acerca del malestar sobrante", en *Topía, un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura*, 1997. Consultado en <https://www.topia.com.ar/articulos/acerca-del-malestar-sobrante>

172. Estas breves reflexiones derivan en la necesidad de profundizar en la investigación del malestar sobrante y significaciones imaginarias sociales y la insignificancia (Castoriadis, 1989), para complementar los conceptos clásicos psicoanalíticos y ajustarlos más a las necesidades de la época.

A pesar de la complejidad del fenómeno de las toxicomanías que estamos analizando, espero haber enfatizado suficientemente lo señalado por Freud en *La interpretación de los sueños*,¹⁷³ cuando dijo que todo acto es pleno de sentido. Es menester salir del pensamiento causalista y eliminar el peso de las etiquetas –como los diagnósticos clínicos, estructurales e, inclusive, el título de *adictos inactivos*–¹⁷⁴, así como la visión moralista. Sólo de esta forma podríamos empezar a plantearnos la posibilidad de una “cura”. Aunque aquí estaríamos entrando en otro embrollo porque tendríamos que preguntarnos qué es la cura de las toxicomanías o incluso cuáles son nuestros conceptos de salud y enfermedad.

173. Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños” (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 4, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1900 [1889]).

174. Término que, como ya se mencionó, se utiliza en la comunidad terapéutica para definir a los jóvenes que han completado su tratamiento “satisfactoriamente” y no han “recaído”, es decir, no han vuelto a consumir drogas. Por lo que pude analizar, esta etiqueta se instala como una nueva identidad y tiene un peso enorme para estos sujetos que viven con la zozobra de volverse adictos a cualquier otra cosa –esto se les advierte al salir de la comunidad–, con el miedo a recaer, con la culpa de lo que fueron y son, e intentando siempre expiarla, tanto con ellos mismos como con sus seres queridos. Esta amenaza constante de que en cualquier momento, dadas las condiciones, pueden reincidir, aunada a la función estructurante y contenedora de la institución en sí, puede generar cierta adicción a la misma comunidad terapéutica, es a lo que me refiero con iatrogenia. Sobre este material podríamos hacer interpretaciones más profundas y extensas; sin embargo, excede mi objetivo en el presente texto.

IV

Psicoanálisis de las toxicomanías

*Cuando uno deja de crecer, empieza a morir.
Un adicto nunca deja de crecer.
Burroughs¹⁷⁵*

Si bien este trabajo no es en lo absoluto una exposición de técnicas de intervención y tratamiento de las toxicomanías, resulta fundamental mencionar algunas características de naturaleza psíquica que desde mi punto de vista están íntimamente vinculadas con las condiciones sociales de la actualidad. Para ello, continuaré usando algunas viñetas clínicas que, a pesar de formar parte de discursos de diferentes sujetos, narran malestares que incluyen la incidencia de otros factores,¹⁷⁶ pero van más allá de su singularidad. Esto me lleva a proponer una reflexión sobre la posibilidad de que se trate de una tendencia latente o de que se manifiesta de diversos modos y en diferentes magnitudes en todos los sujetos contemporáneos, no exclusivamente en los toxicómanos.

Como ya hemos visto, el discurso social incide en los estados subjetivos de maneras específicas en cada periodo histórico-social, comprometiendo las relaciones entre el inconsciente y el yo, de forma que estamos en gran medida determinados por nuestro inconsciente y a partir de la inserción en una sociedad.¹⁷⁷ No obstante, a pesar de que nos insertamos en una realidad que nos precede, entablamos con ella un proceso transaccional; esto es, no somos simples receptores, sino también procesadores y generadores. La interpretamos desde una condición deseante singular, basada en nuestra estructuración psíquica.

Abonando a lo anterior, existen diferentes orientaciones en el campo psicoanalítico, así como diversas posturas respecto de las toxicomanías. Yo he decidido partir de lo que Sigmund Freud dijo sobre el tema, aunque son pocos los textos en los que hizo referencia explícita y específica a las adicciones; posteriormente incluiré lo que plantearon algunos autores postfreudianos, quienes sí profundizaron en el estudio de dicho fenómeno.

En el primer párrafo de la carta 79 a Fliess, Freud escribió: "[...] se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito que cabe

175. W. Burroughs, *op. cit.*, p. 21.

176. Esto es sin menospreciar las particularidades y vulnerabilidades de cada sujeto, aunque aquí no me enfocaré en eso.

177. Yago Franco, "Subjetividad: lo que el mercado se llevó (Una perspectiva desde el pensamiento de Cornelius Castoriadis)", en *Revista de debate y crítica marxista Herramienta*, núm., 12, 4, 2000. Consultado en <https://www.herramienta.com.ar/articulo.php?id=857>

designar 'adicción primordial', y las otras adicciones sólo cobran vida como sustitutos y relevos de aquella";¹⁷⁸ con esta declaración inaugura el pensamiento psicoanalítico sobre las adicciones, remontando su génesis a etapas primitivas del desarrollo, en relación con la sexualidad y el narcisismo. Por otro lado, en *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor I)*, Freud contrastó la relación del amante con el objeto sexual, con la del bebedor de vino con el vino.

A partir de estas dos afirmaciones puedo pensar que Freud consideró las toxicomanías como actos onanísticos y compulsivos, que se asocian con las etapas primitivas del desarrollo psicosexual y sus vínculos con los objetos de amor. Más adelante se sumó al tema la dificultad humana de enfrentarse a la vida, a la incertidumbre y la falta; y se preguntó "¿qué es lo que los seres humanos mismos dejan discernir, por su conducta, como fin y propósito de su vida?, ¿qué es lo que exigen de ella, lo que en ella quieren alcanzar?";¹⁷⁹ respondió que lo que se busca es la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla, lo cual implica la meta negativa de ausencia de dolor y de displacer, aunada a la positiva de vivenciar sentimientos placenteros.

Estas aspiraciones se ven impedidas por el hecho de que el yo recibe amenazas de sufrimiento desde tres distintas fuentes: el mundo exterior, el propio cuerpo y los vínculos con otros seres humanos; tal sufrimiento genera la necesidad de ciertos calmantes, los "quitapenas", entre los que Freud distinguió poderosas distracciones, satisfacciones sustitutivas y sustancias embriagadoras.

Así, la felicidad correspondería a la satisfacción de las pulsiones, que la sociedad sólo permite atender de manera parcial o sustitutiva porque, como ya hemos visto, la contradicción entre pulsiones y cultura es inevitable; sin embargo, las formas del conflicto, los contenidos precisos de las represiones y las maneras de administrar el malestar se han modificado. Freud abrió el camino para el estudio concreto de cada época y de la forma en que cada discurso social promueve la utilización de determinados "quitapenas", imprescindibles para soportar los dolores que trae la imposición de la vida, que hacen posible que los sujetos nos sustraigamos de la realidad y nos refugiamos en un mundo propio, el cual, ilusoriamente, ofrecería mejores condiciones.

El punto de vista freudiano sobre las adicciones está fundado sobre este axioma: la vida, en razón de las penas, decepciones, dificultades, privaciones, imposiciones e imposibilidades con las que confronta a las personas, es insoportable¹⁸⁰ y, por ende, es necesario que nos procuremos posibilidades de dicha por medios externos. Si pensamos la felicidad¹⁸¹ en términos freudianos, como determinada por el principio del placer –lo cual la haría irrealizable–,

178. Sigmund Freud, "Carta 79" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 1, J. Starchey (ed.), Buenos Aires: Amorrortu, 1992 (original publicado en 1897), p. 314.

179. S. Freud, *op. cit.*, 1992 (original publicado en 1930 [1929]), p. 76.

180. S. Askofaré y M. Sauret, "La toxicomanie: perspective psychanalytique, sexualité et discours", en *Filigiane*, vol. 1, núm. 7, 1998, pp. 66-80.

181. En un principio Freud plantea que la felicidad está determinada por el principio del placer, pero, más adelante, la relaciona con un "más allá", con la seducción tanática de retorno al estado inerte.

¿qué implica la felicidad en la sociedad actual? Considero muy posible, basándome en lo descrito anteriormente, que está asociada al consumo, la satisfacción inmediata y la búsqueda continua de la plenitud; entonces, ¿cuáles son los calmantes más adecuados para alcanzarla? Freud declaró que el método más tosco, pero más eficaz, es la intoxicación con sustancias. Éstas influyen en el cuerpo y lo perturban a nivel químico. Cuando el individuo toxicómano las consume, el yo se disuelve en la experiencia de la intoxicación, satisfaciendo la aspiración de alterar el mundo exterior sin intervenir en él –omnipotencia–, las fijaciones de metas sexuales infantiles –pregenitales– y la defensa contra la amenaza de castración.

Los efectos depresivos (analgésicos y sedantes, hipnóticos y narcóticos que alivian el dolor) y maníacos (estimulantes y productores de euforia que promueven o generan el placer) de las sustancias psicoactivas sirven, según Sandor Rado,¹⁸² al principio del placer, aunque sea de manera paradójica. Más adelante tocaré el tema con más detalle.

Asimismo, Freud equiparó el hecho de encontrarse bajo el influjo de las drogas con el sentimiento “oceánico”¹⁸³ característico de la actitud religiosa, cuya función es paliar la sensación de desvalimiento infantil. Cabe señalar que la religión¹⁸⁴ y los tóxicos poseen un efecto similar: hacer soportable la vida y brindar cierta identidad, pero estos últimos tienen la particularidad de actuar en el lugar mismo del placer y el displacer, el cuerpo. De esta manera, los sujetos que los consumen se anestesian, se vuelven insensibles corporalmente al sufrimiento y al dolor.

Posiblemente, el adicto constituye la realización de la promesa estructurante del mercado y sus subjetividades –caracterizados por explotar la dimensión deseante de los sujetos. Se trata de una respuesta (hiper)adaptada al discurso social, mediante la cual los sujetos pueden disminuir los conflictos generados por las tres fuentes de displacer. La droga cumple una doble función, consigue los fines que propone la cultura y apacigua el sufrimiento del sujeto.

Actualmente, la toxicomanía es una respuesta siempre latente que se activa cuando la disparan condiciones particulares, como sentimientos de desamparo, frustración, soledad, escepticismo, desasosiego, etcétera, que propician una exacerbación del desvalimiento y la falta inherentes a la condición humana, acentuando la necesidad de calmantes, según pone en evidencia el constante aumento de las adicciones.

Por otra parte, la relación que los sujetos tenemos con el sufrimiento también ha cambiado¹⁸⁵ y la línea que separa el “drogarse” del “curarse” se ha

182. Sandor Rado, “Los efectos psíquicos de los intoxicantes: un intento de desarrollar una teoría psicoanalítica de los deseos morbosos”, en *Pharmakon*, Bolivia, Plural, 1998 (original publicado en 1926), pp. 71-86.

183. Regresiones a estados antiguos de la vida anímica.

184. Podríamos comprender mejor la relación entre religión y consumo de drogas en la actualidad, asociándolos con la idea de la modernidad tardía, según la cual al fallar el relato religioso –uno de los Grandes Relatos de la modernidad– facilitador de estos sentimientos oceánicos, la droga, para los toxicómanos, podría ser un sustituto de Dios como soporte del ser.

185. Aunado al hecho de que el consumo de drogas ya no es un bien de lujo y constituye un elemento

vuelto muy difusa, haciendo posible tratar al psiquismo mediante el cuerpo, como un miembro fantasma que duele.

Como podemos apreciar, en los estudios postfreudianos sobre las toxicomanías existen rasgos que se repiten con regularidad y consistencia. Por ejemplo, Leon Wurmser¹⁸⁶ señaló que la convergencia de defecto masivo de la defensa contra el afecto –baja tolerancia a la frustración–, defectos en la formación de valor personal –fallas en el narcisismo primario–, la falta de simbolización o hiposimbolización, la búsqueda desesperada de un sustituto del objeto con el cual identificarse e introyectarlo, intensas cualidades auto-destructivas –repetición y pulsión de muerte– y la búsqueda de gratificación regresiva –repliegue narcisista– forman la predisposición para las toxicomanías. Por su parte, Bergeret y Jounet¹⁸⁷ y Bergeret¹⁸⁸ destacaron que se trata de personalidades inmaduras, ansiosas e insatisfechas, enteramente dependientes de otros, donde la melancolía, la regresión pulsional, la debilidad yoica y la falta de confianza en sí son rasgos definitorios. Sylvie Le Poulichet concordó con ellos y agregó la ausencia o insuficiencia notoria de secundarización genital.

Además, entre los sentimientos que se han detectado con frecuencia en los toxicómanos podemos encontrar ira, vergüenza (producto de una decepción del limitado yo y el grandioso ideal del yo), dolor, soledad, sentimientos de vacío, insignificancia, rechazo, abandono, aislamiento, frustración y aburrimiento, que podemos leer como deslibidinización del mundo exterior. También es común que existan intensos sentimientos de venganza y timidez casi paranoica, cuyo ímpetu evoca angustia. Estos sentimientos se presentan, por lo general, previo al uso de drogas, que funcionan como un alivio externo a necesidades internas. Por ejemplo:

[...] me sentía menos, me sentía incapaz. Todas estas cosas que se fueron formando desde atrás. Este sentido de inferioridad que hasta cierto punto se me fue generando, que en la secundaria se agudizó y que no pude trabajar. Y en lugar de trabajarlo [en terapia], de enfrentarlo, pues... encontré la droga. Que como que quitaba eso un poco y me daba cierta seguridad, me daba respeto, según yo. Dentro de mi locura. Entonces... pues cuando empiezo a tocar todos estos temas a mí me daba hasta vergüenza [...] Entonces me causaba mucha vergüenza, pues como falta de sentirme hombre.

Aquí cabe considerar, además de lo señalado previamente, la cuestión de la masculinidad, que si bien no forma parte de los objetivos de este estudio, es un tema recurrente y, al parecer, de gran importancia en la instalación de la toxicomanía. Asimismo, podemos retomar que en el modelo capitalista, el tener se constituye en el soporte del ser; entonces estas pérdidas materiales y

esencial de la formación del mundo centrado en el placer, debido a que el mercado considera al cuerpo como un dispositivo enteramente deseante, estimulado y medicado.

186. Leon Wurmser, "Psychoanalytic considerations of the etiology of compulsive drug use", en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol. 22, núm. 4, 1974, pp. 820-843.

187. En S. Le Poulichet, *op. cit.*,

188. En J. Pages-Berthier, "Psychanalyse et toxicomanie", en *Revue toxibase*, vol. 2, núm. 93, 1993, pp. 1-16.

económicas, que redundan en pérdidas sociales, también se viven como pérdidas a nivel yoico.

La droga puede ser concebida como una solución para evadir los dolores y penas de la existencia, así como el peligro que implican los vínculos, desviándose a una sustancia inerte que cumple una función económica mediante la satisfacción inmediata e independiente del mundo exterior, aunque la falla no quede subsanada por la droga. Además, es importante señalar la importancia fundamental de la imagen para el modelo hegemónico en esta época de crisis de representaciones o del proceso de simbolización, cuando lo concreto, lo visual, adquiere más relevancia que lo sustancial. El "envase" es más importante que el contenido y para ser, además de tener, hay que parecer. Esta exigencia también sumerge a los sujetos en la autoexplotación y el aislamiento, propiciando pasividad y conformidad; personas ideales para el mercado, como podemos interpretar a continuación:

De por sí yo era una persona insegura y llegaba a que me marcaran mis errores. Puta madre... que por qué estaba gordo, que de hecho hasta ahorita me cuesta un chingo de trabajo subir una foto al Facebook mía [...] No me gusta mi cuerpo [...] Que hay veces que me veo al espejo y digo "No, pues no, no soy feo". Pero hay veces en las que me veo mal, no me gusta, no sé [...] Pues quisiera ser... tener cuerpo, más que nada, no cambiaría mi cara, pero quisiera tener cuerpo.

En contraste, si el sujeto neoliberal no forma parte de la cadena de producción-consumo queda fuera del sistema y no tiene quién lo sostenga; es condenado a la expulsión, empeorando los sentimientos de abandono y desvalimiento, la ausencia de significados que guíen su vida.

Y sí sentía frustración [...], la neta me sentía inservible. La neta me sentía bien parásito. Tenía amigos que ya estaban trabajando, que ya estaban haciendo cosas productivas, y yo todavía ahí con la misma, con la misma carita de 15-16 años, de que me seguiría enfiestando siempre. En realidad, nunca hacía nada productivo. Entonces sí me frustraba un chingo esa madre.

Con el fragmento anterior podemos vislumbrar, entre otras cosas, el dolor de la masculinidad, el dolor de la apariencia, el dolor de la exigencia y la competitividad que estas viñetas denuncian y que, de alguna manera, por la fuerza con la que irrumpen y demás susceptibilidades en las que impactan, se aunaron al dispositivo de la toxicomanía, caracterizado principalmente por ser paradójico y ambivalente. Por ello, para acercarnos a una comprensión de aquellos sujetos con toxicomanías y pensar los posibles tratamientos desde una perspectiva metapsicológica, pienso la necesidad de identificar algunos conceptos propios del psicoanálisis que nos sirvan de puente entre ambos registros.

En el capítulo anterior establecí los planteamientos fundamentales –*El malestar en la cultura*, las series complementarias y la subjetividad– para comenzar nuestra reflexión sobre los individuos contemporáneos y repensar otros conceptos que puedan ayudarnos a analizar algunas de las características psíquicas que se están reproduciendo para asegurar la continuidad del modelo hegemónico, razón por la cual decidí tomar el consumo de drogas y la violencia

como características siempre presentes en los sujetos, no exclusivamente en los considerados "adictos". A continuación, expondré los rasgos psíquicos que, por convergencia, recurrencia o repetición, me dieron indicios de formar parte no sólo de las personas cuyos discursos hemos tomado como ejemplo, sino para pensar la subjetividad actual.¹⁸⁹

Identificación

Laplanche y Pontalis definieron la identificación¹⁹⁰ como un proceso psicológico mediante el cual alguien asimila un aspecto o atributo de otro sujeto y se transforma –total o parcialmente– sobre este modelo. Asimismo, señalaron que para Freud la especial importancia de la identificación radica en que es la operación por la cual se constituye el sujeto humano, observando que pueden coexistir varias identificaciones, es decir, una "pluralidad de personas psíquicas"; así, la personalidad se erige y se diferencia mediante una serie de identificaciones.

La segunda teoría del aparato psíquico –*ello, yo y superyó*– enriqueció y resaltó la importancia del concepto de identificación, ya que las instancias de la persona ya no se describen únicamente en términos del sistema donde están inscritas, sino también como restos de diversos tipos de relaciones de objeto. Además, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud distinguió tres modos de identificación: a) como forma originaria de lazo afectivo con el objeto, se trata de una identificación preedípica marcada por la relación canibalística y ambivalente; b) como un sustituto regresivo de una elección objetal abandonada; y c) en ausencia de toda catexis sexual del otro, el sujeto puede identificar a éste en la medida en que tienen un elemento en común.¹⁹¹ Entonces, consideramos la identificación como la primera forma de vínculo afectivo que desarrolla el sujeto y la vía para constituirse como tal.

Podemos inferir que en los sujetos toxicómanos existen, con cierta frecuencia, dificultades en este proceso; es posible que las imagos¹⁹² identifica-

66

66

189. Cabe aclarar que se podrían hacer muchas lecturas de los fragmentos que estamos tomando para ilustrar, sobre todo en términos individuales; sin embargo, al menos en este texto quiero enfocarme en los aspectos más sociales.

190. Freud propuso la existencia de distintos tipos de identificación (J. Laplanche y J. B. Pontalis, *op. cit.*):

a) Acto en virtud del cual un individuo se vuelve idéntico a otro, como una sustitución de una imagen por otra por "identificación", como sucede en el trabajo del sueño.

b) En relación con el concepto de incorporación oral, cuya función podemos notar en la melancolía; se refiere a cosas, confundiendo la relación con el objeto en el que se encarna.

c) Se establece también el concepto de narcisismo, que enlaza la elección objetal narcisista con la identificación.

191. Cabe destacar que el ideal del yo se forma por identificación con ideales culturales, los cuales no siempre se hallan en armonía entre sí. Por otra parte, existe también una identificación recíproca de los individuos de un grupo, donde el líder reemplaza el ideal del yo de los miembros. Estos pueden instaurarse modelos identificatorios, que proporciona una clara señal de identidad personal determinada, en gran medida, sociocultural e históricamente.

192. Se trata de prototipos inconscientes de personajes que orientan electivamente la forma en que el sujeto aprehende a los demás; se elabora a partir de las primeras relaciones intersubjetivas reales

torias no hayan sido lo suficientemente estables y buenas, y tal decepción con el objeto tiene como una de sus consecuencias la concomitante decepción del propio yo.

En este sentido, Jean Bergeret señaló que en las adicciones las carencias en el proceso identificatorio ocasionan características comunes con la depresión, en donde la droga representa un objeto persecutorio que debe ser incorporado concretamente para llevar a cabo una especie de identificación, hasta cierto punto artificial, con esos objetos malos y destructivos. Incluso el término "dependencia de drogas" remite a un nexo arcaico y pasivo en el que todo se espera del objeto, al cual se busca incorporar vorazmente.¹⁹³

Por su parte, Gutton¹⁹⁴ indicó que las tentativas frenéticas y compulsivas del consumo de drogas pueden ser entendidas como prácticas de incorporación y que se trata de una dependencia a nivel de la identificación. Esta reflexión recae sobre la concepción de que es posible que el consumo de sustancias opere como tentativa de recuperar al objeto perdido, con el cual el yo estaba identificado de una u otra manera y es necesario introyectarlo, poseerlo omnipotentemente y fundirse con él. Es entonces cuando el efecto de las drogas, que se deben ingerir de forma voluntaria, ayuda a remediar la pequeñez y desvalimiento yoicos. Personalmente, pensaría que Gutton cae en una contradicción al decir que si hay identificación el sujeto "es" el objeto, y considero que se refiere más bien a una falla de la identificación que hace necesario "tragarse" al objeto.

Podemos reflexionar sobre la relación que existe entre el proceso identificatorio y las relaciones con el objeto de amor de algunos sujetos toxicómanos. Es común que rupturas o conflictos en estos vínculos conduzcan a periodos de consumo exacerbado, e incluso a conductas que podrían ser calificadas de "adicción al sexo",¹⁹⁵ como tentativas de poseer —a la pareja como a la droga— y acceder a una realidad "alterna" en la que recupera el narcisismo perdido para poder aferrarse a la vida:

[...] siempre pasaba lo mismo de que cortaba [con la pareja] y decía: "No, pues ya..." y me ponía unos loqueros de muchos días y, en consecuencia, de eso, me internaban. Nada más que la última sí duré bastante tiempo, o sea, ya bien recio. Fue cuando empecé a consumir heroína, entonces ya las cosas cambiaron. Todo cambió.

Parece ser que el objeto perdido es más bien el que nunca estuvo y si nunca estuvo —simbólicamente—, ¿cómo podía constituirse un yo estable si no es a través de estos intentos artificiales de obtenerlo? Aparentemente la droga no es un objeto, sino parte del yo que no fue facilitado por el objeto. Esto nos daría elementos para pensar en la labilidad yoica.¹⁹⁶

y fantaseadas del ambiente familiar (Laplanche y Pontalis, *op. cit.*).

193. O puede leerse con el concepto de identificación proyectiva de Melanie Klein.

194. 1984, en J. Pages-Berthier, *op. cit.*

195. Esto lo señalo porque en los centros dedicados a la rehabilitación y comunidades terapéuticas, es común que se les diga a los pacientes que por un período después de ser "dados de alta", está prohibido tener relaciones afectivas y sexuales, por el riesgo de sustituir una adicción por otra.

196. Este concepto se refiere al predominio de operaciones primitivas de defensa, a la falta de control sobre los impulsos y tendencias a la actuación, intolerancia a la frustración y la ansiedad que induce

Podemos considerar que los conflictos primitivos están relacionados con frustraciones reales y con lo descrito sobre la subjetividad actual.¹⁹⁷ Asimismo, hay elementos para inferir que la identificación ha sido obstaculizada por la abdicación de los padres, o por incongruencias de los mismos –figuras maternas permisivas, consentidoras y que inutilizan a sus hijos; o figuras paternas exigentes, punitivas, sádicas o ausentes–, por lo cual no son referentes estables para la organización psíquica de los jóvenes. Además, el placer del tóxico, donde la oralidad juega un rol fundamental, es autoerótico, en el cual las prácticas onanísticas y orgiásticas, y la mezcla del éxtasis y desprecio nos recuerdan al fetichismo. Así, la erotización y la agresividad se ven fusionadas, en concordancia con los aspectos sádicos más primitivos. Los toxicómanos describen a la droga como la que los habilitaba para hacer las cosas que “normalmente” no podían hacer: no tener miedo, atreverse, ser fuertes, capaces, hábiles, etcétera; en especial en lo que respecta a relacionarse con las mujeres o en pleitos con otros hombres.

Generalmente soy introvertido. Por ejemplo, si conozco a una mujer, si estuviera drogado o alcoholizado, de volada, o sea no tengo en ese momento el miedo al rechazo. Cosas que yo dudaría de mí, por ejemplo, o que no me atrevería a hacer, siempre las hacía. Por ejemplo, en esos momentos que empecé a consumir todo eso me hice bien peleonero.

Por otra parte, las dificultades en el proceso identificatorio por presencia de objetos que no fueron suficientemente buenos y estables para ser introyectados, aunadas a otros conflictos –principalmente relacionados con violencia–, pueden reaparecer fantasmáticamente bajo el efecto de la droga, en episodios de “delirios de persecución” y “paranoia”. Así, la utilización de drogas podría ser entendida como un reforzador de las defensas contra la angustia persecutiva y las pulsiones sádicas.

Pero eso no es lo peor, lo peor es lo que viene después, la sensación de paranoia. Esa sensación es lo más feo que he vivido en mi vida. Ni cuando estuvieron a punto de matarme, ni cuando tuve las pistolas, ni cuando me madrearon, sentí eso [...] Esa sensación de que hay gente siguiéndote, de que hay gente debajo de la cama, de que tienes cámaras en los zapatos, que debajo de la cama tienes cámaras grabándote, en los zapatos, de que hay cámaras atrás del espejo para bañarse, de que en las ventanas ya te están observando, de que debajo de la puerta va a salir alguien, de que atrás de ti, de que todos conspiran a tu alrededor.

Además, en esta queja paranoica, como sostuvo Freud, se muestra también que la autocrítica de la conciencia moral coincide con esa observación de sí, sobre la cual se edifica la instancia superyoica. En la actualidad se presenta bajo la forma de imperativos de celebridad y de éxito que, de no realizar-

a la regresión, al insuficiente desarrollo de canales de sublimación, propensión al pensamiento del proceso, debilitamiento de la prueba de realidad y de la capacidad de discriminar entre fenómenos intrapsíquicos y la realidad externa (O. Kernberg, *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*, México, Paidós, 1979).

197. Quizás debería haber explorado más los conflictos arcaicos, relativos a mitos familiares en torno a situaciones de dependencia, violencia y carencias muy graves de sus ascendientes.

se, pueden desencadenar críticas implacables contra el yo; de este modo se explicaría la fascinación de muchos jóvenes con figuras reconocidas que los animan a identificarse con "estrellas" y a odiar el "borreguismo".¹⁹⁸ Esto queda claro al repensar los pseudónimos elegidos por los entrevistados.

Pero mucho de estas voces fueron las que tal vez de chico internalicé, de adolescente y de niño internalicé. Que "eres un pendejo, que no vales, que puto" [...] Entonces, yo digo que viene mucho de ahí, desde mi abuela, créeme que de ahí viene gran parte de esta exigencia, como nunca me reconoció las cosas buenas [...].

En el caso de estos muchachos la pregunta es si existe una cierta labilidad del yo relacionada con la dependencia, y qué tipo de identificación establecen. La relevancia del tema está en que la posibilidad de que ellos modifiquen la toxicomanía también pasa porque puedan establecer identificaciones que los ayuden en ese proceso, sean grupales –una terapia más frecuente y/o adecuada que facilite las transferencias centrales y laterales– o con imagos parentales más protectoras. En este punto cobra relevancia el papel de los modelos identificatorios, que son aquellos que sirven a los sujetos para formar una identidad, a pesar de las frustraciones reales, heridas narcisistas tempranas y la des-subjetivación.

Yago Franco afirmó que la característica central de la época actual es el apagamiento del proyecto social y el ascenso de la sociedad de consumo, lo que Castoriadis llamó insignificancia del sujeto. Ya no tenemos ninguna señal para orientarnos en la vida, las actividades carecen de significado, excepto ganar más dinero para consumir más; los objetivos colectivos han desaparecido y cada uno queda reducido a la existencia privada y aislada. Si bien estos modelos proveen al sujeto de un proyecto, es decir, indican cuál es su lugar y función en el mundo, el sentido y su participación en la sociedad, éste es siempre provisional, son identidades transitorias que hay que adquirir constantemente, o sea, son inalcanzables. En relación a los sujetos cuyas narrativas nos sirven de ejemplo, quizás se sentían tan débiles y lacerados que necesitaron modelos identificatorios muy fuertes, hiperviolentos e hipermasculinos.

69

69

Narciso melancolizado y el dominio de Tánatos

El término "narcisismo" deriva del mito de Narciso y fue inicialmente utilizado por Freud para explicar la elección de objeto en los homosexuales; sin embargo, posteriormente lo pensó como una fase del desarrollo psicosexual, entre el autoerotismo y el amor objetal. Tiene que ver con considerarse a sí mismo como único objeto sexual.

Debo destacar que aunque no existe en psicoanálisis sólo una concepción del narcisismo, para pensar el fenómeno de las toxicomanías tomaremos las ideas de narcisismo primario y secundario de Freud: el primero se refiere a un estado precoz en que el niño catectiza toda su libido sobre sí mismo; en

198. G. Lipovetsky, *op. cit.*

cambio, el segundo designa una vuelta de la libido sobre el *yo*, la cual fue retirada de sus catexias objetales.

A mi parecer, en las toxicomanías los sujetos sufren una regresión transitoria de la libido a un estado de narcisismo primitivo con satisfacción alucinatoria de deseos; ocurre algo que podríamos denominar desexualización, ya que la libido se retira de los objetos del mundo exterior y se deposita en el propio *yo*. Resulta entonces más comprensible que muchos toxicómanos ya no se interesen por sus vínculos ni por sus propias necesidades –o, más bien, la sexualidad y el hambre dejan de serlo–. La dimensión de la alteridad se ve neutralizada, por ello la conexión de la toxicomanía con conflictos narcisísticos es más evidente que los problemas vinculares.

Lo que sucede en ambos casos es que los objetos de satisfacción habitual de estas necesidades se deslibidinizan. La comida pasa a ser un recurso de mera sobrevivencia, que no brinda ninguna satisfacción por sí mismo, mientras que el erotismo pierde la potencia necesaria para desarrollarse sólidamente.

Lipovetsky aseguró que el Narciso contemporáneo, en constante búsqueda de sí mismo y obsesionado con esta idea, es propenso a desfallecer en cualquier momento ante las adversidades; además, en la novela de la actualidad todos los personajes se sienten igualmente solos, pero la trama no puede reducirse a un drama personal.

Si bien el tema de vínculo con la droga puede llevar a su comparación con el nexo que los sujetos toxicómanos establecen con el resto del mundo, la generalización resulta un terreno pantanoso, porque siempre debemos definir cada caso. En este momento no es fácil determinar situaciones comunes y generalizables, pero creo que es válido preguntarnos si el consumo podría ser considerado una modalidad de enlace y, asimismo, si las drogas fungen como medio o como objeto. También debemos tener en cuenta que la regresión implica una vuelta a cierto nivel de indiferenciación o indistinción afectiva y, en ese caso, si se producen conductas que generalmente pueden interpretarse como homosexuales, eso no implica una homosexualidad activa, ni siquiera estructural o latente. El sujeto no se identifica a sí mismo como homosexual y las conductas de ese tipo no suelen ser repetitivas o constantes; es decir, en este juego de qué es lo libidinizado y lo deslibidinizado hay muchas alternativas o posibilidades y también vale decir que es un tema minado por los prejuicios sociales, a los cuales los investigadores no pueden garantizar ser ajenos.

Afirmaciones como “[...] *si no había sustancias, si no había droga, no podía estar bien. No podía yo, se escucha raro, pero no podía vivir bien. Vivir bien, vivir a gusto, vivir*”, parecen ser comunes en estos sujetos cuyas vidas caracterizadas por la inestabilidad y la invisibilidad no les permiten libidinizar objetos, ya que ellos mismos no fueron libidinizados. Las defensas narcisistas probablemente se instauraron como respuesta a una falla fundamental en la estima de sí mismos, en la estructuración de la identidad y en una abismal distancia entre el *yo* y el ideal del *yo*.

Leon Wurmser explicó que este subyacente conflicto narcisista se moviliza por lo general en la adolescencia, desatado por eventos externos que ponen en acción ansiedades primitivas, iras y demandas narcisistas, cuyos

afectos concomitantes irrumpen con tan sobrecogedora fuerza que no puede ser afrontada sin la ayuda de una defensa artificial constituida por el tóxico. Por definición, la "crisis narcisista" implica una intensa decepción del otro, de sí mismo, o de ambos. Esta expresión la pone de manifiesto:

Yo vengo de una familia funcional, se puede decir "funcional". Mi papá no toma, no se droga; mi mamá tampoco. Nunca los he visto borrachos, nada. Yo desde chico he sido muy hiperactivo, mis hermanos han sido todo lo contrario, muy estudiosos, muy aplicados. Entonces yo siento que desde ese punto empezó a haber un desequilibrio, empezó a haber problemas conmigo. Pues porque llegó un momento que yo no quería estar en mi casa, siempre me regañaban a mí, siempre me castigaban a mí. Por lo mismo de que salía mal en la escuela, yo siempre era el problema. Como que eso me empezó a quitar el sentido de pertenencia.

Partiendo del presupuesto de que en los sujetos con toxicomanías es muy posible que haya dificultades en los procesos identificatorios y heridas narcisistas tempranas y profundas, podemos pensar que las personas de la familia tomadas como objetos identificatorios no facilitaron su instauración posterior como ideales del yo. Esta es una hipótesis respecto al mecanismo por el cual fracasaron en desplazar su libido hacia una estructura psíquica lo suficientemente estable.

Abundando en lo anterior, podemos agregar que los ideales del yo de estos individuos tienen una característica pasiva-receptiva, de forma que cualquier objeto puede funcionar como modelo; se trata de ideales fantasiosos que incluyen el sello del discurso social y, por definición, son imposibles de alcanzar.

Desde la teoría, la génesis de esta manera de relacionarse con los ideales suele leerse como fijaciones en la etapa anal, posicionándose como sujetos feminizados, es decir pasivos, e implica altos montos de libido homosexual, la cual se manifiesta, por ejemplo, en la idealización de las figuras paternas. Además, es necesario que tomemos en consideración las formas en las que intentan denegar la castración –la propia y la de las mujeres–, así como su relación con prácticas violentas.¹⁹⁹

199. Silvia Bleichmar (*op. cit.*, 2006) se planteó algunas vicisitudes con respecto a la sexualidad masculina que cabe mencionar, precisamente porque encontramos que, habitualmente, la construcción de la masculinidad tiene especial importancia en el origen de la toxicomanía. En este trabajo no profundizaré en ello, pero dejo abierta la posibilidad para futuros desarrollos. La autora combinó los saberes populares y el conocimiento psicoanalítico al señalar que comúnmente se asume que al tener pene, la sexualidad es menos conflictiva, porque las mujeres tenemos que enfrentarnos a la castración. Al criticar esta concepción, señala que, en realidad, la falta es inherente a la relación con el otro, y no sólo como una consecuencia de la castración; la asimetría –sexual y simbólica– entre el niño y el adulto posiciona al primero en un estado de vulnerabilidad, dependencia y pasividad inevitables, y propone el concepto de "perversión" como una ética del semejante, en la que éste se transforma en objeto. En tal sentido, Bleichmar asegura que el psicoanálisis estaría en deuda con los hombres. En contraste, algunos autores que he citado plantearon una relación entre las toxicomanías y tendencias homosexuales que se lucha por mantener inconscientes, pero Bleichmar menciona que no se deben confundir "fantasías de masculinización" con "fantasías homosexuales" –puede haber "mociones" inconscientes, sin que necesariamente el sujeto "sea", porque el inconsciente no conoce la disyuntiva hetero/homo–. Yo me preguntaría: ¿se trata de homosexualidad latente o indefinición, relacionada con los déficits identificatorios y las significaciones imaginarias sociales de la

Entonces, es posible considerar que la droga funge como medio para alcanzar el ideal del yo y la satisfacción pulsional del *ello*, mediante algo que sacia imaginariamente, en concordancia con el discurso del mercado capitalista desarrollado. Ya que en *El malestar en la cultura* Freud (1930 [1929]/1992) se refiere a la búsqueda de satisfacción absoluta e inmediata siempre frustrada, pero si seguimos a Byung-Chul Han, "la técnica de poder del régimen neoliberal adopta una forma sutil. No se apodera directamente del individuo; por el contrario, se ocupa de que éste actúe de modo tal que reproduzca por sí mismo el entramado de dominación que es interpretado por él como libertad";²⁰⁰ así, el consumo no se reprime, se maximiza.

La dimensión narcisista de las toxicomanías es un tema bastante abordado por los psicoanalistas; no obstante, estimo necesario hacer una precisión al respecto: se trata más bien de un narcisismo fallido y defensivo, cuya función es salvaguardar la integridad de un yo lábil y dañado que, paradójicamente, destruye al cuerpo como objeto; aunque, en realidad, atestigua un fracaso de la organización del narcisismo primario, identificado por Freud con las pulsiones de autoconservación, en defensa contra las abrumadoras pulsiones de muerte.²⁰¹

Ya he insinuado la relación de las toxicomanías con el trasfondo depresivo, que en términos metapsicológicos se denomina melancolía y que se define clásicamente como una pérdida de objeto sustraída de la consciencia que, además, es vivida como una pérdida del propio yo, a raíz de una identificación con el objeto amado que se ha perdido y por lo cual el propio yo se percibe como indigno, estéril y moralmente despreciable, mereciendo ser denigrado, en espera de repulsión y castigo. El yo se ha empobrecido y vaciado, pero las más fuertes acusaciones que el sujeto se hace muchas veces se adecuan a otra persona a quien él ama, ha amado o amaría.²⁰² Probablemente en esta descripción subyace un mecanismo de identificación proyectiva.²⁰³ Sirva de ejemplo lo siguiente:

[...] está feillo, o sea no feo, no es por ser mala onda, pero bueno, no da un buen aspecto físico. De hecho, él había pasado por problemas de alcoholismo. Mi papá una vez lo intentó ayudar y me tocó ver que íbamos a buscarlo

masculinidad, en muchas ocasiones hiperviolenta? Bleichmar afirmó también que la idea pene-virilidad es un punto de partida, no de llegada, cuando hoy está vigente dinero-potencia por encima de pene-potencia y "la integridad que proporciona la fortuna puede ser un articulador narcisista mayor que la identidad corporal" (Ibid., p. 16). Yo agregaría violencia-virilidad-potencia. La cuestión central es "bajo qué forma se constituye el varón, no sólo su identidad de género sino su potencia genital, que le da el rasgo dominante a la sexuación, y de qué forma esta última reafirma o descalifica la identidad sexual –si se identifican con el padre son "putos" o son agresores–, entendiendo la construcción de masculinidad no sólo como génesis sino como punto de llegada del que el sujeto puede ser destituido.

200. B-C. Han, *op. cit.*, p. 46.

201. H. Bleichmar, *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*, Buenos Aires, Paidós, 2008; S. Le Poulichet, *op. cit.*; S. Freud, *op. cit.*, 1992 (original publicado en 1920).

202. S. Freud, "Duelo y melancolía" (trad. de J.L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1917 [1915]), pp. 235-257.

203. J. Laplanche y J. B. Pontalis, *op. cit.*; L. Grinberg y R. Grinberg, *Identidad y cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1993.

a la cantina, sobre todo en su quincena, y... ya me imagino. Pobre. Ahorita que estuve en la comunidad terapéutica y todo eso, analizando, y pobrecillo. Como que igual me cayó el veinte de por qué él consumía alcohol, o consume; pues por su problema físico, y ya... como es la cultura en México me imagino que la sociedad lo ha de haber rechazado. El sentirse igual, yo creo que tiene motivos por los cual sentirse solo, por la apariencia física.

Freud señaló que la melancolía toma características de duelo y de regresión –o sea, es un repliegue narcisista– e implica un retorno al estado depresivo previo. Podemos ver evocaciones a la muerte en algunas narraciones de la experiencia de intoxicación, que describen sentimientos oceánicos, de “desbordamiento”. En los siguientes fragmentos de dos sujetos distintos quizás resulta demasiado literal la asociación de la droga con el suicidio, pero los aspectos depresivos están ahí:

Una vez me entró la idea de agarrar un carro que me dieron mis papás cuando tenía como 16 años, venderlo e irme a una playa. O sea, a morirme de drogas. Comprarme una pelota de marihuana y una pelota de coca y ahí morirme.

Y ya con la piedra, esa maldita droga fue la que me dio el paraíso y el infierno al mismo tiempo. El efecto de estar drogado con piedra es increíblemente placentero. Es, o sea, el hecho de inhalar, sientes cómo el humo baja, recorre toda tu espina dorsal y llega a la panza; ahí se siente un placer increíble, pero el placer de regresarlo, de aguantarlo, aguantarlo y de ahí regresarlo, es un... tener un orgasmo veinte mil, pues elevado muy cabrón.

El carácter regresivo de las pulsiones tiende a la compulsión de repetición y ésta se encuentra al servicio de la pulsión de muerte. Parece suceder un desfallecimiento de Eros, la pulsión que compete a aferrarse a la vida, poniendo esta energía libidinal al servicio de Tánatos. Pero como la instancia que critica no permite la expresión de las pulsiones de destrucción, se vuelve contra el propio yo, satisfaciendo, por vía de introyección del objeto perdido, la necesidad de castigo del yo y las tendencias sádicas del *superyó*.

Asimismo, las toxicomanías tienden a asociarse con el trastorno maniaco-depresivo; la manía enlazada con la omnipotencia destructiva, y la depresión con la identificación con un objeto muerto o enfermo. Esto, además, abona a la hipótesis sobre los problemas a nivel de procesos identificatorios y el peso de la pulsión de muerte:

[...] pues sí me frustraba mucho el hecho de saber que mi papá en cualquier momento se podía matar. Era enojo también, de “¿Por qué no estás bien?, ¿por qué tienes que estar mal?”. Entonces todo eso agudiza todavía más mi adicción. Llegó al grado en el que ya lo que quería era morirme, ¿no? [...] Entonces... pues ya era como también yo buscar la muerte.

Las tendencias agresivas y de destrucción son tan abrumadoras que difícilmente pueden ser gestionadas de otra forma que no sea vengarse y castigar a los padres dañando al propio yo a través del cuerpo, lo cual nos remite a la identificación adhesiva con el ideal que jamás se podrá alcanzar, o con una figura que evidenció un alto potencial autodestructivo. Esto, asimismo, podemos asociarlo al sujeto endriago:

Una vez estaba con el bato que me vendía la heroína y se subió otro bato que le debía como \$13,000, y me dijo: "Mata a ese bato" [...]. Y yo me acuerdo que me quedé pensando: "O sea, yo lo puedo matar. Yo lo puedo matar y nadie se entera, nada más yo y el bato que vende heroína, que a ninguno de los dos nos conviene hablar".

Me parece que la relación de las toxicomanías con una depresión inicial es muy frecuente, dada esta fragilidad, la droga sirve como blindaje contra el sufrimiento, al mismo tiempo que sitúa al sujeto en su omnipotente narcisismo original. De ahí viene la sensación de invulnerabilidad o inmortalidad que caracteriza a algunos toxicómanos, de forma tal que funge como un medio para evadir un *breakdown* depresivo.

Asimismo, la investigación clínica de Glover²⁰⁴ indicó que la toxicomanía que ocurre sobre un terreno depresivo puede estar sustituyendo un suicidio y autoagresiones. En realidad, la droga es una tentativa de autopreservación, un medio contra la depresión subyacente: *"Ya era una cuestión de comprar droga y esperar la muerte, en ese punto así lo pensé. Entonces, hacíamos un último robo...para esto ya había estado dos veces en la cárcel y me habían sacado [...]"*.

Es decir, la característica "autodestructiva" del consumo de drogas tiene un doble sentido: en primer lugar, procura una especie de evasión del dolor a pesar de "dañar" el organismo y, en segundo, no es percibido por los toxicómanos como tal, ya que ellos suelen creer en su invulnerabilidad. Por otro lado, también es común que se hable de las toxicomanías como una patología adscrita a conflictos superyoicos, con lo cual entran en juego los modelos identificatorios y la patología familiar, cuyos factores cruciales se han vuelto clichés. Leon Wurmser enlistó los siguientes: carencias en el establecimiento de límites, la indulgencia narcisista y la ira; padres que no promovieron un mínimo de consistencia, de estabilidad, de confianza y de responsabilidad del niño y, en su lugar, se convierten objetos de rebelión, ira y desdén; padres que se permiten vivir sus demandas primitivas, más interesados en sus carreras, clubes o viajes que en las necesidades de sus hijos, o padres que están ausentes por razones económicas. Los menciono por ser interpretaciones muy frecuentes, sin embargo, no podemos dejar de lado los tintes moralistas y pensar que, entre las demandas de la vida "posmoderna" está la dedicación casi absoluta al trabajo, ¿ello implicaría que todos los hijos correrían el riesgo de ser toxicómanos? La siguiente afirmación podría ayudarnos a reflexionarlo:

Entonces, pues mi papá así es. Es ese gran hombre, pero también el gran niño [...] Llego con mi mamá y mi mamá es accesible, abierta, no rígida, muy amorosa; o bueno, es que ya no sé si eso es amor, o sea, era muy cariñosa creo [...] Sí, porque más adelante sí me costó también porque el amor en una cuestión sana, saludable, es también límites. Y no límites ni autoritarios, sino límites flexibles. Con mi mamá creo que esa parte fue, no hubo, no había límites, y si había no eran bien trazados. Con esta mala comunicación de mi mamá no eran límites sanos.

Si retomamos la idea de que el desarrollo del yo consiste en un distanciamiento del narcisismo primario y una aspiración a recobrarlo mediante el

204. 1939, en J. Pages-Berthier, *op. cit.*

establecimiento de un ideal del yo impuesto desde fuera –a través de modelos identificatorios–, hacia el cual la libido se desplaza,²⁰⁵ podemos dilucidar ciertas dificultades de identificación con sus figuras parentales que no constituían modelos seguros para conformar el ideal del yo.

[...] *Él fue el que me jaló, el que me enseñó a vivir, él me dijo 'Mira, un hombre es esto, esto, esto y esto. Una persona es esto, esto y esto' [...] Estaba entre la confusión de si ser persona era lo que vivía, o lo que había vivido; ser cabrón, chingar gente, o ser lo que me decían en la comunidad, estaba con esa confusión.*

Entendemos que en esta afirmación subyace la necesidad de alguien que aporte un modelo identificatorio más confiable –el director de la comunidad– que, además, lo saque de la indiferenciación. La formación del ideal del yo parte de la influencia crítica de los padres, a quienes paulatinamente se suman otras figuras, aunado a la abundancia de libido en esencia homosexual, se forma un ideal narcisista del yo y en su conservación encuentra drenaje y satisfacción.

De manera genial, el psicoanalista austriaco descubrió que además de la libido narcisista identificable con las pulsiones de autoconservación, existen unas enigmáticas tendencias masoquistas del yo que contradicen el principio del placer y se caracterizan por la compulsión de repetición. Esto nos remite al aparentemente contradictorio efecto de las drogas en los toxicómanos. Tiempo después agregé que, paradójicamente, el principio de placer parece estar al servicio de las pulsiones de muerte y su defensa son las pulsiones narcisísticas de autoconservación. De esta forma, el consumo de sustancias, que racionalmente destruye a los sujetos, se opone a la lógica formal, pero no a la lógica del inconsciente:

Cómo algo puede llegar a transformar una vida, cómo eso, que tú dices 'Pues ya, déjalo. Velo, es una sustancia aquí'. Cómo eso puede tener tanto valor para alguien, cómo ese placer, esa sensación puede llegar a ser tan abrasadora, tan destructiva.

Como ya mencioné, son muy conocidos los aspectos autodestructivos y autopunitivos en las personas que ubicamos como toxicómanas, aunque también resultan relevantes las formas arcaicas de vergüenza y culpa, así como temores globales de humillación y venganza que suelen estar presentes en su interacción social. En ellos llegamos a visualizar algunos efectos de un super-yo arcaico, con las características de individuos introyectados, como poder, severidad, actitudes vigilantes y sancionadoras que, mediante un mecanismo de vuelta contra sí mismos, podemos vislumbrar aquí:

Estaba bien resentido con mi papá... mucho resentimiento, mucha tristeza, no sé, un chorro de tristeza también [...] La neta yo siempre me acordaba que cuando me pegaba o pasaba algo, yo siempre me quedaba: "Nada más espérate a que crezca porque..."; pues estaba chiquito y no podía hacer nada, "Espérate a que crezca y luego me las vas a pagar". Y ahorita, reflexionando,

205. "Introducción al narcisismo" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1914), pp. 65-99.

la neta... así fue. De algún modo así pasó. O sea, todo lo que me hizo sentir, de algún modo yo se lo regresé, pero haciéndome daño a mí mismo.

La introyección de las figuras parentales sádicas y punitivas tienden a constituir *superyós* precarios, que evidencian la ambigüedad de la toxicomanía, en la que hay tanto displacer como placer absoluto, porque el sadismo del *superyó* y el masoquismo del *yo* se complementan y se aúnan con las pulsiones de destrucción para provocar las mismas consecuencias.

Asimismo, podemos traducir dichas tendencias masoquistas yoicas –primarias y secundarias– o la necesidad de ser castigado por un poder parental, o de “ser golpeado por el padre” que remite a la etapa sádico-anal del desarrollo infantil, vinculada con la sexualidad femenina pasiva y con tendencias homosexuales del ideal del *yo*,²⁰⁶ sobre las cuales ya aclaré mi postura.

Es importante recordar que todo displacer neurótico es placer que no puede ser sentido como tal y que la compulsión de repetición hace revivir lo que evoca displacer al *yo* –debido a que saca a la luz mociones reprimidas–, pero satisface a otro sistema. En el caso de las toxicomanías, parece ser que el displacer para el *yo* –debido a un exceso de energía psíquica para el cual no se cuenta con recursos de elaboración simbólica– es placer para el *ello* y el *superyó* primitivo. Basta pensar en los delirios paranoicos y persecutorios que en ocasiones viven los toxicómanos bajo el influjo de las drogas, estados que se experimentan con terror, pero, al mismo tiempo, es posible que procuren una descarga para que el *ello* sacie la necesidad de vigilancia y castigo del *superyó*. Así, el “más allá del principio del placer” facilita la elucidación del porqué los toxicómanos toleran los síntomas de la abstinencia, los delirios paranoicos provocados por las sustancias e incluso el peligro que representa su consumo.

Aunado a lo anterior, Jean Bergeret²⁰⁷ indicó que esa incapacidad para gestionar la violencia natural engendra la necesidad de dañar a otros y a sí mismo, recordándonos una vez más al sujeto endriago de la subjetividad actual. Esta incapacidad para tolerar o, más bien, para administrar la violencia, orilla a los individuos a buscar “la ilusión del placer primitivo”, de re-encontrarse en la etapa de la infancia del vientre materno, evocando a la muerte, pero, al mismo tiempo, evitándola. Como describe Freud (1920/1992), la compulsión de repetición es un mecanismo con el cual el *yo* se entrega a la pulsión de muerte, y, a la vez, evita aquello que podría ayudarlo a alcanzar su meta por el camino más corto.

La relación de los toxicómanos con la droga es una apuesta para lograr la satisfacción total, la plenitud. Entonces, la única –o la más sencilla– forma que tienen para gestionar esta sobrecogedora fuerza es apelar a las pulsiones narcisísticas de autoconservación. Desde mi punto de vista, ésta es la ligazón de las toxicomanías con la melancolía, la pulsión de muerte y el narcisismo.

El principio de realidad debe sustituir al principio del placer para que la cultura pueda dominar sobre la naturaleza; pero cuando el dolor y el displacer

206. “El problema económico del masoquismo” (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 19, Argentina: Amorrortu, 1992 (original publicado en 1924a), pp. 161-177.

207. 1980, en J. Pages-Bertier, *op. cit.*

dejan de ser advertencias para convertirse en metas, el principio del placer se paraliza y el guardián de la vida anímica queda narcotizado. Según sostuvo Massimo Recalcati,²⁰⁸ a esta "narcotización" del principio del placer se le conoce como el principio del Nirvana, "me debo narcotizar, no debo sentir nada", el cual funciona como una forma de organizar la economía libidinal. Asimismo, este autor señaló la serie *narcotizarse-nirvanizarse-nadificarse*, que tiene por consecuencia la desaparición del sujeto en la droga.

El Nirvana es un estado de suspensión y quietud absolutas, que aísla a los sujetos de las vicisitudes de la vida, marcado por la disyunción entre Eros y Tánatos. A eso se refiere Freud con el más allá del principio del placer, el placer más absoluto es regresar a lo inanimado, dejar de existir. Esto es bastante claro en las narraciones de intoxicación de algunos adictos: suspendidos en el tiempo, resguardados en su realidad psíquica, viviendo únicamente "el aquí y el ahora", con la única preocupación de conseguir más droga, sin miedos o debilidades, disueltos en y por la sustancia. Los sentimientos oceánicos facilitados por estos quitapenas hacen pensar que la dependencia, más que nada, es psicológica.

Crisis representacional: vicisitudes de la simbolización

Algo que llama mucho mi atención sobre la conducta adictiva es que usualmente alterna entre periodos de abstinencia voluntaria y otros de consumo intenso e ininterrumpido, como algo que se retiene y se suelta, que nos recuerda al famoso *fort-da* de los niños que juegan a controlar omnipotentemente²⁰⁹ la ausencia materna. Esto puede asociarse con otro fenómeno reiteradamente señalado por la literatura: la degradación u obstaculización del proceso de simbolización y, con ello, de la capacidad de fantasear. Dicha dificultad es perpetua en la vida interna del sujeto, por lo cual muchos de los afectos se mantienen preverbales y se traducen en quejas somáticas.

Freud apuntó que cuando las excitaciones internas que producen displeacer son demasiado grandes y el yo no cuenta con los recursos suficientes para enfrentarlas, existe una tendencia a tratarlas como si la afectación proviniera desde afuera, a fin de poder aplicarles un medio defensivo concreto. En concordancia, Paul-Laurent Assoun la describió como una "crisis de la función de sublimación" por la que se tiende a utilizar estrategias "narcisistas" que

208. Massimo Recalcati, *Il soggetto vuoto: psicosi non scatenate nelle nuove forme del sintomo*, Italia, Jonas onlus. Centro di clinica psicoanalitica per i nuovi sintomi, 2014. Consultado en <http://www.jonasonlus.it/pdf/articoli/soggetto-vuoto-recalcati.pdf>

209. En lo que respecta a la omnipotencia como característica de las toxicomanías, el discurso médico suele adjudicársela directamente a la sustancia –de la que "dependen"–, como podemos ver en los manuales diagnósticos más utilizados en psicología. Discrepo de esta postura y pienso que, más bien, se trata de una ilusoria omnipotencia que los sujetos adquieren al poder disponer del objeto de placer en el momento que lo deseen y que, al mismo tiempo, les permite superar las vicisitudes de la alteridad, el mundo exterior y de su mundo interno. Esto puede atestiguiarse si pensamos que es muy común que los consumidores identifiquen a la droga como parte de sí mismos, cuyo frágil yo, debido a los déficits identificatorios con las figuras parentales, y a frustraciones reales, se transfiere al tóxico, que es todopoderoso, no decepciona y su ausencia/presencia puede ser controlada.

hacen del cuerpo una instancia de “reparación”, en el marco del imaginario corporal. Los afectos irrepresentables se envían al cuerpo, como quejas somáticas; como ejemplo tenemos la siguiente afirmación:

Sentía yo como que crisis de ansiedad. Estaba muy impaciente, súper inquieto, desesperado; pero una desesperación tremendísima. Y lo sentía aquí en el pecho, ganas de querer consumir marihuana. Y el no poder, tener que satisfacer con el tabaco, pero obviamente no era lo mismo, yo buscaba otro efecto o cosas así.

Asimismo, Piera Aulagnier²¹⁰ remarcó la existencia de un sufrimiento compulsivo acompañado por la alienación de la actividad del pensamiento. Entonces, el cuerpo adquiere una función esencial, en tanto que lugar y posibilidad de sufrimiento. Como la madre que falta en el ejemplo freudiano del *fort-da*, el objeto debe poder circular para dejar el campo libre al deseo, pero, desde esta posición subjetiva de consumidor/adicto –antes explicada– la falta no puede ser simbolizada, es entonces que cualquier cosa debe ocupar su lugar para que no sobrevenga la angustia. El acento puesto en esta búsqueda activa de éxtasis sin palabras implica una supresión de la elaboración psíquica, una abdicación del pensamiento que delega su tarea a la sensorialidad.

Si bien la castración es una función de la figura paterna, para que ésta opere debe ser permitida por la madre y es en la triangulación edípica que se abre el camino a la simbolización. Los toxicómanos frecuentemente sostienen relaciones de “codependencia” con sus madres, quienes, además, fungían como mediador en la interrelación con el padre, siempre devaluando y enviando mensajes contradictorios a sus hijos, como se describe enseguida:

Mi mamá y yo éramos así, como que en ese tiempo fue mi aliada. Cualquiera cosa que pasaba yo, iba con ella. O si yo quería algo no se lo pedía directamente a mi papá, mi mamá se lo pedía, y ya mi mamá ahí empezaba a hablar con mi papá [...] Porque mi papá es una persona muy recta, muy disciplinada, no sé... como con una moral muy alta.

De esta manera podemos pensar que, muy probablemente, existieron fallas en las funciones materna y paterna que no facilitaron el acceso a lo simbólico. Entre otros factores, esta vicisitud guarda estrecha relación con la tendencia a eliminar los afectos y pensamientos sustituyéndolos por el pasaje al acto y por objetos materiales. Esto es un evidente indicador relacionado con las dificultades de simbolización. Janine Pages-Bertgier (1993) vio en la toxicomanía una neurosis narcisística, donde el cuerpo reemplaza al aparato psíquico. Considerando lo anterior y las dificultades de acceso a lo simbólico, los toxicómanos transforman el dolor en ausencia, capaz de ser calmada por un objeto concreto. Entonces la operación del *farmakon* parece una tentativa de engendrar un “aparato psíquico” autónomo y ficticio que desbarata todo proceso de castración.

Por otro lado, Freud propuso que el síntoma vela y al mismo tiempo revela una verdad; no obstante, es común considerar las adicciones como un

210. 1986, en J. Pages-Berthier, *op. cit.*

“fracaso del síntoma”²¹¹ o como parte de los “nuevos síntomas”²¹² que responden al malestar en la cultura actual. Esta concepción se debe a que, como tal, el síntoma implica simbolización, o sea, la representación de un significante reprimido, la representación de aquello que no está –el *fort-da*–, lo cual vehiculiza el deseo. Por lo tanto, el síntoma implica: 1) el fracaso de la represión y 2) una simbolización defectuosa que no alcanza el éxito, ya que éste entrañaría la posibilidad de sublimación.

Considerando que las nuevas subjetividades tienden a obstaculizar la simbolización, podemos comprender que a lo largo de todo el texto no me haya referido a las toxicomanías como síntoma, por lo menos no en los casos que he citado. En ellas parece ser que no se está simbolizando, más bien podría considerarlas como puestas en escena de las exigencias pulsionales y del discurso social. Tal vez, como lo mencionó Rado, estas sustancias permiten alcanzar un alivio o placer por un medio químico y no como síntoma en el sentido de un mensaje cifrado, relacionado a través de una cadena asociativa con una escena, deseo o fantasía que permanece inconsciente.

Osvaldo Couso y Sergio Staude describieron que el fracaso del síntoma ocurre en el terreno donde la función paterna no terminó de constituirse y empuja a los sujetos a *acting-outs*, manifestaciones psicósomáticas, adicciones, etcétera. Padecimientos que los autores señalan como “patologías del borde”. No obstante, a pesar de que por lo general no es considerado un síntoma –en el sentido clásico–, el consumo de sustancias cumple una función a nivel psíquico: permite regular y soportar una operación entre lo interno y lo externo. Por ello, como afirmó Leon Wurmser, algunos pacientes declaran que la droga los hacía sentirse normales y relajados, y, al contrario de lo que se suele pensar, ellos no buscaban experiencias espectaculares usándolas. Claramente podemos leerlo aquí:

Pues no me sentía normal [...] Pero generalmente era de que me sentía atarantado o algo así, por el día de antes, pues... era lo que siempre hacía, casi siempre estaba drogado.

Por mi parte, considero que las toxicomanías –y las demás “patologías” actuales– pueden ser pensadas como síntomas del discurso social, es decir, como expresiones singulares que de alguna forma manifiestan malestares relacionados con la dimensión vincular y macrosocial de la vida humana. Además, me inclino a pensarlas como un intento de autotratamiento contra afectos sobrecogedores, lo cual converge con la tendencia a la medicalización que tanto prolifera en nuestros tiempos, en procura de una sedación del dolor.

Además, la función del tóxico es “ambivalente y reversible” –entre el afuera y el adentro, lo psíquico y lo orgánico–, con lo que adquiere cualidades tanto de remedio como de veneno. Podemos ver a las toxicomanías como tentativas de estructuración que ayudan al sujeto a integrar el principio de realidad, al mismo tiempo que la autodestrucción constituye un medio para

211. Osvaldo Couso y Sergio Staude, “Las adicciones: el fracaso del síntoma”, 1998. Consultado en <http://www.efba.org/efbaonline/couso-08.htm>

212. Recalcati, M., “Máscaras” (trad. de M. S. Rodríguez), en *Clínica del vacío*. Anorexias, dependencias, psicosis, Madrid, Editorial síntesis, 2008, pp. 147-217.

sentirse vivo a través de una aparente búsqueda de la muerte como aspiración para lograr plenitud.

En el anexo me hicieron exámenes de sangre y me dijeron que tenía hepatitis C. Entonces eso fue lo que cambió... yo creo que fue el parteaguas para que yo estuviera bien. [...] Lo vi como una última oportunidad [...] lo tuve por estar compartiendo agujas, entonces, digamos que fue eso pues, me salvé y no sé. Fue como una última oportunidad.

Con base en este fragmento, resulta comprensible cómo al tener enfrentamientos más directos –o conscientes– con la muerte los toxicómanos citados deciden dejar de consumir, aunque la toxicomanía puede reemplazarse por la adicción a la religión o a la institución en la que reciben tratamiento.

Por último, considero importante subrayar que las toxicomanías cumplen un cometido a nivel psíquico. Esto es incuestionable; sin embargo, resulta difícil intentar determinar o describir cuál es. No hay uno exclusivo, es diferente en cada caso, pues si bien hay una tendencia al consumo característica de las nuevas subjetividades, éstas deben impactar en fragilidades particulares para que se instale el dispositivo de la toxicomanía.

La autocuración: el cuerpo como instancia de reparación del psiquismo

Si catalogamos a las toxicomanías como pertenecientes a la lógica de los procesos primarios y la equiparamos con el sueño y la “locura”, es comprensible que este montaje funcione como un agente terapéutico para gestionar la economía libidinal. Cuando Freud habla de los “quitapenas”, en específico de las sustancias embriagadoras, explica que facilitan una suerte de evasión del dolor; sin embargo, en la actualidad habríamos de agregar muchas otras funciones que pueden cumplir las drogas. En este sentido, considero importantes las aportaciones de la clínica contemporánea –que muchas veces plantea modificaciones estructurales– y la idea de que el discurso social provee ciertas “prótesis ontológicas” que pueden ser consumidas por los sujetos histérológicos.²¹³

Sandor Rado²¹⁴ fue uno de los primeros discípulos de Freud en plantear una teoría sobre las adicciones mediante el estudio del alcoholismo. Rado retoma varios de los puntos que señalé anteriormente para intentar comprender el montaje de las adicciones desde un punto de vista metapsicológico y hace énfasis en la psicogénesis, es decir, en perturbaciones en el desarrollo de la función de la libido, resaltando la importancia de la etapa oral y anal, y su

213. Pienso que esta afirmación es posible, por el hecho de que los sujetos viven la toxicomanía como una identidad y no como una enfermedad, por lo menos hasta antes de pasar por un proceso de “rehabilitación”; aunque admito que para asegurarlo tendríamos que hacer una interpretación metapsicológica.

214. S. Rado, op. cit., 1926; S. Rado, “Psicoanálisis de la farmacotimia (afición a las drogas)”, en *Psicoanálisis de la conducta*, Buenos Aires, Horm, 1933, pp. 73-89.

estrecha relación con la homosexualidad.²¹⁵ Como factor común, señaló una frustración real de la gratificación oral, considerándola un punto de fijación que predispone al sujeto a la búsqueda del "orgasmo alimentario", el cual representa la forma original de placer autoerótico y onanista, pudiendo rivalizar con la genitalidad –por las vicisitudes que ésta conlleva–. Al recurrir a las drogas se puede decir que logran "volver al origen".

Las frustraciones reales han ocasionado heridas narcisistas que dejan sus huellas en el yo del sujeto; no obstante, el yo no ha sido siempre tan miserable, pretéritamente hubo un bebé lleno de fe en la omnipotencia de sus deseos y cargado de autoestima, aspectos positivos que fueron desapareciendo bajo el peso de la experiencia y lo orillaron a una autoevaluación más modesta y vergonzosa. El yo compara su actual desvalimiento con su narcisismo original, que sigue siendo un ideal para él, atormentándose con autorreproches y en una constante aspiración a recuperar su antiguo estado. A esta situación, Rado la denomina "depresión inicial", que sensibiliza al sujeto para el efecto placentero de las drogas. Ante tales circunstancias, acontece dicho efecto, que es ocasionado omnipotentemente por el yo. Al consumirlas de forma voluntaria niegan su pequeñez y desvalimiento, y de esa manera el yo parece alcanzar su ideal, restableciendo su estado narcisista original. Empero, la transitoriedad de la exaltación hace que el yo regrese a su estado melancólico, ahora exacerbado –lo que Rado denomina "depresión tensa", en la que el yo se contrae y la realidad aparece exagerada en sus dimensiones–, renovando el anhelo de consumo:

Placenteramente es lo más rico que he sentido en mi vida [...] Un minuto después, el efecto cambia totalmente porque ahora se viene una necesidad de querer más. [...] Así como lo más rico que he vivido es inhalar piedra, esa sensación de querer más es de lo más feo que he vivido en mi vida.

El carácter compulsivo de repetición de las toxicomanías se establece en aras de mantener la estima del yo por un medio artificial, es el único recurso con el que cuentan algunos sujetos para encarar la depresión y tiene como consecuencia, entre otras, la destrucción de la organización natural del yo, que renuncia al "régimen realista" por el "régimen farmacotímico". Al retirarse todo interés de la realidad, también se retira de los objetos de amor, por lo que Rado considera las toxicomanías como "trastornos narcisistas"; los toxicómanos se apartan de la actividad sexual genital y descuidan cada vez más sus relaciones afectuosas:

En relación con mujeres en toda esta etapa fue nula. Era yo y la droga y el desmadre [...] O sea, hasta yo lo decía, "No necesito una mujer si tengo la droga", que mucho era esta falta de guía que tuve para aprender a relacionarme con las mujeres. Entonces yo era muy tímido, muy penoso, no sabía cómo hablarle a una chica..., pues eso más que nada. Eso me alejó mucho de toda esa parte y con más razón me refugié en la droga. Ahí era donde encontraba todo ese todo.

De esta forma la libido genital es reemplazada por el placer farmacogénico que, gradualmente, se convierte en el fin dominante, modelado en el au-

215. Aclaré mi postura al respecto (véase página 85).

toerotismo y el onanismo infantiles, sin necesidad de objetos amorosos, que tanto frustran y decepcionan. Como señaló Rado: "el fuego de la vida se extingue gradualmente en el punto donde debería arder más intensamente según la naturaleza, y se enciende en un lugar contrario a ella".²¹⁶

Podemos comprender que el yo responda a esta devaluación de la organización sexual con un temor a la castración, debido a la investidura narcisista del órgano genital –fálico–, generando una ansiedad que impulsa a entregarse al poder opuesto: al masoquismo, que se interpreta siguiendo a Freud como instinto de muerte:

Llegó un momento de mi vida en el que yo pensé en morir drogándome o drogado, de lo mucho que me gustaba. Pero al pasar los años no quise, bueno, al final ya no quise morir así.

Para comprender la dimensión masoquista de las adicciones, Rado retomó el concepto de narcisismo, ya que el toxicómano ingiere dosis letales porque desea disipar para siempre la depresión tensa, en busca de una exaltación perpetua; sin embargo, no pretende la muerte porque cree en su inmortalidad:

Mi estancia en la comunidad fue eso, pura confrontación. Puro como que bajarme al mundo real. Como que cachetearme y pues así. Como que despertar de ese sueño de muerte que tenía.

Sandor Rado consideró las toxicomanías como un intento de "autoterapia", ya que el toxicómano, cuya potencia yoica se encuentra debilitada por el masoquismo, puede encontrar maneras de preservar su heterosexualidad orientándose pasivamente hacia las mujeres o mediante la introducción de un fetichismo –madre fálica–. Agregó que cuando el yo no puede responder de forma pasiva, lo hace de forma reactiva y acorde con las exigencias del contexto mediante el placer por la violencia. El sadismo es lanzado en auxilio de la masculinidad para superar el temor a la castración y la tentación masoquista, coincidiendo con lo planteado por Sayak Valencia sobre los sujetos endriagos.²¹⁷

Por otra parte, dentro de la línea lacaniana se resalta la falta de simbolización y su relación con la castración; basándose en esta premisa, Sylvie Le Poulichet distinguió entre las dos maneras en que puede operar el *farmakon*: como suplencia y como suplemento. Considero que éstas pueden pensarse también en relación con las posiciones subjetivas de consumidor/adicto y ciudadano, planteadas por Ignacio Lewkowicz (1998). De manera muy sintética, la operación del *farmakon* como suplencia implica que la toxicomanía sustituye una falta de elaboración psíquica, tomando forma como un cuerpo separado, proceso que revela más una automedicación que una autodestrucción; por otro lado, la operación como suplemento implica que el sujeto busca un refugio a la castración, distinción que se refiere a la función psíquica que cumple el tóxico para el sujeto.

216. S. Rado, *op. cit.*, 1933, p. 81.

217. Aquí cabe recordar lo señalado anteriormente sobre Silvia Bleichmar con respecto a las vicisitudes de la masculinidad; desde mi punto de vista, uno de los hallazgos más importantes del presente trabajo, objeto de una línea futura de investigación.

En la suplencia, la operación del *farmakon* aparece como una tentativa de suspensión del tiempo, ya que el cuerpo, que no puede dejar al padre su autoconservación, ha quedado a la deriva porque ahora es presencia para él mismo –sujeto histerológico. Estas toxicomanías se ordenan en el registro radical de una suplencia narcisística y dan testimonio de un desfallecimiento de Dios, del padre, en quienes ya no se puede apoyar. Suple una claudicación de la instancia simbólica, de forma que el deseo del individuo no se ha engendrado como deseo del otro. En esta suspensión, el objeto se asimila a una sustancia indisociable de un “flujo materno” y, según la experiencia clínica de Le Poulichet, estos sujetos están siempre en riesgo de perderse en la madre (desde mi parecer, esto hace eco en la figura de un *superyó* arcaico, que se presenta como deseo supuesto de la madre de reintegrar su producto) y a menudo adquieren los rasgos de un llamado al padre.

Cuando la droga adquiere esta función, los sujetos parecen anulados o integrados con la madre, pero al mismo tiempo, siempre insatisfechos, con constantes llamados al padre: búsqueda de límites, castigos y, básicamente, la presencia de la ley. No hay una demanda del otro, una respuesta al “¿qué quieres de mí?”, como en el sujeto histerológico que planteó Dufour, y tienen que autofundarse. Es aquí donde surge la dimensión de lo sexual como efracción: el tóxico mismo es una relación de “masa de dos”, como la identificación en las masas. Además, los toxicómanos en los que la operación del *farmakon* es la de suplencia suelen describir su posición dentro de la familia como un “neutro” o un “peón”, con lo cual quedan enfrentados a una falta de representación de su propio lugar y configura el *impasse* identificatorio.

Por otro lado, la operación como suplemento ayuda a sostener la imagen narcisista, intentando paliar la discordancia entre la imagen real y la ideal. Se puede legitimar este recurso como la búsqueda de algo que no habría sido dado a la persona, es decir, un suplemento fálico imaginario para denegar la falta, a veces en un contexto depresivo. Se trata de un modo de detención del deseo anestesiando el sufrimiento.

Le Poulichet indicó que se puede descubrir una forma de escisión no psicótica que mantiene a la persona en una constante ambigüedad entre el ser y el tener, entre el existir y el parecer. Aquí lo insopportable es la castración, la intolerable presencia de la ausencia, de forma que el *farmakon* queda asimilado como un agente externo controlable y representa un agente de conservación y control de un falo imaginario. En este caso la operación del *farmakon* sustenta una teoría articulada sobre la desmentida de la castración. Para contrastar ambas, podemos decir que una cosa es no haber pasado por la castración y, por lo tanto, una dificultad en el acceso al registro simbólico, y otra es denegar la falta que ocasionó la castración. Esta “formación narcisística” que es la operación del *farmakon* se inscribe, en el primer caso, en la amenaza de una ruina del *Otro* simbólico, y en el segundo, en una problemática fálica. Personalmente mantengo mis reservas y no intentaré determinar ni ejemplificar mediante fragmentos de discurso –producto de una intervención breve con fines de investigación– si se trata de una u otra modalidad, pues para hacerlo requeriría de intervenciones terapéuticas prolongadas.

Por su parte, Massimo Recalcati equiparó su concepción de "psicosis no desencadenadas" con los conceptos de "falso *self*" y personalidad "como sí", de Donald Winnicott y Helene Deutsch, respectivamente. Se trata de estados particulares caracterizados por una escisión entre el ser del sujeto y su máscara social, esta última constituida sobre una base de "complacencia". Como se expresa: *Con la cuestión de la adicción, el consumo de drogas, pues sí me convertí poco a poco en otra persona, en la persona que más odiaba ser.*

El sujeto realiza una cohesión del sí mismo para intentar remediar una ausencia en la primera infancia del deseo del *otro*, de ser reconocido, contenido, libidinizado. Ante lo cual, al sujeto sólo le queda la posibilidad de fundar su identidad mediante la multiplicación de identificaciones miméticas, la forma más primaria de vínculo. De ahí proviene el hecho de sentir la propia vida como rodeada por un halo de "irrealidad", "no existencia" y de "vacío".

Esta emancipación del *Otro* tiene el precio de la depresión y la imposibilidad lógica de la propia subjetivación en la modernidad tardía: uno no puede apoyarse en uno mismo para llegar a ser, porque falta el primer apoyo. Se trata de una proeza sacrificial que permite crear el propio punto de apoyo, aunque sea un instante, antes de desaparecer: la droga.

Es a partir de la premisa del vacío que Recalcati profundiza en la conexión entre las toxicomanías y la "locura" (la psicosis), señalando que los "nuevos síntomas" (toxicomanías, anorexia-bulimia, depresión, etcétera) en el sujeto vacío de la actualidad en realidad enmascaran "psicosis no desencadenadas", las cuales representan modalidades subjetivas de cerradura y compensación. En la psicosis, el carácter narcisista es determinante, ya que la libido es retirada mediante una regresión con fines autoeróticos, es decir, sin relación con la alteridad y no orientada por la castración simbólica, sino difundida por el cuerpo, donde la palabra se confunde con la cosa.

En esta carencia estructural, la amenaza de fragmentación no es sólo mental sino real, la angustia de desintegración es auténtica, pasando por experiencias de desarreglo pulsional, disociación, despersonalización, desmaterialización, influenciabilidad y, en general, apagamiento del "sentimiento de vida" como tal, haciendo necesario que los sujetos identifiquen su identidad con base en una máscara, para así reabsorber su propio cuerpo y evitar la fragmentación. De aquí que los conceptos de Deutsch y Winnicott permiten a los sujetos que carecen de estabilidad de ser propia, al borde del vacío, de la psicosis, sin el soporte simbólico, puedan identificarse con un rol, un personaje con una identidad artificial. La máscara no esconde una identidad, sino que la sustituye:

Pues fui como queriendo jugar ese papel y poco a poco lo fui haciendo mío. Como de ser el grandote malo. Hasta que terminé siendo un cabrón y por eso fue que yo entré a trabajar con ellos [delincuencia organizada], porque pues ahí necesitan, o en un inicio, ahorita ya agarran a cualquier pendejo, pero en un inicio sí necesitaban gente alta, gente grande y dispuesta a hacer muchas cosas que otros no.

El sujeto dividido y en realidad fragmentado, sin autonomía y sin "centro", se va construyendo en la provisionalidad del mercado, como un rompecabezas, que día tras día se constituye en la actividad, es decir, el consumo.

La identificación que preside la compensación imaginaria del Edipo ausente tiene, pues, como característica de fondo la de ser una identificación adhesiva, integral, inmediata, mimética, no dialéctica, no ternaria, serial: identificación del sujeto a un semejante cuyo situado como ideal del yo.

Es importante decir que esta formación del ideal del yo tiene como particularidad su carácter pasivo-receptivo, de manera que cualquier objeto puede funcionar como modelo para ocultar el vacío que invade; como en la identificación con un héroe en una película o en la televisión. La identidad de los toxicómanos es permeable, maleable e inestable; en búsqueda constante de identificaciones para fundarse. Esto mismo vale en la relación con el propio cuerpo, que el sujeto vive como ajeno, desprovisto de un centro de gravedad: "[...] yo me sentía en mi cabeza como si estuviera en el espacio. O sea, dando vueltas así nada más. Sin rumbo, sin nada".

Bajo esta óptica, la toxicomanía se admite como una "pata simbólica ausente en el sujetotaburete", cuyo efecto es garantizarle una identidad que pueda suplir al Edipo inexistente: una muleta estructural. En la ausencia de estas compensaciones se exponen sentimientos de que la propia vida es insignificante o vacía. Esta idea coincide en muchos aspectos con las toxicomanías de la suplencia y la posición subjetiva de adicto/consumidor.

No obstante, Recalcati aseguró que sólo el desencadenamiento revela como tal y sin ninguna duda diagnóstica la existencia de una estructura psicótica del individuo y para que suceda este desencadenamiento deben converger la causalidad estructural y la causalidad contingente. Una vez más, no podemos asegurar que alguno de los sujetos cuyos discursos retomamos sea un caso de psicosis no desencadenada.

Palabras finales

Estas palabras de ninguna manera pretender concluir el tema expuesto; tampoco puedo hacer una síntesis, ya que cualquier intento inevitablemente afectaría la esencia de lo dicho en las páginas anteriores. Se trata de un cierre artificial y provisional que aprovecho para formular algunos señalamientos más precisos sobre mis expectativas respecto de lo transmitido al lector.

En primer lugar, me gustaría enfatizar la importancia de hilvanar los elementos y niveles de la realidad, y en cuanto al vínculo individuo/sociedad, reafirmar que no hay pura determinación pero tampoco libre albedrío absoluto. Esto significa que no concibo al sujeto toxicómano, ni a ningún otro, como una simple marioneta del sistema que actúa completamente inconsciente, ya que todos poseemos capacidad reflexiva.

No tengo la intención de generalizar mis planteamientos, sino que busco evidenciar que las convergencias y recurrencias halladas tanto en los sujetos investigados, como en la teoría y mi práctica profesional, nos brindan indicios –algunos bastante claros– sobre los rasgos predominantes de las subjetividades actuales. Y que si bien esto se encuentra asociado a los imperativos del mercado y demás factores mencionados, no son los únicos a considerar. Tampoco se trata de encontrar culpables y víctimas, porque la realidad –aquella que compartimos todos los que formamos parte de la sociedad– tiene muchos matices, y no todo puede ser categorizado de manera dicotómica.

Por el contrario, sí quiero hacer hincapié en el carácter suicida del capitalismo, que podemos ver puesto en escena en las “nuevas” formas de sufrimiento de los sujetos. Y, aunque en ocasiones mi postura parezca un tanto desalentadora o pesimista, coincido con Segato en que “sin simbolización no hay reflexión, y sin reflexión no hay transformación: el sujeto no puede trabajar sobre su subjetividad sino a través de una imagen que obtiene de sí mismo”.²¹⁸ Esto, en cierto sentido, me compromete aún más con el trabajo de investigación de las subjetividades y la práctica clínica, porque sólo mediante la consciencia desnaturalizadora del orden vigente podemos hacer cambios estructurales para romper la cadena que produce y reproduce un mundo violento.

Hemos aprendido, muy desafortunadamente, que hay razones sociales, grupales e individuales que subyacen al ocultamiento o (de)negación de las violencias, casi siempre asociados con intereses inconfesables que podemos vislumbrar en los discursos y subtextos de quienes ejercen el poder y en los malestares del resto. Estos sentidos pueden ser aprehendidos mediante las latencias, principalmente dándole la palabra a aquellos que sufren daños colaterales. Para ello considero absolutamente imprescindible poner el foco en la vida cotidiana y las prácticas sociales violentas menos evidentes que, en comparación con la crueldad de otras, pueden pasar desapercibidas

218. L. Segato, *op. cit.*, p. 142.

por conocidas y repetidas, y, sin embargo, dejan huellas indelebles en el psiquismo y el tejido social.

En este sentido, un concepto que no abordé en este trabajo fue el de trauma, cuya relevancia es fundamental, especialmente si consideramos su noción acumulativa. Ésta sugiere que, en ocasiones, lo más doloroso es que al evento disruptivo se le suma la invisibilización y, a veces, la indiferencia, provocando que ciertos malestares subjetivos se sufran de manera aislada. Esto va de la mano con la desmentida²¹⁹ y la denegación, los dos mecanismos principales de la (re)traumatización.

En cuanto a mis hallazgos sobre las características de la subjetividad actual, puedo decir que en lo que respecta a la melancolía y al narcisismo defensivo, su génesis puede ser rastreada en los estadios más primitivos del desarrollo psicosexual, e indudablemente podemos asociarlos con algunos fenómenos sociales que se ven reflejados en la trama familiar: la fractura de los lazos sociales, la inseguridad y las violencias crudas. Los sujetos nos vemos abandonados al “destino” con poco o nada apoyo de los otros, quienes parecen convertirse únicamente en rivales u obstáculos para alcanzar los propios fines.

La des-subjetivación de la que somos víctimas y victimarios parece sumergir a los sujetos en su propio sufrimiento, que además no puede ser simbolizado, y los orilla al narcisismo, posiblemente como única defensa ante todas las fuentes de sufrimiento y, en especial, de la pulsión de muerte. Así, la característica “autodestructiva” de las toxicomanías es una manera paradójica de defensa que los sujetos no viven como autodestrucción, porque les está procurando alivio; con ciertos costes, por supuesto, pero salvaguardando la vida.

Creo que es fundamental enfatizar que el trasbordo depresivo, los afectos irrepresentables y, de alguna manera, la adicción, sirven para administrar la energía psíquica y mantener un equilibrio, tal vez aparente o forzado, pero equilibrio al fin; como una solución de compromiso, cuyos efectos nocivos son, más bien, efectos colaterales que, de otra manera, podrían tener consecuencias fatales, inevitables en algunas ocasiones.

Por otro lado, la discusión sobre la capacidad de simbolización en la actualidad podría resultar muy controversial. Puedo concluir que más que una ausencia de simbolización –lo cual me parece imposible–, la realidad, ligada a la significación del capitalismo, le dificulta a los sujetos hallar representaciones,

219. Quiero hacer un señalamiento sobre este concepto, porque me parece ineludible para comprender su influencia en los procesos de subjetivación. A pesar de que, como la represión, la desmentida es un proceso de rechazo, pertenecen a órdenes distintos y caracterizan estructuras organizativas diferentes (neurosis y perversión). Freud la utilizó para referirse a un modo de defensa en que el sujeto se rehúsa a reconocer la realidad de una percepción traumatizante (J. Laplanche y J. B. Pontalis, *op. cit.*); así, se presenta una contradicción entre dicha percepción y la idea o el discurso. Asimismo, cabe señalar que en la traducción de Etcheverry se le denomina desmentida y en la de Ballesteros renegación. Esta última enfatiza su carácter repetitivo, pero la desmentida evoca la idea de una escisión del yo que se produce por el rechazo de lo evidente, y esto me parece esencial. La desmentida queda vinculada a la angustia (de muerte y de castración), de forma que en su trasfondo aparece una figuración paterna.

crear figuras. Diversos autores usan términos distintos, pero con significados similares en el trasfondo.

Tampoco sé si podemos hablar de psicosis no desencadenadas, pues para ello habría que hacer un diagnóstico estructural y esto ya es una forma de etiquetar a los sujetos; por mi parte, mantengo mis reservas y planteo que podemos pensarla como una pérdida de realidad "psicótica", pero artificial y transitoria, que responde a la ilusoria omnipotencia de los toxicómanos.

Finalmente, retomando mi propuesta de hacer interpretaciones metapsicológicas para comprender cada toxicomanía, me inclino más por la teoría de Rado, porque sus interpretaciones no muestran tener la intención de catalogar o categorizar el "tipo" de apuntalamiento toxicomaniaco. En realidad, tomar elementos de las diferentes teorías podría ayudarnos a alcanzar una visión más amplia de las toxicomanías y, por ende, una mayor apertura a las particularidades de cada caso.

En general, espero que de este trabajo hayan suscitado críticas y preguntas, ya que mi propósito no era realizar una lectura acotada de las toxicomanías ni de sus posibles tratamientos o intervenciones, sino expresar una de sus posibles lecturas, siempre con el objetivo de encontrar nuevas rutas, alternas a las hegemónicas.

Bibliografía

- ANDRADE, L. D., "Introducción", en *Lo social: inquieto (e inquietante) objeto. Aportes para pensar e intervenir*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2006, pp.19-42.
- ANGENOT, M., *El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.
- ASKOFARÉ, S. Y M. SAURET, "La toxicomanie: perspective psychanalytique, sexualité et discours", en *Filigrane*, vol. 1, núm. 7, 1998, pp. 66-80.
- ASSOUN, P. L., *Freud y las ciencias sociales: psicoanálisis y teoría de la cultura*, España, Ediciones de serbal, 2003.
- _____, *La metapsicología*, España, Ediciones de serbal, 2002.
- BADACARRATX, V., "La construcción metodológica cualitativa: un acercamiento al campo de la subjetividad", en *Lo social: inquieto (e inquietante) objeto. Aportes para pensar e intervenir*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2006, pp. 101-116.
- BAUMAN, Z., *Tiempos líquidos* (trad. C. Corral), México, Tusquets Editores, 2008.
- _____, "Excurso 3: Posmodernidad y crisis moral y cultural", en *En busca de la política* (trad. M. Rosenberg), México, Fondo de Cultura Económica, 2015, 2ª ed., pp. 149-162.
- BARONE, M., "Globalización y posmodernidad: encrucijada para las políticas sociales del nuevo milenio", en *Intelector*, vol. 1, núm. 1, 2001, pp. 1-25.
- BENYAKAR, M., *Lo disruptivo y lo traumático. Vicisitudes de un abordaje clínico*, Buenos Aires, Nueva Editorial Universitaria, 2016.
- BLEICHMAR, H., *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- BLEICHMAR, S., "Acerca del malestar sobrante", en *Topía, un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura*, 1997. Consultado en <https://www.topia.com.ar/articulos/acerca-del-malestar-sobrante>
- _____, "Entre la producción de subjetividad y la constitución del psiquismo", en *Ateneo Psicoanalítico. Subjetividad y propuestas identificatorias*, núm. 2, 1999, pp. 41-49.
- _____, "Las formas de realidad", en *Topía, un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura*, 2002. Consultado en <https://www.topia.com.ar/articulos/las-formas-de-la-realidad>
- _____, "Estallido del yo, desmantelamiento de la subjetividad", en *Topía, un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura*, 2006. Consultado en <https://www.topia.com.ar/articulos/estallido-del-yo-desmantelamiento-de-la-subjetividad>.
- _____, *Paradojas de la sexualidad masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2006.
- BLEGER, J., "La entrevista psicológica", en *Temas de psicología (Entrevista y grupos)*, Buenos Aires, Ediciones Nueva visión, 1980, pp. 9-43.
- BONACCI, J. M., "Las tradiciones sociológicas 'clásicas' ante la irrupción de la complejidad", en *La teoría de la complejidad y la complejidad de la teoría sociológica*, Argentina, Ciccus, 2013, pp. 131-156.

- BUFILL, E., "La dimensión biológica", en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, Grupo Igia y colaboradores (eds.), España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 89-103.
- BURROUGHS, W., *Yonqui* (trad. De M. Lendínez y F. Roca), Barcelona, Anagrama, 1997.
- CABRERA, D., "Las 'nuevas tecnologías' como significaciones imaginarias", en *Revista de comunicación*, núm. 1, 2003, pp. 6-24.
- CAMÍ, J., "Las sustancias: farmacología", en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 147-169.
- CASTORIADIS, C., *La institución imaginaria de la sociedad* (trad. A. Vicens y M-A. Galmarini), Barcelona, Tusquets, 1989.
- CASTRO, M. A. y Castro, L., "Hacia una correcta comprensión de la metodología cualitativa", en *Política y sociedad*, vol. 39, núm. 2, 2002, pp. 481-496.
- CORRIPIO, F., *Diccionario de ideas afines*, Barcelona, Heder, 1985.
- COUSO, O. y S. Staude, "Las adicciones: el fracaso del síntoma", 1998. Consultado en <http://www.efba.org/efbaonline/couso-08.htm>
- CUFRE, L., *Una inquietante familiaridad. Las prácticas sociales violentas como organizadoras de la subjetividad. Un caso en la Universidad Veracruzana* (Tesis doctoral), Xalapa, Biblioteca Digital de Humanidades, 2010. Consultada en <https://www.uv.mx/bdh/files/2012/10/practicassociales-violentas-subjetividad-universidad-veracruzana.pdf>
- _____, "Las marcas de violencia social en la depresión", en *La palabra y el hombre*, núm. 2, 2006, pp. 16-31.
- _____, "Violencia y nuevas subjetividades", en *Subjetividad y cultura*, núm. 26, 2008, pp. 1-8.
- CURTIS, A. (Productor y director), *The century of self* [Documental], United Kingdom, British Broadcasting Corporation, 2002.
- DAVOINE, F. y J.-M. Gaudillière, *Historia y trauma. La locura de las guerras* (trad. M. Saúl), México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- DE SOUSA SANTOS, B., *Crítica de la razón indolente. Contra el desperdicio de la indolencia*, Bilbao, Desclée, 2003.
- DEL MORAL, M. y L. Fernández, "Conceptos fundamentales en drogodependencia", en *Drogodependencia. Farmacología, patología, psicología, legislación*, P. Lozano, M. Ladero, C. Leza e I. Lizasoain (eds.), España, Editorial médica panamericana, 2009, pp. 1-26.
- DUFOUR, D.-R., *El arte de reducir cabezas: Sobre la nueva servidumbre del hombre liberado en la era del capitalismo total* (trad. A. Bixio), Argentina, Paidós, 2007.
- CENADIC-CONADIC, *Drogas ilícitas*, México, Secretaría de Salud, 2011. Consultado en http://www.conadic.salud.gob.mx/pdfs/ENA_2011_DROGAS_ILICITAS_.pdf
- ENRIQUEZ, E., "El trabajo de la muerte en las instituciones", en *La institución y las instituciones*, Buenos Aires, Paidós, 1989, pp. 84-119.
- ESCOHOTADO, A., *Las drogas. De los orígenes a la prohibición*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

- FRANCO, Y., "Subjetividad: lo que el mercado se llevó (Una perspectiva desde el pensamiento de Cornelius Castoriadis)", en *Revista de debate y crítica marxista Herramienta*, núm., 12, 4, 2000. Consultado en <https://www.herramienta.com.ar/articulo.php?id=857>
- FREUD, S., "Carta 79" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 1, J. Starkey (ed.), Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1897), pp. 314-315.
- _____, "La interpretación de los sueños" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 4, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1900 [1889]).
- _____, "La novela familiar de los neuróticos" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 9, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1909 [1908]), pp. 213-220.
- _____, "5ª conferencia. Dificultades y primeras aproximaciones" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 15, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1916 [1915-16]), pp. 75-91.
- _____, "Pulsión y destinos de la pulsión" (trad. de J. L. Etcheverry), en J. Starkey (Ed.), *Obras completas*, vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1915), pp. 105-135.
- _____, "Duelo y melancolía" (trad. de J.L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1917 [1915]), pp. 235-257.
- _____, "Más allá del principio del placer" (trad. J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 18, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1920), pp. 1-63.
- _____, "Psicología de las masas y análisis del yo" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 18, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, (original publicado en 1921), pp. 63-137.
- _____, "Introducción al narcisismo" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas* vol. 14, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1914), pp. 65-99.
- _____, "El problema económico del masoquismo" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 19, Argentina, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1924a), pp. 161-177.
- _____, "La pérdida de realidad en neurosis y psicosis" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 19, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1924b), pp. 161-177.
- _____, "El malestar en la cultura" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 21, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1930 [1929]), pp. 57-141.
- _____, "¿Por qué la guerra?" (trad. de J. L. Etcheverry), en *Obras completas*, vol. 22, Buenos Aires, Amorrortu, 1992 (original publicado en 1933[1932]), pp. 179-198.
- GOFFMAN, E., *Internados. Ensayos sobre la situación de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001.
- GONZÁLEZ, C., "Drogas y control social", en *Poder y control*, núm. 2, 1987, pp. 49-65.

- _____, "Aspectos legislativos", en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, Grupo Igia y colaboradores (eds.), España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 173-214.
- GRINBERG, L. y R. Grinberg, *Identidad y cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1993.
- GUATTARI, F. y S. Rolnik, "Subjetividad e historia" (trad. de F. Gómez), *Micropolítica: Cartografías del deseo*, España, Editorial Traficantes de Sueños, 2006, pp. 37-60.
- GUDMUNDSDÓTTIR, M., J. Sigfússon, A. Kristjánsson, H. Pálsdóttir e I. Sigfúsdóttir, *The nordic youth research 2. A comparative research among 16 to 19-year-old students in The Åland Islands, Denmark, The Faroe Islands, Finland, Greenland, Iceland, Norway and Sweden*, Islandia, Icelandic Centre for Social Research and Analysis Rannsóknir & greining, 2010. Consultado en https://rafhladan.is/bitstream/handle/10802/542/youth_and_welfare_report_2010.pdf?sequence=1
- GUILLARD, F. y Y. Arthus-Bertrand (productor y director), *Jose's interview-URUGUAY -#HUMAN* [Documental], (septiembre de 2015). Consultado en <https://www.youtube.com/watch?v=4GX6a2WEA1Q>
- GUINSBERG, E., *La salud mental en el neoliberalismo*, México, Plaza y Valdés, 2001.
- _____, "Subjetividad", en *Subjetividad y Cultura*, núm. 15, 2000, pp. 1-13.
- HAN, B.-C., *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Buenos Aires, Herder, 2014.
- HINKELAMMERT, F., *Totalitarismo del mercado. El mercado capitalista como ser supremo*, México, Akal, 2018.
- JÁUREGUI, I., "Droga y sociedad: la personalidad adictiva de nuestro tiempo", en *Nómadas*, vol. 16, núm. 2, 2007, pp. 121-130.
- KAËS, R., *Las teorías psicoanalíticas del grupo* (trad. de M. Segoviano), Buenos Aires, Amorrortu, 2000.
- _____, *Un singular plural. El psicoanálisis ante la prueba del grupo* (trad. de M. Segoviano), Buenos Aires, Amorrortu, 2010.
- KANOUSI, D., "Gramsci y la modernidad. Notas sobre el cuaderno 16", en *Antonio Gramsci. Hegemonía, Estado y sociedad civil en la globalización*, México, Plaza y Valdés, 2001, pp.163-171.
- KERNBERG, O., *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico*, México, Paidós, 1979.
- LAMAS, M., "Los usos, dificultades y posibilidades de la categoría género", en *El género. La construcción social de la diferencia sexual*, México, Bonilla Artigas editores, 2015 (original publicado en 1995), pp. 313-348.
- LANCEROS, P., "Apuntes sobre el pensamiento destructivo", en *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos editorial, 1994, pp. 137-160.
- LAPLANCHE, J. y J. B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis* (trad. de F. Gimeno), Barcelona, Paidós, 1996.
- LE POULICHET, S., *Toxicomanías y psicoanálisis. Narcosis del deseo* (trad. de J. L. Etcheverry), Buenos Aires, Amorrortu, 2012.
- LEWKOWICZ, I., "Subjetividad adictiva: un tipo psico-social instituido. Condiciones históricas de la posibilidad", en *Las drogas en el siglo ¿qué viene?*, J. Dobon y G. Hurtado (comp.), Buenos Aires, FAC, 1998, pp. 1-14.

- _____, *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- _____, "Subjetividad contemporánea: entre el consumo y la adicción", Argentina, Universidad Nacional de la Plata, 2011. Consultado en <http://pisicodesarrolloaprendizaje83solano.blogspot.mx/2011/04/universidad-nacional-de-la-plata.html>
- LEWKOWICZ, I. y M. Cantarelli, "Del fragmento a la situación", en *Notas sobre la subjetividad contemporánea*, Argentina, Altamira, 2003, pp. 89-118.
- LIPOVETSKY, G., *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo* (trad. de J. Vinyoli y M. Pendanx,), Barcelona, Anagrama, 2000.
- LÓPEZ, S., "Los enteógenos y la ciencia", 2003. Consultado en https://eprints.ucm.es/8059/1/SLP_Enteogenos_y_Ciencia.pdf
- LORA, M., y C. Calderón, "Un abordaje a la toxicomanía desde el psicoanálisis", en *Ajayu*, vol. 8, núm. 1, 2010, 151-171.
- LYOTARD, F., *La posmodernidad (explicada a los niños)*, España, Gedisa, 1986.
- MARDONES, M., "El neo-conservadurismo de los posmodernos", en *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos editorial, 1994, pp. 21-40.
- MAFFESOLI, M., "La sociedad en la posmodernidad", en *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos editorial, 1994, pp. 103-110.
- MATALLANA, H., "Mercantilismo, acumulación de capital y desarrollo de la economía monetaria de producción (nacional)", en *Cuadernos de Economía*, vol. 30, núm. 55, 2011, pp. 1-29.
- MARTÍ, O., "El fenómeno de la dependencia, su carácter polihédrico y su inserción en la dialéctica biológica/cultural", en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, Grupo Igia y colaboradores (eds.), España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 57-67.
- MEDINA-MORA, M. E., G. Natera, G. Borges, P. Cravioto, C. Fleiz y R. Tapia-Conyer, "Del siglo xx al tercer milenio. Las adicciones y la salud pública: drogas, alcohol y sociedad", en *Salud mental*, vol. 24, núm. 4, 2001, pp. 3-19.
- MENÉNDEZ, E., "La dimensión antropológica", en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, Grupo Igia y colaboradores (eds.), España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 147-169.
- MILKMAN H. y S. Sunderwirth, "Addictive Processes", en *Journal of Psychoactive Drugs*, vol. 14, núm. 3, 1982, pp. 177-192. doi: 10.1080/02791072.1982.10471927
- MILKMAN, H. y Senderer, L., *Treatment choices for alcoholism and substance abuse*, United States of America, Lexington Books, 1990.
- MILKMAN PhD, S. E. Weiner BS y S. Sunderwirth PhD, "Addiction Relapse", en *Advances in Alcohol and Substance Abuse*, vols. 1-2, núm. 3, 1984, pp. 119-134. doi: 10.1300/J251v03n01_09
- MILKMAN, H. B., K. W. Wanberg, y B. A. Gagliardi, *Criminal conduct and substance abuse treatment for women in correctional settings: Adjunct provider's guide: Female-focused strategies for self-improvement and change: Pathways to responsible living*, California, Sage Publications, Inc., 2008.
- MILKMAN, H. B. y K.W. Wanberg, *Modeling Cognitive-Behavioral Skills for At-Risk Youth*, California, Sage Publications, Inc., 2012.

- MORIN, E., *Introducción al pensamiento complejo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.
- NAJMANOVICH, D., *El mito de la objetividad. La construcción colectiva de la experiencia 1*, Buenos Aires, Biblos, 2016.
- NAPARSTEK, F., *Introducción a la clínica de las toxicomanías y las adicciones*, Argentina, Grama, 2005.
- NYKS, K., P. D. Hutchinson y J. P. Scott (productor y director), *Requiem for an American dream* [documental], United States of America, Naked City Films, 2015.
- ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD, *Glosario de términos de alcohol y drogas*, España, Ministerio de Sanidad y consumo, 1994. Consultado en http://www.who.int/substance_abuse/terminology/lexicon_alcohol_drugs_spanish.pdf
- PAGES-BERTHIER, J., "Psychanalyse et toxicomanie", en *Revue toxibase*, vol. 2, núm. 93, 1993, pp. 1-16.
- PERRES, J., "La problemática de la realidad en la obra de Freud: sus repercusiones teóricas y epistemológicas (aportes para una epistemología freudiana)", en *Psicoanálisis y realidad*, A. Suárez (coord.), México, Siglo XXI, 1989, pp. 111-153.
- RADO, S., "Psicoanálisis de la farmacotimia (afición a las drogas)", en *Psicoanálisis de la conducta*, Buenos Aires, Horm, 1933, pp. 73-89.
- _____, "Los efectos psíquicos de los intoxicantes: un intento de desarrollar una teoría psicoanalítica de los deseos morbosos", en *Pharmakon*, Bolivia, Plural, 1998 (original publicado en 1926), pp. 71-86.
- RALET, O., "Condicionantes políticos y económicos. Análisis de la influencia de estos factores en la construcción social del 'problema droga'", en *Contextos, sujetos y drogas: un manual sobre drogodependencias*, Grupo Igia y colaboradores (eds.), España, Institut municipal de salut pública, 2000, pp. 39-47.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española* (23ª ed.), Madrid, 2015. Consultado en <http://www.rae.es/>
- RECALCATI, M., "Máscaras" (trad. de M. S. Rodríguez), en *Clínica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis*, Madrid, Editorial síntesis, 2008, pp. 147-217.
- _____, *Il soggetto vuoto: psicosi non scatenate nelle nuove forme del sintomo*, Italia, Jonas onlus. Centro di clinica psioanalitica per i nuovi sintomi, 2014. Consultado en <http://www.jonasonlus.it/pdf/articoli/soggetto-vuoto-recalcati.pdf>
- RENGEL M., D., "La construcción social del "otro". Estigma, prejuicio e identidad en drogodependientes y enfermos de sida", en *Gazeta de Antropología*, 2005.
- RICOY, C., "La teoría del crecimiento económico de Adam Smith", en *Economía y desarrollo*, vol. 138, núm. 1, 2005, pp. 11-42. Consultado en <https://www.redalyc.org/pdf/4255/425541308001.pdf>
- ROJAS, M. C. y S. Sternbach, *Entre dos siglos: una lectura psicoanalítica de la posmodernidad*, Argentina, Lugar editorial, 1997.

- SARAMAGO, J., *Ensayo sobre la ceguera*, Madrid, Santillana, 1998.
- SAUTU, R., *Todo es teoría: objetivos y métodos de investigación*, Buenos Aires, Lumière, 2005.
- SEGATO, L., *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.
- SIGFÚSDÓTTIR, I. D., T. Thorlindsson, A. L. Kristjánsson, K. M. Roe y J. P. Allegrante, "Substance use prevention for adolescents: the Icelandic Model", en *Health Promotion International*, vol. 24, núm. 1, 2008, pp. 16-25. doi.org/10.1093/heapro/dan038
- SIGFUSDOTTIR, I.D., A. L. Kristjansson, J. E. James, J. P. Allegrante y A.R. Helgason, "Adolescent substance use, parental monitoring, and leisure-time activities: 12-year outcomes of primary prevention in Iceland", en *Preventive medicine*, vol. 51, núm. 2, 2010, pp. 168-171. doi.org/10.1016/j.ypmed.2010.05.001
- TORRENS, M., *Convivir con drogas: Todo sobre todas las drogas*, Barcelona, Colimbo ediciones, 1995.
- TOUZÉ, G., "Drogas: entre altares, control y economía de mercado", en *Margen*, vol. 6, núm. 2, 1994. Consultado en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2885717>
- VALENCIA, S., "El capitalismo como construcción cultural", en *Capitalismo gore*, España, Melusina, 2010, pp. 49-93.
- VÁZQUEZ, N. y V. Sargiotto, "Las ciencias sociales: desacuerdos y pluralidad", en *Lo social: inquieto (e inquietante) objeto. Aportes para pensar e intervenir*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2006, pp.95-100.
- VATTIMO, G., "Posmodernidad: ¿Una sociedad transparente?", en *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos editorial, 1994, pp. 9-19.
- VERA, E., "Addiction", en *Encyclopædia Universalis*, France, Encyclopædia Britannica Inc., 2016.
- VIDAL, J. M., *Lecciones sobre capitalismo y desarrollo*, España, Universitat de Barcelona, 2004.
- VIDAL-Ribas, M. y M. I. Rodríguez, "Uso de enteógenos en psicoterapia", en *Interpsiquis*, 2010. Consultado en https://www.researchgate.net/publication/289527355_USO_DE_ENTEOGENOS_EN_PSICOTERAPIA_USO_DE_ENTEOGENOS_EN_PSICOTERAPIA
- VIÑAR, M., "Siluetas o formas de la memoria o el olvido", en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, núm. 93, 2001, pp. 1-15.
- WURMSER, L., "Psychoanalytic considerations of the etiology of compulsive drug use", en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol. 22, núm. 4, 1974, pp. 820-843.
- YOUNG, E., "Islandia sabe cómo acabar con las drogas entre adolescentes, pero el resto del mundo no escucha", en *El país*, 7 de octubre de 2017. Consultado en https://elpais.com/elpais/2017/10/02/ciencia/1506960239_668613.html?id_externo_rsoc=FB_CC

Avatares psíquicos y sociales de las toxicomanías.
El duelo entre Narciso y Tánatos
fue editado por la Biblioteca Digital de Humanidades
de la Dirección General del Área Académica
de Humanidades de la Universidad Veracruzana
el 7 de noviembre de 2019.